



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**POSGRADO EN BIBLIOTECOLOGÍA Y ESTUDIOS DE LA INFORMACIÓN
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES BIBLIOTECOLÓGICAS Y DE LA
INFORMACIÓN**

CONFORMACIÓN HISTÓRICA DE LA IDENTIDAD DEL BIBLIOTECÓLOGO EN MÉXICO

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:

DOCTORA EN BIBLIOTECOLOGÍA Y ESTUDIOS DE LA INFORMACIÓN

PRESENTA:

SALETTE MARÍA GUADALUPE AGUILAR GONZÁLEZ

TUTOR PRINCIPAL:

DR. HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ
Instituto de Investigaciones Bibliotecológica y de la Información

COMITÉ TUTOR:

DRA. LINA ESCALONA RÍOS
Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información

DRA. BRENDA CABRAL VARGAS
Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información

Ciudad de México, junio 2022



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO 1. EL CAMPO BIBLIOTECOLÓGICO EN MÉXICO	
1.1 EL CAMPO COMO LENTE PARA EL ANÁLISIS	5
1.2. EL CAMPO BIBLIOTECOLÓGICO EN MÉXICO	12
1.2.1 EL CAPITAL DEL CAMPO BIBLIOTECOLÓGICO EN MÉXICO	15
1.2.2 EL OBELISCO DE LA LEGITIMIDAD Y LA AUTONOMÍA EN EL CAMPO BIBLIOTECOLÓGICO EN MÉXICO	24
1.2.3 DE LOS QUEHACERES A LAS PRÁCTICAS EN EL CAMPO BIBLIOTECOLÓGICO EN MÉXICO	38
CAPÍTULO 2. EL BIBLIOTECÓLOGO	
2.1 ENFOCANDO AL SUJETO	48
2.2 DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DEL BIBLIOTECÓLOGO	55
2.3 EL BIBLIOTECÓLOGO Y SU HABITUS	68
2.3.1 EL BIBLIOTECÓLOGO Y SU CAMINO HACIA EL CAMPO BIBLIOTECOLÓGICO EN MÉXICO	70
2.3.2 EL BIBLIOTECÓLOGO Y SU CLASIFICACIÓN EN EL CAMPO BIBLIOTECOLÓGICO EN MÉXICO	78
CAPÍTULO 3. LA CONFORMACIÓN DE LA IDENTIDAD DEL BIBLIOTECÓLOGO EN EL CAMPO BIBLIOTECOLÓGICO EN MÉXICO	
3.1 LA IDENTIDAD	90
3.2 LA IDENTIDAD COMO PROBLEMA	99
3.3 LA IDENTIDAD DEL BIBLIOTECÓLOGO EN EL CAMPO BIBLIOTECOLÓGICO EN MÉXICO	106

3.3.1 LA IDENTIDAD FRAGMENTADA DEL BIBLIOTECÓLOGO: OTROS REFERENTES EN LA BÚSQUEDA DE SENTIDO	109
3.3.2 EL VALOR DE LA IDENTIDAD DEL BIBLIOTECÓLOGO	120
3.3.3 CRISIS DE LA IDENTIDAD DEL BIBLIOTECÓLOGO	124
3.3.3.1 LA IDENTIDAD DEL BIBLIOTECÓLOGO COMO CRISIS EN EL ESPACIO SOCIAL	125
3.3.3.2 LA IDENTIDAD DEL BIBLIOTECÓLOGO COMO CRISIS EN EL CAMPO	129
3.3.3.3 LA IDENTIDAD DEL BIBLIOTECÓLOGO COMO CRISIS EN EL AGENTE	133
3.4 LA IDENTIDAD DEL BIBLIOTECÓLOGO	135
CONCLUSIONES	140
BIBLIOGRAFÍA	142

I NTRODUCCIÓN

Parte inalienable del conocimiento es el repensar las respuestas que han dado a los fenómenos que se creen explicados, no como una tarea ociosa, sino como la posibilidad de ofrecer otras respuestas desde los cambios que en cada momento acontecen en el plano empírico y el teórico. En ese sentido, las nuevas formas de organización social resultantes de la Globalización, la revolución de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), el Capitalismo, el Individualismo entre otras, han traído consigo la posibilidad de observar nuevamente algunos fenómenos explicados con antelación, como son aquellos relacionados con el sujeto social o lo que también se conoce como agente.

Enfocar al sujeto permite, en primera instancia, integrar la subjetividad al análisis de los fenómenos sociales que los paradigmas dominantes (como el positivismo, el estructuralismo, por ejemplo) habían relegado. Además, otorga al sujeto la capacidad activa de influir en el entorno social, es decir, el sujeto ya no se encuentra determinado por completo por las condiciones de la sociedad, sino que participa activamente en su generación e incluso en su transformación.

Pero no se trata de un desplazamiento de lo social por el sujeto o de lo objetivo por lo subjetivo, sino de una integración de estos elementos para comprender de forma holística la concepción de los fenómenos sociales. Sin que ninguno de estos esté subordinado por el otro, como se había pretendido desde las visiones más conservadoras.

De entre todas las posibilidades de análisis que involucran al sujeto, la que mayores atenciones ha recibido, desde la segunda mitad del siglo pasado, ha sido la identidad. El interés por la identidad se ha suscitado por dos razones, la primera, por las particulares locales

y nacionales que se niegan a subsumirse en un mundo tendiente a la globalización, y segunda, las crisis que han estado afectado todo el sistema de las identidades tradicionales.

Así esta investigación ingresa a la discusión disciplinar otra propuesta para observar al bibliotecólogo, y particularmente su identidad. Permeando con esto el acceso de la subjetividad a los estudios bibliotecológicos e integrando la capacidad del sujeto a influir en los procesos de conformación del espacio social.

Bajo este panorama surge la pregunta ¿Cómo se ha conformado la identidad del bibliotecólogo en el campo bibliotecológico en México? Para buscar responder esta interrogante se han tenido que definir los elementos que la integran, a saber: el campo bibliotecológico en México, el bibliotecólogo y la identidad, que también han servido para estructurar los capítulos que integran esta tesis y que se entrelazan de forma orgánica con el marco teórico-conceptual de esta investigación.

Consecuentemente el objetivo de investigación es reflexivizar la identidad del bibliotecólogo en el campo bibliotecológico en México. Entendiendo reflexividad como la acción de volver sobre sí misma para examinar críticamente su conformación, pero también, el efecto que la identidad del bibliotecólogo ha tenido en la constitución del propio campo. Así se parte de una estrategia de construcción y comprensión del fenómeno sobre sí mismo.

La hipótesis que se deriva de esto es que la identidad se constituye en una relación dialéctica entre la realidad objetiva y la realidad subjetiva, o bien entre el campo bibliotecológico y el bibliotecólogo. Por lo que no existe una sino una variedad de identidades posibles que se esbozan en el diálogo entre el sujeto y el campo. Así la formación y el mantenimiento de la identidad, o bien, las identidades se determinan por la estructura social, recíprocamente, la estructura social es mantenida, modificada o reformada en el interjuego con las identidades producidas.

La presente investigación se compone de tres capítulos, en el primero se limita el espacio social de análisis con el uso del andamiaje teórico propuesto por Pierre Bourdieu quien descompone el espacio social en campos entrelazados pero independientes, que comparten propiedades o funcionamientos invariantes entre las que es posible destacar: la cohesión del campo a través de un capital principal y el sentido de historicidad a través del cual se van conformando el establecimiento de sus diferentes prácticas. Así se entretajan estas propiedades con tres de los conceptos fundamentales del abordaje teórico, a saber: el campo, el capital y las prácticas. De esa manera se hace un recorrido histórico para comprender el proceso de conformación y por lo tanto la existencia del campo bibliotecológico en México.

En el segundo capítulo, se presenta la dimensión del sujeto o bien del bibliotecólogo, por lo que se hace un recorrido histórico conceptual, en el que se extraen los elementos conformantes del bibliotecólogo como agente del campo. Entre los aspectos a resaltar se pueden mencionar: incremento del campo de acción de los sujetos, el desapego del espacio de la biblioteca, la incorporación de la credencialización como mecanismo legitimador de capital bibliotecológico y la distinción de los agentes del campo.

Con lo anterior se establece que los agentes en el campo no son una masa homogénea, sino de que cada uno posee: capitales e intereses dentro del campo, con los cuales es posible generar estrategias para obtener una posición o bien para clasificarse en una o varias prácticas. De esa manera se establece la relación de doble sentido o dialéctica entre las estructuras objetivas del campo y las estructuras incorporadas o subjetivas de los bibliotecólogos.

El tercer capítulo, se expone el concepto de la identidad en lo general y lo aterriza en el campo bibliotecológico en México para que, como la misma reflexividad lo exige, se desplace entre el campo y el agente para determinar la identidad o mejor dicho las posibilidades de conformación de las identidades en el campo bibliotecológico en México.

Finalmente, entre las conclusiones se destaca que la identidad del bibliotecólogo se ha conformado en una relación dialéctica entre la realidad objetiva y la realidad subjetiva de ahí la imprecisión en la necesidad positivista de querer definir una identidad. Más bien se trata de un plano de identidades posibles que atiende la particularidad de los agentes y todas las dimensiones posibles del campo.

EL CAMPO BIBLIOTECOLÓGICO EN MÉXICO

1.1 EL CAMPO COMO LENTE PARA EL ANÁLISIS

Desde la noción más amplia, un campo hace referencia a los límites de un espacio, así podemos hablar de: un campo magnético, un campo de futbol o un campo de batalla. En todos los casos el común denominador es el espacio definido y consecuentemente separado del área común, por lo que demarcar o trazar los límites de un campo está en función de los elementos que se encuentran dentro y fuera de él. Si bien el espacio geográfico es el más natural que se conoce, en analogía a este se han construido otros espacios en la realidad, como lo es el espacio social.

En ese sentido Pierre Bourdieu (1930-2002)¹ retoma la metáfora de campo para utilizarla como uno de los conceptos principales de su postulado teórico, definiéndolo como “un espacio de juego, un campo de relaciones objetivas entre individuos o instituciones en competición por un objetivo [*enjeu*] idéntico” (Bourdieu, 2011: 196, cursivas en el original). Esta definición parece sencilla, pero no lo es, pues en ella se pueden ubicar, en primera instancia, los elementos principales que conforman un campo, a saber: el espacio, los actores y el objetivo común.

¹ Fue un filósofo y sociólogo francés cuyo postulado se basa en un aglomerado de conceptos relacionados, pero principalmente relacionales, es decir, cada concepto se caracteriza por estar unido a otros dentro de un sistema teórico-metodológico que se basa en determinar la posición que ocupa cada elemento dentro de una estructura, y así definir su significado y función dentro del espacio social. Razón por la cual su pensamiento, como él mismo lo señala, se ubica en el enfoque estructuralistas-constructivista o constructivista-estructuralista.

De manera semejante en una definición más amplia expuesta posteriormente en coautoría con Wacquant (2005), define el campo como:

[...] una red o una configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones están objetivamente definidas, en su existencia y en las determinaciones que imponen sobre sus ocupantes, agentes o instituciones, por su situación presente y potencial (*situs*) en la estructura de distribución de especies del poder (o capital) cuya posesión ordena el acceso a ventajas específicas que están en juego en el campo, así como por su relación objetiva con otras posiciones (dominación, subordinación, homología, etc.) (Bourdieu y Wacquant, 2005: 150, cursivas en el original).

Lo que permite percibir una relación en dicho concepto no sólo entre los agentes, como la primera definición, sino también entre el campo y los agentes a manera de estructura, así como entre los agentes y el capital² a manera de posiciones. Entonces, para introducirnos más en el concepto de campo y continuando con las referencias espaciales se expresará que, las fronteras geográficas de un campo se establecen en función de la estructura, es decir, las fuerzas de cohesión (o relaciones) que se imponen entre los agentes ubicados dentro de este campo. Del mismo modo, “el campo consiste en un sistema estructurado de posiciones sociales, a la vez que un sistema estructurado de relaciones de fuerzas entre esas posiciones” (Chihu, 1998: 182).

Por lo que bajo este postulado se entiende que los agentes no actúan en el vacío, sino que en situaciones sociales concretas se rigen por un conjunto de relaciones sociales objetivas, es decir, que son independientes de la conciencia o voluntad de los agentes –de ahí la visión estructuralista³ de esta teoría–, por lo que “las posiciones que los agentes ocupan en el campo

² La noción de capital es herencia directa de Marx (1818-1883), en cuanto a recursos susceptibles de generar interés por su acumulación, pero, una característica del postulado de Bourdieu es la oposición a la visión economicista de los fenómenos sociales. De ahí la expresión “con Marx contra Marx” que el mismo autor sostiene (Gutiérrez, 2003).

³Es decir, “que existen en el mundo social, y no solamente en los sistemas simbólicos, lenguaje, mito, etc. Estructuras

pueden analizarse con independencia de las características de sus ocupantes” (Flachsland, 2003: 49)

Podemos condensar y consolidar lo expuesto hasta aquí al decir que, el campo es una estructura o bien el “espacio de juego” que comprende una “red de relaciones objetivas”, pero para que esta exista es necesaria la presencia de agentes dispuestos a jugar, que pueden ser “individuos o instituciones” que serán “ocupantes” del campo, quienes a través de su mera participación, han acordado tácitamente no sólo las reglas implícitas de dicho campo, sino también que éste constituye un “juego que vale la pena jugar” (Bourdieu y Wacquant, 2005). Y vale la pena jugar, dadas ventajas específicas que están en juego en el campo, es decir, “distribución de especies de poder (o capital)”. Así cada campo produce su forma particular de interés lo que hace a los actores concurrir en un campo y no en otro dado su “objetivo [*enjeu*] idéntico”.

Pero para que el campo pueda ser usado como un lente de análisis de la realidad social, cualquiera que esta sea, se han establecido “algunas propiedades” no a manera de leyes generales sino de funcionamientos invariantes, para que campos tan disimiles como: el arte, la alta costura, la ciencia, las universidades, la religión, el deporte, la escuela, entre otros. Puedan ser analizados bajo la misma óptica, “lo que hace que el proyecto general de una teoría no resulte absurdo” (Bourdieu, 1990: 135).

Así lo primero que se debe determinar, en cualquier campo, es aquello que está en juego y que será el elemento cohesionador del campo, esto es a lo que Bourdieu se refiere cuando habla de capital o de todo aquello que tiene valor simbólico para el intercambio en un campo (Bourdieu, 1991, 2008). Este puede distinguirse originalmente en tres tipos, a saber: económico, constituido por recursos monetarios y financieros; social, conformado por los

objetivas, independientes de la conciencia y de la voluntad de los agentes, que son capaces de orientar o de coaccionar sus prácticas o sus representaciones (Galak, 2007).

recursos que pueden ser movilizados por los actores en función de pertenecer a redes sociales y organizaciones; y cultural, disposiciones y hábitos adquiridos en el proceso de socialización. Este último puede encontrarse en tres estados: incorporado, objetivado e institucionalizado.

En referencia a los estados del capital cultural el primero –incorporado–, es adquirido a través de un trabajo de asimilación o inculcación por lo que “no puede acumularse más allá de las capacidades de apropiación del agente en particular; se debilita y muere con su portador” (Bourdieu, 1987: 12). Por lo que se trata un capital inherente al sujeto, pero, puede ser objeto de una transmisión hereditaria, por ejemplo, en la transferencia de un oficio con el método artesanal.

Por su parte, el capital cultural objetivado, está íntimamente relacionado con el anterior debido a que, a pesar de ser autónomo y coherente, depende de que otros agentes se lo apropien o lo incorporen. Por lo que se puede decir que es transmisible en su materialidad bajo la forma de bienes culturales como pueden ser libros. Por último, capital cultural institucionalizado, en el que los títulos escolares son el ejemplo más representativo, pues se trata de conferirle un valor institucional reconocido por un colectivo al capital cultural poseído por un determinado agente (Bourdieu, 1990; 2002b).

Así mismo Bourdieu hace referencia a un cuarto tipo de capital: el capital simbólico, que paradójicamente el mismo autor menciona que no es propiamente un capital, ya que se trata de cualquier especie de capital (económico, cultural o social) que “cuando es percibido según unas categorías de percepción, unos principios de visión y de división, unos sistemas de clasificación, unos esquemas clasificadores, unos esquemas cognitivos que son, por lo menos en parte, fruto de la incorporación de las estructuras del campo considerado” adquiere su categoría de capital (Bourdieu, 2002b: 151). Entonces este tipo particular de capital se puede definir como “la energía social basada en esas relaciones de sentido” (Germaná, 1999).

Es así como Bourdieu propone de manera inicial estas tres formas puras de capital, más un cuarto tipo. Pero, además, es posible que se entrecrucen formando nuevos tipos, como el capital institucional, que es una forma integrada de capital cultural y social (Clavijo y Ospina, 2018: 250). Así también es posible establecer tasas de convertibilidad (Bourdieu, 2002b), es decir, un tipo de capital puede permutar –bajo ciertas condiciones– en otra forma dependiendo del capital que tenga más valor dentro del campo, por ejemplo, el capital cultural institucionalizado puede transformarse en capital económico. Así este juego entre los capitales estará siempre presente en cualquier campo.

De acuerdo con lo anterior no se debe suponer que el capital –en cualquiera de sus manifestaciones– es algo que está dispuesto y que los actores se reúnen a su alrededor para integrar el campo. Por el contrario, el capital es producto de luchas históricas y sólo puede ser percibido por aquellos que han sido contruidos para entrar en ese campo (Bourdieu, 1990: 136). Por ejemplo, el dinero, como capital económico por excelencia, no es que este exista en la realidad y tenga un valor por sí mismo lo que sucede es que los agentes han sido formados socialmente para comprender el valor del dinero como capital del campo económico, sin embargo, este puede cambiar en situaciones de crisis o devaluaciones, en la historia podemos encontrar algunas demostraciones. Lo que nos permite también mencionar que los campos no son inmutables en el tiempo, es decir, tienen un sentido de historicidad, siendo esto también parte fundamental de su funcionamiento.

La siguiente propiedad del campo es la presencia permanente del conflicto, por lo que cada agente se convierte en un contendiente de la lucha por monopolizar los recursos específicos que caracterizan el campo. Ya que el capital, como cualquier conjunto de bienes acumulados: se produce, se distribuye, se consume, se invierte e incluso se pierde. Razón por la cual los agentes, según su posición en la estructura de fuerza, lucharan dentro del campo para mantenerlo intacto o cambiarlo a su favor. Por lo que es posible decir que en cada campo hay conflictos con posiciones dominantes y subordinadas, los dominados de cualquier campo,

por definición, están en condiciones de ejercer fuerza, resistir, y tratarán de hacerlo de acuerdo con las estrategias que consideren más adecuadas.

Por lo que resulta conveniente subrayar que la lucha dentro de los campos no se trata de “una batalla a muerte”, por decirlo de algún modo. Pues incluso en la rivalidad existen acuerdos que no permiten la desestabilización del campo dado que esta podría conducir a su decadencia o desaparición, lo que no resultaría benéfico para ningún agente, pues el valor de su capital perecería con el campo. De esta manera, la forma más tradicional de lucha en el campo se da entre quienes tienen el monopolio (los dominantes) y por tanto defienden la ortodoxia, y quienes son los recién llegados (los subordinados) y buscan la subversión, por lo que se inclina por tácticas de herejía (Bourdieu, 1990: 137). Conservando en ambos bandos como prioridad los intereses comunes en el campo o una complicidad frente al antagonismo.

De esta forma se deriva una nueva propiedad de los campos sostenida en el derecho de admisión, es decir, los mecanismos que permiten el acceso de los agentes al campo. Así es como los recién llegados o los “practicantes del campo” deberán reconocer en que consiste el valor del juego, es decir, cual es el capital y practicar los principios del funcionamiento del campo (Bourdieu, 1990: 137). Dado que lo anterior requiere de una gran inversión, que al igual que los ritos de iniciación, dota a los sujetos de un sentido de pertenencia lo que permite mantener en orden la estructura y reproductibilidad del campo.

Asimismo, los recién llegados se posicionarán en el campo al establecer relaciones continuamente practicadas, es decir, situaciones que se mantienen y cultivan a través del tiempo, a las que se denominan prácticas. Sirviendo nuevamente la referencia espacial, las prácticas son los caminos trazados en el espacio del campo, que representan todos los caminos transitables posibles, sin determinar el principio o fin de los caminos trazados y que pueden ser reconocidos por un agente.

Es conveniente mencionar que, el número de prácticas que se generan en un campo es finito, toda vez que al ser un producto de regularidades objetivas tiende a producir todas las conductas razonables o de sentido común (Bourdieu, 1991: 97). Entonces, las prácticas pese a ser repetidas sistemáticamente no se trata de la obediencia de reglas o el seguimiento de normas, sino que son constituidas en la historia de los agentes por lo que están compuestas de experiencias pasada –anteriores incluso a sus experiencias subjetivas–. Lo que garantiza su pervivencia en el tiempo, como estrategias de reproducción social, es decir, que estas orientan la realización de una función social en un campo determinado. Es así como las prácticas no surgen de las condiciones actuales que aparentemente las generaron, sino de las condiciones pasadas que las han producido (Bourdieu, 1991: 98).

Las propiedades del campo, expuestas en este punto, proveen una herramienta teórica, pero también, metodológica para interrogar e interpretar, de manera dialéctica, a los campos en general. Sin embargo, como el mismo Bourdieu lo afirma “cada vez que se estudia un nuevo campo, se descubren propiedades específicas propias del campo en particular” (1990: 135), por lo que, al analizar a realidad social bajo la lente de los campos, no se limita a encontrar y estudiar las propiedades aquí mencionadas, sino a encontrar las formas específicas del campo analizado, de otra forma sería una tarea ideográfica formal y vacía.

En este breve recorrido teórico permite observar el entramado conceptual que dentro de la sociología reflexiva tiene la teoría de los campos de Bourdieu, pero en particular, presentar aquellos conceptos que serán relevantes en este primer momento de la investigación, a saber: campo, capital y prácticas; así como vislumbrar las relaciones que mantienen entre sí, pero también, con otros conceptos como: agentes y posiciones, que tomaran un lugar relevante en el segundo capítulo.

Para alcanzar a mostrar todas las posibilidades de estos conceptos es necesario colocarlos en relación con realidades empíricas, dado que no se tratará el campo, el capital y las prácticas

construidos únicamente de manera teórica, sino que apoyados en esta base se construirá el objeto de estudio de esta investigación pues se reconoce que el hecho científico se conquista, se construye y se comprueba, como lo menciona Bachelard (2013). Para ello es preciso comenzar verificando que el campo bibliotecológico en la realidad empírica mexicana cumple con todas las propiedades expuestas en este apartado y reconocer, como dice Bourdieu, también las propiedades particulares de este campo, lo cual se expondrá en los siguientes apartados de este primer capítulo.

1.2. EL CAMPO BIBLIOTECOLÓGICO EN MÉXICO

Para pensar lo bibliotecológico bajo la lente teórica del campo es preciso identificar si existe un sentido que dé cohesión al espacio de relaciones, por lo que conviene preguntarnos ¿Cuál es el capital del campo bibliotecológico en México?, para responder a esta pregunta es importante pensar en términos de historicidad ¿A partir de qué momento podemos hablar de la conformación de este espacio social?

Desde esta perspectiva lo primero que se debe entender es a qué se hace referencia con lo bibliotecológico –dado que campo se explicó en el apartado anterior–. En ese sentido bibliotecológico viene a conformarse como un adjetivo de bibliotecología, es decir que, en el campo bibliotecológico, lo bibliotecológico delimita la extensión del sustantivo “campo”.

La bibliotecología en su sentido etimológico que, como es bien sabido, proviene de la voz griega que referencia al sustantivo *biblion* que significa “libro” y la partícula *tekhe* que es sinónimo de “caja” o bien “espacio donde se guarda”, más el sufijo *logos* que se relaciona con “estudio, tratado o ciencia” (López, 2011: 331). En ese sentido el último afijo es el que modifica el sentido gramatical de la palabra compuesta (de ahí la gama de términos que derivan de la raíz *biblio*). Lo que hace posible definirla entonces como: el estudio de los libros y de los lugares en los que estos se guardan (o bien las bibliotecas).

Sin embargo, en su sentido epistemológico, el tema es por demás complejo, primero por el debate –aún presente en algunos autores– sobre la concepción de la bibliotecología ya sea como disciplina, ciencia o simplemente un conjunto de técnicas. Y consecuentemente, por las diferentes corrientes influenciadas y derivadas por cada una de estas posturas.

En México, Alfaro ubica a la bibliotecología como una ciencia plenamente científica dentro del horizonte integrado social histórico de los campos del conocimiento (2010: xxi), lo que significa que se encuentra a la par de todas las demás ciencias. Con la particularidad de que ésta se “estatuye como un cruce de caminos entre las ciencias humanas y las ciencias sociales” (Alfaro, 2010: 13).

Por su parte, Rendón (1999) coloca a la bibliotecología, en concordancia a la terminología de Wilhelm Dilthey (1949)⁴ dentro de las “ciencias del espíritu”, dado su elemento humano-social. Sin embargo, Rendón omite la realidad histórica como parte inalienable de esta clasificación de las ciencias propuesta por este historiador alemán, quien desde su perspectiva define las ciencias del espíritu como aquellas que buscan comprender la realidad histórico-social-humana. De esta manera y complementando la propuesta de Rendón, lo humano, lo social, así como lo histórico, son objeto de las ciencias del espíritu y consecuentemente de la bibliotecología.

De esta forma no es posible considerar su establecimiento total previo al siglo XIX, momento en que inicia la institucionalización de gran parte de las ciencias sociales en el mundo, como consecuencia de grandes transformaciones resultado de la era de las revoluciones, propiciando así la diferenciación social, la urbanización, la industrialización, el desarrollo tecnológico y científico, la expansión de los mercados, la extensión de la educación y

⁴ Wilhelm Dilthey (1833-1911) fue un filósofo e historiador alemán que teorizó sobre la distinción entre las ciencias naturales (Naturwissenschaften) y las ciencias del espíritu (Geisteswissenschaft). Por lo que fue uno de los más importantes críticos del positivismo de Comte y los supuestos evolucionistas de Spencer. Así también se le considera uno de los pilares de la hermenéutica al utilizarla como método de aproximación al fenómeno histórico (Dilthey, 1949).

consecuentemente su masificación, así como también la especialización ocupacional, por mencionar sólo algunos.

En concordancia con lo anterior, el campo bibliotecológico se teje bajo una complicada urdimbre que entrelaza lo humano-histórico-social. De esa manera es posible dentro del abanico de campos, ubicarlo en aquellos que están ligados a los campos de producción cultural (como el arte, la religión y la ciencia), es decir, que producen sistemas e instrumentos de comunicación que ejercen un poder estructurador en tanto que son estructurados. De esa manera se explica que la relación es más cercana con el capital cultural que con el social o económico. Así el capital predominante de este campo será de tipo cultural y estará conformado por un conjunto de relaciones simbólicas expresadas en tres diferentes modalidades: 1) incorporado, 2) objetivado e 3) institucionalizado.

El establecimiento de un campo no suele ser un evento anunciado o súbito, sino que “desde la lógica interna de éstos, esta última se despliega a partir de cómo los objetos de interés o necesidad social son identificados y acotados por el campo, para ser constituidos cognoscitivamente a través de sus múltiples prácticas y la interacción de estas” (Alfaro, 2008: 427). Entonces la bibliotecología se trata de una ciencia social-humana e histórica que abarca el conjunto sistemático de conocimientos referentes al libro y a la biblioteca, o en términos modernos al universo de la información registrada, estudiando sus objetivos, principios, contenido, sistema y leyes de desarrollo.

Pero no es que el campo bibliotecológico apareciera de un lugar donde antes no había nada, sino que para llegar al momento de su conformación tuvieron que presentarse una serie de relaciones y encuentros entre los distintos elementos que hoy lo conforman. En resumen, la bibliotecología como saber particular nació en el siglo XIX como resultado de una peculiar coyuntura científica, económica, tecnológica y cultural, para intentar responder a una

situación informativa específica, sin embargo, es merecedor de esfuerzo rastrear su historia un poco más allá para proceder a su comprensión.

1.2.1 EL CAPITAL DEL CAMPO BIBLIOTECOLÓGICO EN MÉXICO

Rastrear el capital del campo bibliotecológico puede tornarse un tanto paradójico –pero también anacrónico– por lo cual en este primer momento se hará referencia a sus elementos esencialmente más primitivos, bajo la premisa de que para la generación de un campo es necesario un capital, pero primeramente que aparezcan los elementos, así como los agentes con los que se establecerá la fuerza de cohesión.

Para comenzar es preciso enfocar la atención en dos elementos primigenios: el libro y el lugar en que este se almacena o bien la biblioteca (entendidos desde la visión occidental) en México. Así la historia nos remite a más de quinientos años atrás, cuando el libro naufragó a tierras mexicanas a través del Caribe entre las provisiones de aquellos dispuestos a explorar nuevos mundos como lo fueron Juan Guerrero y Jerónimo de Aguilar convirtiéndose este en su único vínculo con su cultura y religión mientras permanecieron en tierras yucatecas (Torre de la, 2015: 35).

Posteriormente, con la llegada de los españoles al territorio mesoamericano en 1519 y más tarde con el desarrollo de la conquista, entendida esta no sólo como el desenlace de una victoria militar sino como un complejo proceso de enfrentamientos y acomodados que se prolongó más de cuarenta años (Escalante et al., 2013: 60). Si bien los libros no resultaban de gran interés ni para los primeros acompañantes de Hernán Cortés ni para quienes les sucedieron, si tenían en su imaginario el deseo de adquirir fama y fortuna, idea que muchas veces irradiaban de algunos libros (principalmente de caballería), pero esto no significaba, por su condición social y su formación cultural, que hubieran tenido acceso a ellos pues más

del noventa por ciento eran analfabetas (Torre de la, 2015: 35), es decir, que estas ideas eran adquiridas más por la tradición oral que por la escrita.

Por lo que fueron los hombres de la iglesia –principalmente órdenes mendicantes como los franciscanos, dominicos y agustinos– quienes a partir de su arribo en 1522 desembarcaron no sólo con los pocos libros que poseían y traían consigo, sino con las ideas anidadas de las lecturas previas. El bagaje intelectual traído por personalidades como fray Juan de Zumárraga, fray Alonso de la Veracruz o fray Pedro de Gante (Torre de la, 2015: 39), por mencionar algunos, fue pilar para la conformación de los territorios conquistados. Pero, sobre todo en las instituciones culturales que se establecerían en la Nueva España, entre las cuales es posible mencionar: los colegios, las universidades y las bibliotecas.

Dada que la tarea encomendada a los religiosos por la reina Isabel la Católica, de evangelizar a los naturales no era sencilla; primero por las barreras lingüísticas, después el consenso ideológico al que se tuvo que llegar para poder otorgar una visión unificada de los elementos religiosos (debido las discrepancias profesadas por las diferentes órdenes). Se coincidía en que la mejor herramienta para cumplir su cometido serían los libros, principalmente aquellos conocidos como catecismos. Razón por la cual la colección de materiales que comenzaron a acumular estas órdenes básicamente era de dos tipos: aquellos destinados a la enseñanza (para uso en actividades de evangelización) y los utilizados para resolver dudas (para uso exclusivo de los religiosos).

Estos acervos darían origen a las primeras bibliotecas mexicanas, entre la que es posible ubicar a la del Convento Grande de San Francisco, fundado en 1525. Si bien no se tiene fecha exacta del establecimiento de su biblioteca, ya que se carece de registros documentales, hay quien la considera la primera biblioteca en tierras conquistadas (Becerra, 2013: 4). Al igual que esta, fue propio de cada convento contar con su biblioteca, ya fuera para sus deberes educativos o meramente religiosos.

Enseguida, apareció en escena la Biblioteca Catedralicia en 1534, mediante la intervención del primer arzobispo de México fray Juan de Zumárraga ante el rey para su creación (Fernández, 1994). Como su nombre lo indica la biblioteca pertenecía a la Catedral de la Nueva España, la cual había sido erigida bajo las órdenes de Hernán Cortés entre 1524 y 1532. Dado que dicha edificación siempre contó con problemas de humedad se cree que la biblioteca se ubicaba en la sacristía, pues era imposible el almacenaje de materiales impresos en cualquier otro lugar (Becerra, 2013: 8-13).

En este momento puede resultar sorprendente que el libro y las bibliotecas, aunque parecieran no estar relacionados con el reforzamiento militar, político o económico de un proceso de colonización se hayan establecido en el territorio en una etapa tan temprana. Lo que se puede entender un tanto por la idea del adoctrinamiento de los naturales cuyo logro justificaba la conquista “pues en el contexto del pensamiento cristiano ésta sólo era aceptable si aducía como fin último la conversión de los paganos” (Escalante et al., 2013: 66).

Así también, el libro y las bibliotecas resultaron de gran interés para la población intelectual venida a la Nueva España, acostumbrada a la lectura y con posibilidades económicas, lo que les permitió incrementar su repertorio por medio de quienes hicieron del comercio de libros su medio de ganarse la vida (Torre de la, 2015: 43). Así desembarcaron en el territorio, libros provenientes de las distintas latitudes del viejo continente, cuyas hojas albergaban temáticas que se expandían del horizonte religioso y se adentraban en la filosofía, las ciencias, la literatura, las artes, entre otros.

Pero una golondrina no hace verano, así también algunos libros y bibliotecas tampoco hacen el campo, por lo que en 1539 fue establecida la primera imprenta en el territorio, perteneciente al impresor alemán Juan Cromberger (establecido en Sevilla) y comisionada al impresor Juan Pablos, quien desembarco en México hacia los meses de septiembre u octubre. Una vez establecido en lo que se denominó la Casa de las Campanas inicio la tarea

encomendada y para finales de ese mismo año se publicó la *Breve y más compendiosa Doctrina Christiana en lengua mexicana y castellana* (Torre de la, 2015: 42-43) convirtiéndose en el primer libro impreso en lo que ahora se conoce como el continente americano (Fernández, 1994).

Como es posible observar los libros y posteriormente la noción de biblioteca, migraron y se adaptaron a la realidad novohispana resultando fundamentales para la conformación del campo bibliotecológico, sin embargo, en este momento su posición era aislada, es decir, no existía la dimensión relacional entre ellos, por lo tanto, aún no es posible referirse en términos de un capital propio del campo.

Por lo que es necesario sumar a los agentes, en este caso, a las personas encargadas de las bibliotecas. Si bien existe pocos registros que informen en estos primeros años del México colonial el proceder de los guardianes del libro, lo referido anteriormente permite identificar que el espacio preponderante del libro y las bibliotecas era el religioso, lo cual no es de sorprender dado que la acción colonizadora se movió en medio de dos enormes fuerzas: los hombres de iglesia y los funcionarios estatales, y eran los primeros, los encargados de formar la mentalidad y la manera de ser, en pocas palabras la cultura novohispana (Torre de la, 2015: 41). Por lo que no resulta extraño que las personas dedicadas a los deberes del libro también pertenecieran a esta comunidad, es decir, se trataba de monjes que ejercían con empeño y laboriosidad los deberes librarios (Iguíniz, 1998: 175).

Lo anterior refiere que la labor del cuidado de los libros le era confiada a religiosos que mostraban cualidades morales e intelectuales extraordinarias, pues los documentos escritos han sido desde las civilizaciones más remotas objetos atesorados como símbolo de la sabiduría, y en este caso específico de fe cristiana (Carreño, 2013: 17). Entre los atributos de orden moral se pueden enlistar: confianza, esmero, vigilancia, cuidado, pero sobre todo el secreto y la fidelidad (Carreño, 2013: 44) pues por sus manos pasaban todos los libros que

contenían el conocimiento de la época, algunos incluso contrarios a los principios y doctrinas eclesiásticas.

De manera semejante, los atributos intelectuales eran una cualidad fundamental para aquellos a quienes se les atribuía el cargo de bibliotecario⁵, si bien resulta obvio que eran doctos en teología pues era imprescindible no ignorar el ámbito expositivos, es decir, las Santas Escrituras y los Santos Padres, además un amplio sentido de la palabra, pero sobre todo cualidades de erudición enciclopédica –lo que le facilitarían su labor para identificar las temáticas de cada obra tanto para su registro como para expulsar o expurgar aquellas no dignas de entrar a los estantes de las bibliotecas– todo ello con una ética incorruptible de por medio (Carreño, 2013: 49-58, 68).

Entre las actividades encomendadas al bibliotecario es posible mencionar: el aseo de la biblioteca; la colocación y ordenamiento de los materiales en un lugar específico y la custodia de estos (es importante aludir que gran parte de los materiales se encontraba bajo llave); el registro e inventario de todo libro albergado en la biblioteca (generalmente en orden alfabético), pero al libre albedrío del bibliotecario; la preservación y conservación los materiales bajo su cuidado (con algunas técnicas incipientes como el mantenerlos alejados de la humedad o el fuego; y la encuadernación); así como regular el préstamo de los libros dentro de la biblioteca, pero sobre todo aquellos ocasionales al exterior de esta (Carreño, 2013: 35-54).

Entonces las actividades del bibliotecario podían ser tan ceñidas o extensas como su comunidad se lo demandara y por lo regular se trata de un solo individuo a cargo de la biblioteca a la que podía consagrar su vida entera. Debido a que cada biblioteca se regía bajo

⁵ El sufijo *-ario*, *-aria* hace referencia a la persona que realiza la actividad o el oficio.

sus propias normas lo cual indica que la tarea de los responsables era diferente según el espacio en el que se ejercía, pero sobre todo su manera individual de proceder.

En este primer momento es posible enunciar la sombra de un incipiente capital de tipo cultural incorporado, pues se cuenta con libros y bibliotecas, pero sobre todo comienza la relación de estos elementos con el agente, originando un reducido y aún disperso corpus de saberes. Sin embargo, este se encuentra asimilado por los bibliotecarios, dada la forma en la que se transmitía oficio, que consistía en una forma artesanal (como sucedía en todos los oficios). Por lo que este saber podía ser heredado, pero nunca separado del cuerpo que lo portaba, es decir, estos saberes eran adquiridos en un proceso de inmersión, en los que el cuerpo aprehende, no para poseer sino para ser, lo que reducía la libertad de los saberes con respecto a los cuerpos que los resguardaban y por tanto limitaban su objetivación.

Algunos despuntes de objetivación o desobjetivación de los saberes bibliotecarios, se pueden rastrear hasta el siglo XVII con las normativas de algunas instituciones religiosas sobre las bibliotecas y el desempeño de los bibliotecarios. Como es el caso de la Compañía de Jesús en sus *Regulae Societatis Iesu* se incluye un apartado denominado *Regulae Praefecti Bibliothecae* que versa específicamente de la regulación del cargo de “bibliotecario o prefecto de la biblioteca”, como figura necesaria en el funcionamiento pedagógico y cultural del centro (Carreño, 2013: 46). Estas normas son realmente importantes, pues presentan instrucciones que no están dadas a un sujeto en función de sus cualidades individuales sino por la posición que ocupa en el espacio social de esta organización.

Así también otro rasgo de desincorporación fue propicio gracias a la dimensión cuantitativa del libro y las bibliotecas, con su incremento exponencial⁶. Para el caso de los libros, el crecimiento de su presencia fue el resultado, en principio, del mercado transnacional

⁶ La presencia de estos fenómenos de crecimiento exponencial han sido una constante casi cíclica en la historia del campo.

permanente de libros que, a pesar de la rigurosa normatividad de la Inquisición, que continuó nutriendo de materiales diversos a la colonia. Segundo, a las más de treinta casas impresoras ya establecidas en ese siglo en territorio novohispano.

Por otro lado, las bibliotecas, principalmente las monacales y conventuales siguieron en expansión hasta mediados del siglo pues resultaban necesarias para las conquistas espirituales de las ciudades recién fundadas (Carreño, 2013:124). Se desconoce la cantidad exacta de bibliotecas que conformaron las ordenes religiosas, sin embargo, algunos materiales documentales acerca de la orden franciscana, puede darnos una idea cercana para extrapolarlo a otros acervos religiosos:

Para el año de 1663 o 1664, llegaron a manos del provincial franciscano 64 inventarios que correspondían, precisamente, a 64 conventos de los 98 que integraban la Provincia mexicana. A decir de Ignacio Osorio, los libros que poseían los franciscanos sumaban 9,931, según consta en los inventarios, y la biblioteca con el acervo más numeroso era la del Convento de San Gabriel de Cholula, con un repositorio de 700 ejemplares (Carreño, 2013: 127).

A estas bibliotecas se pueden adicionar las correspondientes a los colegios fundados también por órdenes religiosas y la Real y Pontificia Universidad de México⁷ establecida en el territorio novohispano desde 1551.

⁷ En el caso de la Universidad de México, la primera cédula para su creación fue firmada en 1547, la segunda y definitiva en 1551 donde establecía que la nueva fundación gozaría de tantos privilegios como su homóloga de Salamanca; asimismo, prescribió que el Virrey y la Audiencia se ocuparían de todo lo relativo a su puesta en marcha y organización. De esa manera la universidad recibía la venia real constituyéndose, así como la Real Universidad de México. No obstante, al no existir una iglesia consolidada en la Nueva España la universidad comenzó a otorgar, entre otros, grados de teología y derecho canónico, pero era necesario que se sancionaran esos estudios por la Iglesia Católica es así es como la bula papal se obtendría hasta 1595 por Clemente VIII, pasándose a llamar Real y Pontificia Universidad de México (Marsiske, 2010).

Otro tipo de bibliotecas que se desarrollaron en la época novohispana fueron las bibliotecas particulares, formadas por grandes personajes de la época. Se sabe que fray Juan de Zumárraga, Julián Garcés, fray Juan de Gaona, fray Juan López de Zarate, Vasco de Quiroga y fray Alonso de la Veracruz, contaron con importantes acervos (Carreño, 2013: 128). Por ejemplo, para 1692, Francisco Flores de Valdés declaró contar con una biblioteca de 1,700 libros sobre jurisprudencia, siendo considerada como la biblioteca particular más rica de la Nueva España y tal vez no inferior a la de los principales centros religiosos (Carreño, 2013: 130)

Así durante los siglos XVII y XVIII, el crecimiento constante del universo libresco hizo imperativo e impostergable la necesidad de inventariar o bien bibliografiar⁸ los acervos documentales. Por lo que las primeras bibliotecas realizaron listados de sus patrimonios cuyo fin obedecía más a propósitos inquisitoriales que a la organización de las propias bibliotecas. Dado los requerimientos de vigilancia que a partir de 1571 disponían de entregar la “matricula de todos los libros que tuvieren en cualquier lengua y en cualquier facultad y profesión, con declaración del nombre del autor, impresión y año” (González, 1961: vii).

Con el tiempo esta labor de inventariar colecciones se fue transformando, no sólo en su estructura sino en los intereses que apremiaban, pues cambio del control canónico a la defensa de la rica producción bibliográfica de la Nueva España, sobre todo en el siglo XVIII, así trabajos como los realizados por Eguiara y Eguren con su *Bibliotheca mexicana* como un botón de muestra del valor documental referido a lo escrito en estas tierras. En el primer caso el actuar del bibliotecario percibe un fin en estricto administrativo, en el segundo el fin obedece a una situación más de orden intelectual separando así la práctica bibliográfica del espacio de las bibliotecas, aunque en algunos casos eran empleados como sinónimos.

⁸ Si bien el término *bibliografía* es ambiguo, será empleado en este texto como “descripción de libros” o “listado de libros”, así empleamos el verbo bibliografiar para dar acción a esta actividad.

Como es posible observar, en este primer momento, el capital del campo bibliotecológico no surge con la presencia de los elementos primigenios sino con el establecimiento de las relaciones entre los libros, las bibliotecas y los monjes bibliotecarios. Y son estas relaciones las que dan origen a la conformación de un capital cultural incorporado, es decir, un corpus de saberes propios de un oficio. Cuyas actividades no están acotadas o definidas pues obedecen a una comunidad particular generalmente dentro de los conventos o bien a las cualidades intelectuales o morales del sujeto bibliotecario. El interés por este conocimiento es intrínseco a la comunidad a la que sirve y no se puede pensar en trascender como campo de conocimiento pues sus esfuerzos aún son individuales y aislados.

Los despuntes de objetivación del capital cultural del Campo Bibliotecológico comienzan hasta el siglo XVIII con las normas de las instituciones religiosas sobre el desempeño de los bibliotecarios, es decir, normas que no rigen el actuar individual sino la posición del bibliotecario en el espacio social. Además, el incremento exponencial de los libros y las bibliotecas vuelve apremiante la necesidad de la elaboración de listados o inventarios por parte de los bibliotecarios para el control inquisitorial. Entonces, las actividades de los bibliotecarios dentro del espacio de la biblioteca comienzan a regularse por intereses externos, que son los que dan las pautas para percibir que existe un interés social o términos bourdieanos “un sentido del juego” y así establecer los primeros trazos de sus fronteras simbólicas, o bien los primeros indicios de un capital bibliotecológico.

1.2.2 EL OBELISCO DE LA LEGITIMIDAD Y LA AUTONOMÍA EN EL CAMPO BIBLIOTECOLÓGICO EN MÉXICO

*Templo de Dios, despierta; sonó la hora
De tu resurrección: que te consagre
El óleo santo de la nueva vida;
Que atraviesa tus bóvedas suntuosas
Los himnos sacrosantos del progreso;
Que te acaricien con amante beso
Las almas silenciosas;
Que se amamante en tu divino pecho
En que palpita sangre mexicana,
La dignidad humana,
Y la paz, y el progreso, y el derecho*

Guillermo Prieto “Inauguración de la
Biblioteca Nacional de México”, 1884.

Como se mencionó en el apartado anterior, es posible en la Nueva España percibir distintos elementos conformantes del capital bibliotecológico, así como sus incipientes relaciones y una tenue fuerza de cohesión, sobre todo inclinada a la organización, sin embargo, la implantación de este acontecerá hasta la segunda mitad del siglo XIX como resultado de su legitimación y autonomización, ambos procesos desarrollados a la par de la conformación del Estado mexicano.

Así es conveniente comenzar en el periodo que va desde la segunda mitad de siglo XVIII y las primeras décadas del XIX, cuando la sociedad novohispana se encontraba en crisis, por lo cual el esfuerzo de las bibliotecas (principalmente las de los conventos y los colegios) fue más por pervivir que por desarrollarse, En estos recintos ya se albergaba una gran riqueza integrada por libros, manuscritos, mapas, documentos y códices, algunos impresos en estas tierras y otros acumulados durante trescientos años de moderada pero constante comercio exterior (Osorio, 1995:18). Sin embargo, después de la Independencia la mayoría de los acervos y espacios librarios, serían eliminados o bien reutilizados para la conformación de

nuevas instituciones, como las bibliotecas públicas⁹ del México independiente y la Biblioteca Nacional.

Si bien en México ya se contaba con una extensa reserva de material documental, así como recintos bibliotecarios, algunos tambaleantes y otros medianamente más estables, como los casos de la Biblioteca Turriana o la Real y Pontificia Universidad, el inconveniente aparecía cuando entre los anaqueles se ubicaban pocas obras modernas que reflejaran el avance del conocimiento de la época. Por lo que intelectuales¹⁰ como Joaquín Fernández de Lizardi, Carlos María de Bustamante, entre otros, coincidían en la necesidad de contar con bibliotecas que albergarían libros actuales, máxime, que estuviera al alcance de toda la población.

Estas ideas no obedecían simplemente al interés particular de los intelectuales mexicanos, sino que provenían de una estructura de pensamiento más compleja surgida en Europa y descendiente de la Revolución Francesa, la Ilustración y por tanto de la racionalización y la razón, e introducida al continente por los recién conformados Estados Unidos, a saber: el liberalismo. La corriente liberal en México independiente se sustentaba en los anhelos de libertad, igualdad y justicia. Posturas que permearon el pensamiento, pero sobre todo el actuar de una facción de la política mexicana.

En oposición, los conservadores, pugnaban por la implementación de un sistema monárquico y una sociedad corporativa, apuntalados por una iglesia y un ejército fuertes (Escalante et al, 2013, 170). Es así como durante los primeros años del México Independiente y hasta el establecimiento de la República, que las constantes disputas entre los liberales y

⁹ Si bien es cierto que desde el periodo novohispano existen bibliotecas llamadas “públicas”, el sentido que adquieren después de la independencia se vincula sobre todo con la construcción política de las relaciones democráticas.

¹⁰ Para Brunner y Flisfisch (1983: 24) dentro del espacio social, los intelectuales son aquellos que están investidos por un sentido de distinción centrado en la cultura y el poder. De ahí que se les considere, el culto, el creador, el que piensa y comunica, el que se orienta por las cosas del espíritu, el que produce las idolologías, el artista, el escriba, el experto: en fin, “tous les aristocrates de la pensée...”.

conservadores (así como las facciones intermedias) hacían que los proyectos para conformar el país se diluyeran en cuanto los opuesto ocupaban el poder.

En el caso de los libros y las bibliotecas no eran un hilo suelto en el desarrollo del país, sino que los liberales las liaban con propósitos más ambicioso: la educación y consecuentemente la formación de ciudadanos. Lo cual resultaba fundamental para el establecimiento de la anhelada Republica. Pues no se trataba sólo de enseñar a leer y escribir a las personas, sino de una formación moral y política acorde con un sistema de gobierno democrático. Fue así como las bibliotecas se convirtieron en un requisito infalible de dicho proyecto de Estado, surgiendo en el territorio las primeras bibliotecas públicas del México Independiente:

La primera biblioteca pública estatal fue la Biblioteca del Congreso de Puebla, creada el 23 de noviembre de 1824 por la legislatura, precisamente el mismo año que la entidad nació como Estado; la segunda fue la que fundó en 1826 el Congreso de Oaxaca; la tercera surgió en el Estado de México [...]; la cuarta fue creada en 1829 por el estado de Chihuahua; por su parte, Zacatecas fundó la suya en 1832. Algunas de estas bibliotecas pasaron del papel a los hechos y formaron como las del Estado de México y la de Oaxaca, un acervo respetable que, con altas y bajas impulsó la renovación de la educación de sus comunidades. Otras como las del Congreso de Puebla, se quedaron en mero proyecto porque no encontraron recursos para establecerse (Osorio, Llanez y Berenzon,1995: 19-20).

Además de estos esfuerzos estatales surge el deseo de formar una Biblioteca Nacional, la cual sería equiparable con su homologas europeas¹¹, pero sobre todo se establecería como símbolo del nacionalismo¹².

Asimismo, la tendencia de los liberales por eliminar cualquier vinculo con las instituciones coloniales se centró en la Iglesia, pero también a otras organizaciones como la Universidad (por su herencia no sólo colonial sino medieval, dada su estructura heredada de su homóloga en Salamanca). Esta situación resultaría “favorecedora” sobre todo en el decreto del 26 de octubre de 1833 para el establecimiento de la Biblioteca Nacional, expedido por el gobierno de Santa Anna –pero a cargo de Valentín Gómez Farías, el vicepresidente–. Así esta biblioteca se constituiría, en principio, de los libros procedentes del extinto Colegio Mayor de Santa María de Todos los Santos (que sería físicamente su posada) y la Real y Pontificia Universidad (la cual había sido suprimida –por primera vez– apenas unos días antes) sumando así unos 25 mil libros aproximadamente. Y posteriormente deberá ir adquiriendo obras modernas, gracias al presupuesto asignado que era de tres mil pesos anuales (Fernández, 2000; Iguíniz, 1998; Spell, 1959).

Si bien era un gran logro contar con presupuesto, lo cierto es que este resultaba insuficiente para asumir los gastos de ejecución, así como los de adquisición de nuevos materiales, por lo que la idea de partir de un acervo de origen, es decir, ya existente, hacía materialmente factible su instalación. Entonces la Biblioteca Nacional (BN) sería la responsable, en algún

¹¹ Como lo demuestra la primera generación de bibliotecas nacionales entre las que se cuenta primeramente a la *Bibliothèque National* (1537) en Francia que es la más antigua de las bibliotecas de su tipo en Europa; la Biblioteca Nacional de España (1712) fundada por Felipe V y en 1836 deja de depender de la Corona y pasa a manos del Ministerio de Gobernación; la Biblioteca Nacional de Inglaterra (1753) que en 1973 se separa del *British Museum* y toma el nombre de *British Library*; y la Biblioteca de Estados Unidos conocida como *Library of Congress* (1802) (Garrido, 1996).

¹² Una vez que un conjunto de hombres y mujeres se imaginan como poseedores de la misma identidad nacional, entonces hay una nación. Se trata, en cierto sentido, de una comunidad imaginaria, de una suma de subjetividades que establecida en un Estado, da como resultado una objetividad. En el caso de México primero nació el Estado y después la nación. Así el nacionalismo se presenta como la doctrina para postular las construcción y defensa del Estado-nación y lo concibe como el depositario de la soberanía, es decir, el territorio donde una comunidad tiene derecho a decidir por sí misma sus leyes y su gobierno (Besave, 2007).

momento futuro, de poner al alcance de la sociedad los libros acordes con el avance de las ciencias, letras y artes. Aunque su propósito más inmediato se encauzaba a conservar el patrimonio bibliográfico heredado de la Nueva España (Osorio, Llanez y Berenzon 1995: 20-21).

En ese sentido es posible identificar un desfase entre la pretensión liberal y la realidad mexicana, primero por la falta de recursos para conformar una colección actual, y segundo porque la mayor cantidad de su acervo era de carácter religioso. Sin embargo, al ser los libros representaciones de las sociedades modernas, el establecimiento de bibliotecas resultaba imperativo. Dicha situación propicia a su vez que, el libro, se comenzará a concebir como un bien simbólico, es decir, como realidad de doble rostro, cuyo valor propiamente simbólico y el valor de mercancía (o valor de uso y valor de cambio en términos económicos) permanecen relativamente independientes. Así, el valor simbólico que se le asigna a los libros está íntimamente relacionado con los ideales que se buscan establecer para consolidar la nación, y no necesariamente con el valor de uso que pueden tener para tal fin. Por lo que estos efectos tendrán una función simbólica favorable para la legitimidad del Campo Bibliotecológico en el espacio social.

Otra situación que resulta relevante mencionar es la designación de la persona encargada de la Biblioteca Nacional, cargo que asumió el dramaturgo y diplomático hispanomexicano don Manuel Eduardo Gorostiza, quien participó activamente en el desarrollo del proyecto, primero, como Secretario de la Comisión de Instrucción Pública (encargada de elaborar el plan para organizar el sistema de educación pública), y en su seguimiento, como parte de la Dirección General de Instrucción Pública (que asumió la autoridad una vez puesto en marcha el plan educativo) (Spell, 1959: 453-454). Es decir, se trata de un intelectual convencido del beneficio de una empresa de esa envergadura para el país, por lo que incluso le dedicó parte de su fortuna a la causa.

Además del puesto de director, la estructura organizacional de la BN contaría con un subdirector y tres empleados de menor categoría, así como un mozo y el portero de rigor (Spell, 1959: 455-456) siendo esto una manifestación de la división del trabajo y consecuentemente de la especialización dentro de la biblioteca, es decir, el bibliotecario ya no debía asumir todos los deberes. Pero además esta división, no sólo obedece a las actividades, sino que también es jerárquica asumiendo así un sentido de distinción, es decir, el establecimiento de principios de visión y de división a través de los cuales se perciben las diferencias entre las condiciones materiales, las opiniones expresadas, el lenguaje, pero también, las prácticas y, sobre todo, las posiciones que distinguen a unos agentes de otros.

La división del trabajo a través de la especialización y la jerarquía jugarán un papel fundamental en favor de la autonomía del campo, debido a que la aparición de posiciones socialmente distintas en este espacio específico permite la conformación de normas de acceso cada vez más especializadas y exclusivas para los futuros integrantes del campo. Pero lo más importante, permiten la afirmación de los agentes para autorregularse y comenzar a autorregular el campo.

Sin embargo, era desalentadora la dificultad para conseguir a personal competente que asumiera tan ardua labor y que percibiera tan bajos salarios. Pues entre las tareas a realizar estarían: la clasificación y acomodo de los libros y manuscritos; así también deberían redactar tres índices alfabéticos (por autor, por título y por asunto) y un cuarto índice, para uso del personal de la BN, en el que se anotarían el número de clasificación y el valor de cada obra (previamente tasada por un perito); además en una hoja de cada libro o manuscrito se estampará el sello de la biblioteca (Spell, 1959; 457). Una vez que la BN abriera sus puertas, se continuaría la actualización de los índices y el apoyo a los usuarios para la consulta del material que estaría disponible sólo dentro de las instalaciones.

Obviamente, la crítica más fuerte al proyecto de la BN vendría por parte del clero, pero sobre todo de los católicos conservadores que sostenían un debate por quiénes deberían de tener acceso a los libros, pues algunos consideraban peligroso “poner muchos libros prohibidos al alcance del público lector” (Spell, 1959: 463) otros incluso manifestaban que la lectura serviría para aflojar los lazos sociales, dividir la opinión pública y alterar la paz (Osorio, Llanez y Berenzon, 1995: 23). Pese a todo, el optimismo y el trabajo intenso continuaron durante varios meses con esperanza de poner pronto al servicio de los mexicanos la BN, lo cual no sucedió. Y el 31 de julio el presidente Santa Anna –retomando las riendas del poder– promulgó un decreto en virtud del cual se abolían los cambios realizados durante el régimen de Gómez Farías (Spell, 1959: 468), por lo que todo debía regresar a su estado anterior en un plazo de treinta días, incluyendo a la Universidad y su acervo.

Más de una década después con los vientos liberales relativamente a favor, durante el período presidencial provisional de José Mariano Salas, y pese a las tempestades intestinas, pero sobre todo aquellas que del exterior que avanzaban por el norte (y no tardarían en hacerlo por el centro del país) la borrasca estadounidense cuyas pretensiones intervencionistas lograrían desprender parte del territorio mexicano. Mientras tanto en plena tormenta se emitió el 30 de noviembre de 1846 un nuevo decreto para el establecimiento de la Biblioteca Nacional, en el cual se plasmaba:

Que considerando que nada es más conveniente en su país regido por instituciones liberales, que facilitar y multiplicar los establecimientos en que las clases menos acomodadas de la sociedad puedan adquirir y perfeccionar su instrucción sin gravamen;

Que el pleno conocimiento de los deberes de los ciudadanos, es la garantía más eficaz para asegurar la libertad y el orden público;

Que este conocimiento se logra fácilmente por medio de la lectura de obras útiles, reunidas en bibliotecas públicas á que tengan libre acceso todas las personas que lo deseen;

Que estos establecimientos brindan con su entretenimiento útil a las personas que, teniendo algún tiempo desocupado, apetecen emplearlo en su instrucción; Y por último, que la capital de la República demanda imperiosamente la formación de una biblioteca que haga honor a la cultura de sus habitantes [...] (Decreto 2929).

En este proyecto, además de los acervos ya existentes (como lo proponía el decreto anterior) la biblioteca se nutriría de los duplicados de las otras instituciones tanto públicas como privadas, así como de donaciones, compra de materiales y la entrega obligatoria del depósito legal. Convocando para su cumplimiento a José María Lafragua, sin embargo, el proyecto fue aplazado ante la apremiante lucha de México por resistir la invasión estadounidense.

Once años más tarde el presidente Comonfort expidió el 14 de septiembre el decreto con el cual nuevamente se suprime a la Universidad de México por lo que “el edificio, libros, fondos y demás bienes que le pertenecen, se destinan a la formación de la Biblioteca Nacional de que habla el decreto de 30 de noviembre de 1846 y al museo¹³” (Decreto 4990). Esta situación se da, cabe mencionar, porque el Museo ya se encontraba en las aulas de la Universidad.

A mediados del siglo XIX el auge en cuanto al número, diversidad y creación de espacios públicos destinados a los saberes científicos y humanísticos se dividía entre aquellos heredados del régimen colonial (Colegio de Minería, Jardín Botánico, Academia de San Carlos, la Real y Pontificia Universidad de México) y los nuevos establecimientos encaminados a los proyectos de nación (Institutos Nacionales de Geografía y Estadística, Escuela de Medicina, Academia Mexicana de la Lengua) (Vega y Ortega, 2014), adicionándose a estos últimos tanto la Biblioteca Nacional como el Museo Nacional de

¹³ Refiriéndose al Museo Nacional de México fundado en 1825. Entre sus colecciones se encontraban la de historia natural, arqueología, historia y productos de industria (Vega y Ortega 2014). Este museo es el antecedente de lo que hoy conocemos como el Museo Nacional de Antropología e Historia.

México, por lo que sus destinos se cruzarían varias veces, sobre todo en sus momentos de conformación.

La importancia de estos espacios públicos en la conformación del Estado resulta fundamental no sólo porque hipotéticamente cualquier individuo tenía la posibilidad de contemplar las colecciones, sino porque pertenecen a la nación. De esa forma el límite social se demarca por el espacio, así las bibliotecas como lugares de acceso “libre” no solo ocuparían un lugar físico sino también simbólico para la población.

A cargo de ambas instituciones quedaría el jurista, historiador y también bibliógrafo José Fernando Ramírez, quien acompañado de José María Benítez (antiguo bibliotecario de la Universidad) se abocarían a preparar el local, reparar los estantes y encuadernar las colecciones para abrir al público la Biblioteca Nacional. Su labor, sin embargo, se vio interrumpida por la sublevación de los conservadores contra la Constitución de 1857 y toma de la capital por el general Félix Zuloaga, quien además derogó el decreto que suprimía a la Universidad y en consecuencia Ramírez tuvo que devolver el acervo al nuevo rector (Osorio, Llanez y Berenzon, 1995: 27).

Posteriormente la Guerra de Reforma plantearía una estrategia para terminar con la resistencia conservadora que consistía en la incautación de los bienes de las comunidades religiosas. Por lo que uno de los apartados del decreto de 1859 ordenaba que los “libros, impresos, manuscritos, pinturas, antigüedades y demás objetos [...] se aplicaran a los museos, bibliotecas y otros establecimientos públicos” (Osorio, Llanez y Berenzon 1995;), sin embargo, en la práctica no existía infraestructura que pudiera albergar la gran cantidad de estos materiales por lo que fueron aprovechados por saqueadores que en el mejor de los casos los remataron a coleccionistas tanto nacionales como extranjeros, y en el peor, simplemente sucumbieron en manos de la ignorancia.

Para 1861 Benito Juárez le pide a José Fernando Ramírez retomar la tarea de la Biblioteca Nacional, ahora sumando los libros de los conventos que habían quedado abandonados en la Ciudad de México, la magnitud de dicha labor sobrepasaba por mucho las buenas intenciones del régimen liberal, pues no se contaba con presupuesto, infraestructura ni recursos humanos. Lo que llevo a la Biblioteca Nacional a hacinar los más de cien mil libros en los viejos salones de la Universidad, junto con la estantería y demás muebles de las bibliotecas conventuales. Y pese a todo comenzó a dar servicio al público.

Al igual que en la capital algunos Estados de la República sumaron a sus acervos los materiales de los conventos como fue el caso de la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco en 1861, en Michoacán se formaron gabinetes de lectura; en Oaxaca los libros pasaron al Instituto de Ciencia y Artes; en Puebla la biblioteca del Carolino se incrementó con más de seis mil libros. Sin embargo, la invasión francesa y la imposición del segundo imperio nuevamente condenaría los esfuerzos en este rubro.

Los proyectos bibliotecarios, y en particular el de la Biblioteca Nacional fueron duramente criticados ante la mirada del nuevo emperador Maximiliano de Habsburgo, para quien no tenía ningún sentido fundar una biblioteca con obras teológicas, que indudablemente nadie leería, por lo que el proyecto resultaba por demás absurdo (Iguíniz, 1998: 183) sobre todo cuando era avivado por la corriente que promovía la secularización de la sociedad. Por lo que las instalaciones de la Universidad pasarían a ser el recinto de la Academia de Ciencias y Literatura y posteriormente serían destinadas a hospedar el Ministerio de Fomento. Así los salones ocupados por la biblioteca tenían que ser desalojados. Por lo que los libros fueron repartidos: una parte a los sótanos de la Casa de la Moneda (donde también se albergaba el Museo Nacional) y otros al ex convento de “La Enseñanza” –ambos locales ubicados en el centro de la capital– (Iguíniz, 1998: 184; Osorio, Llanez y Berenzon, 1995: 30).

La añoranza de ocupar un recinto con el conocimiento, también se albergó en el emperador por lo que decidió “adquirir la biblioteca de José María Andrade (librero, editor y bibliógrafo ilustrado) que constaba de 4,484 volúmenes, con el objeto de que sirviera de fondo de origen a la Biblioteca Imperial” (Iguíniz, 1998: 183), sin embargo, al ser derrotado militarmente el imperio, y con la ejecución del emperador, dicha colección fue extraída del país y subastada en el exterior algunos años después.

Finalmente, con el restablecimiento de la República en 1867 y el triunfo de las ideas liberales, no sólo se marcaba el establecimiento de una forma de gobierno en el país, sino la visión hegemónica del mundo, en la cual los libros y consecuentemente las bibliotecas eran parte del “progreso” pero además de los principios de igualdad, justicia y libertad al considerarse espacios públicos, es decir, para todos. Así el gobierno encabezado nuevamente por Juárez tuvo como prioridad la reorganización y pacificación del país, entre los rubros que preocupaban, además de la devastada hacienda pública, se encontraba la educación como medio para alcanzar el anhelado progreso. Así, en el mismo 1867 promulgó una ley que declaraba gratuita y obligatoria la educación elemental, y fundaba la Escuela Nacional Preparatoria (Escalante et al, 2013: 182) teniendo como director a Gabino Barreda quien se encargaría de introducir el pensamiento positivista en la nación e instaurar el método científico en la enseñanza.

Unos meses después publicó el decreto con el que definitivamente quedaría instaurada la Biblioteca Nacional de México (Fernández, 2000). En este decreto a diferencia de los anteriores, además de buscar la unificación del acervo de la biblioteca se le asignó como sede el templo de San Agustín el cual sería adaptado y acondicionado para cumplir tal función, dicho proyecto comenzaría al año siguiente, sin embargo, la fluctuante situación del gobierno ocasionó que los fondos considerados para este proyecto no siempre estuvieran disponibles. Esto explica el rezago (casi dieciséis años) para la inauguración de la Biblioteca Nacional (Vigil et al, 1884).

Durante este periodo de reorganización se asignó la responsabilidad de la BN a personalidades con grandes atributos intelectuales como el ya mencionado Lafragua y Joaquín Cardoso (Osorio,1995: 33), sin embargo, ninguno de ellos se dedicó por completo a las labores que esta institución les reclamaba, pues desempeñaban puestos importantes en la política nacional, por lo que se limitaron a conservar el acervo bibliográfico entretanto se concluían las obras materiales del edificio (Iguíniz, 1998: 184).

En 1880 fue nombrado director don José María Vigil, quien además de poseer atributos intelectuales parecidos a los de sus antecesores, “consagró a ella todo su talento, todo su saber, todos sus desvelos y casi podíamos decir que su vida por entero” (Iguíniz, 1998 :185). Como escudero de tan desafiante aventura se sumó el bibliófilo¹⁴ y también bibliotecario don José María de Agreda y Sánchez.

Al desencajonar el acervo bibliográfico, Vigil advirtió que los elementos teológicos formaban dos terceras partes del número total de volúmenes, además de algunas obras repetidas hasta con 15 o 20 ejemplares.

Creo además, que aun cuando únicamente fuese como monumento de actividad intelectual durante una larga serie de siglos, deben conservarse en una biblioteca del carácter de la Nacional, esas obras colosales, entre las que se encuentran verdaderas joyas bibliográficas; pero también es preciso reconocer que el espíritu del siglo en que vivimos; el ensanche prodigioso que han adquirido y adquieren cada día todo los conocimientos humanos y por último, la necesidad urgente de difundir la enseñanza, de abrir a la juventud estudios de todas las fuentes del saber, hacen indispensable dar a las demás divisiones el vasto desarrollo de que son susceptibles (Vigil et al, 1884).

¹⁴ El sufijo *-filia* hace referencia al amor o afecto, consecuentemente *-filo*, *-fila* hace alusión a quien sufre dicha afección.

Más de cien mil volúmenes formaban la base de la biblioteca, sin embargo, se esperaba que en algunos años y mediante la liberal protección que el poder público le dispensará, se llegase a poner a nivel de las grandes bibliotecas del mundo. Si bien podía considerarse como un defecto la antigüedad de las obras, lo cierto es que, como lo menciona Vigil (1984), también podía mirarse como uno de sus principales méritos, pues siempre se verán con particular aprecio esas obras, que por su rareza son cada día más difíciles de hallar en los mercados.

Por lo que consideró que su primera tarea y la más fundamental consistía en ordenar y clasificar debidamente todo el acervo bibliográfico. Optando por incluir un sistema que lo ayudará en esta labor, decide emplear el sistema de Namur, sin embargo, realizó algunas modificaciones para adaptarlo a la producción intelectual que habitaba este recinto nacional, y posteriormente pasó a la formación e impresión de los catálogos.

Antes de comenzar la organización de una biblioteca se debe trazar un plan meditado maduramente y apropiado al género de su composición y a la localidad; pero una vez determinado hay que seguirle sin separarse de él, siendo un deber del bibliotecario establecer desde el principio todos los trabajos, de manera que su sucesor pueda orientar inmediatamente y sin dificultad, a fin de que no se interrumpa el uso de la biblioteca (Vigil et al, 1884).

En ese sentido y de acuerdo con Alfaro (2008) es posible afirmar que la implementación de la catalogación a través del sistema Namur, le dio al campo bibliotecológico mexicano su primer rasgo de autorregulación, es decir, las competencias y disposiciones de los individuos que comparten un determinado ámbito para generar las reglas y normas que los constituyen.

Así la Biblioteca Nacional se inauguró oficialmente en 1884 por don Manuel González, la única alternancia presidencial en México durante el periodo de 1877 a 1911, mejor conocido como el porfiriato. Dicha ceremonia fue una muestra de la altura en que México se situaba en las bellas artes como la música con representantes como el ya consolidado Melesio

Morales y los “umbrales de la juventud” representados en Castro y Campa, Así también la poesía hizo su aparición con Guillermo Prieto y Rafael López Mendoza, quienes dedicaron su prosa a la institución recién fundada.

Entonces, es posible observar que surge el interés entendido como “formar parte, participar, por lo tanto, reconocer que el juego merece ser jugado merece seguirse; significa reconocer el juego y reconocer los envites” (Bourdieu, 2002b: 141). Que se gesta entre el ámbito relacionado con los libros y las bibliotecas, pero también con lo social y lo cultural, convirtiéndose así en algo que es importante para quienes están dentro, pero también, para quienes lo perciben desde fuera pues “toda la gente comprometida con un campo tiene una cantidad de intereses fundamentales comunes” (Bourdieu, 1990: 137).

Así el campo bibliotecológico en México comienza a abrirse camino en el espacio social, institucionalizando su capital conformado por el corpus de conocimientos que van en la conjunción de la organización y la difusión, ambos elementos permanecen siempre unidos si se quiere ver no en un sentido paralelo sino más bien uno de doble hélice lo que hace el vínculo más fuerte y sin importar en que dirección se tire no se rompe, esto también permite ver una relación entre lo íntimo y lo público, es decir, entre lo que se hace dentro del campo y el impacto en el espacio social o bien el sentido que adquiere el libro y las bibliotecas como necesidad nacional.

Es posible interpretar entonces que los agentes, si bien comparten intereses comunes por los objetos fundantes y la razón de ser del campo, también establecen posiciones diferenciales primero por la especialización de las tareas, así como por la distinción jerárquica. Lo que resulta beneficioso para la autorregulación del campo bibliotecológico y como consecuencia para su legitimidad y autonomía. Pero también, para integrar otra de las propiedades fundamentales de los campos, el conflicto. Que será más perceptible conforme avanza la institucionalización del campo.

1.2.3 DE LOS QUEHACERES A LAS PRÁCTICAS EN EL CAMPO BIBLIOTECOLÓGICO EN MÉXICO

A partir del siglo XIX el campo bibliotecológico en México inicia un proceso de constitución que, según Alfaro (2008) se ha extendido hasta nuestros días (tercera década del siglo XXI), siendo la característica principal de esta etapa el establecimiento de las prácticas del campo. En este sentido las prácticas no se tratan de las meras acciones de los individuos, sino también son un conjunto de disposiciones teóricas, sociales, históricas y políticas que se han configurado en el tiempo, por lo que son indispensables dos condiciones para su establecimiento su repetición y por tanto su reproductibilidad.

De todas las prácticas posibles en el campo bibliotecológico se pueden categorizar tres tipos, a saber: prácticas de uso, prácticas de reproducción y prácticas de producción. A las que también Alfaro (2008) llama prácticas globales (prácticas-g) en su estado puro. Sin embargo, también es posible la interrelación generando así otras distintas prácticas.

Se consideran prácticas de uso en el campo bibliotecológico, a todas aquellas que emplean el capital propio del campo disponible para constituirse. Así en México entre las prácticas primigeniamente reconocidas como de uso dentro del campo bibliotecológico, es posible ubicar a la catalogación y clasificación.

En el caso de la catalogación que según Iguíniz, (1987:60) “consiste este proceso en describir bibliográficamente cada una de las obras de la biblioteca, con tal precisión y exactitud que puedan ser identificadas fácilmente por medio del catálogo” se puede ver reflejada desde los incipientes quehaceres (*pragma*) de registros eclesiásticos a manera de inventarios, posteriormente en los catálogos diccionario, y finalmente su establecimiento como prácticas

(*praxis*) a través del uso códigos de catalogación modernos¹⁵ que dieron un giro radical a la función del catálogo superando la idea de un mero instrumento para la recuperación del libro de manera sistemática y metódica a través de diversos puntos de acceso (Garrido, 1996).

En el caso de la clasificación que según W. S. Merrill “se refiere al arte de asignar a los libros un lugar determinado en un sistema de clasificación en el cual se agrupan, de acuerdo con sus semejanzas o relaciones, los diversos temas de la investigación humana o las descripciones de la vida humana en sus diversos aspectos” (citado por Iguíniz, 1987: 69). Si bien la tendencia de clasificar es prácticamente natural para el ser humanos, el *pragma* de esta práctica en el campo bibliotecológico se observa en los agrupamientos de los materiales documentales de manera temática obedeciendo los principios idiosincráticos de cada época. Posteriormente se instala la *praxis* con la llegada a México de formas sistematizadas de clasificación principalmente con estructuras taxonómicas (Namur, Dewey por ejemplo) que a través de códigos identifican, describen y designan el materia documental, generalmente, de forma topográfica en una institución documental.

El establecimiento de las prácticas de uso en el campo bibliotecológico mexicano trajo consigo su reproductibilidad, para expandir el volumen de agentes formados en el campo y por tanto que disponen de capital. Así entre los quehaceres de reproducción se puede comenzar por mencionar a aquellos emprendidos en su forma más incipiente por la transmisión del oficio bibliotecario de maestro a aprendiz. Ya en una situación de *praxis* es posible mencionar la capacitación, por ejemplo, aquella emprendida por Vigil para consolidar el proyecto de la BN ante lo cual recurrió a José. L. Galán, José María Andrade, Luis González Obregón, Nicolás Rangel, entre otros intelectuales destacados de la época.

¹⁵ Se considera que la catalogación moderna en el mundo occidental comienza con el abogado Anthony Panizzi y su propuesta de las *noventa y una reglas* con el fin de organizar el caos imprenta en los fondos bibliográficos del *British Museum* en 1841. Dichas reglas tuvieron gran influencia en los códigos redactados posteriormente tanto en Europa como en América (Garrido, 1996).

En el caso de la praxis de reproducción en el campo bibliotecológico mexicano es conveniente hacer una precisión, la disposición de los personajes intelectuales por adentrarse al campo, obedecía más a términos intelectuales que a técnico-profesionales, pues les permitía tener a su alcance el conocimiento de la época hecho que sin duda beneficiaba su formación intelectual y que se manifestó en la producción de importantes obras, como la enciclopedia de la historia de México que lleva por título “México a través de los siglos” y cuyo último volumen dedicado a la época de la Reforma (desde 1855 a 1867), fue escrito por Vigil; así también la “Antología del centenario. Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de independencia” en la que participó Nicolás Rangel y Justo Sierra como compiladores. Si bien el predominio de estos eruditos dentro del campo fomentaba la labor intelectual más que la profesional, lo cierto es que algunos, como Vigil, emprendieron acciones a favor de la formación profesional reconocida para aquellos dedicados a la organización de bibliotecas (Brito, 2008: 327-328).

De manera progresiva, la práctica de reproducción se fue consolidando en su manifestación docente¹⁶ con su proceso de institucionalización, es decir, su inserción en la estructura de las organizaciones sociales. Esto ocurrió en 1915 al inaugurarse la Academia de Bibliografía en Veracruz, que en aquel momento era una de las ciudades más importantes del país pues fungía como cuartel general del constitucionalismo.

En 1916 se fundó la primera Escuela de Bibliotecarios y Archiveros, dentro de las instalaciones de la Biblioteca Nacional de México, que en ese entonces se ubicaba en el Templo de San Agustín y que desde 1914 estaba a resguardo de la Universidad Nacional de

¹⁶ Se entiende como práctica docente, todas aquellas actividades que realizan los profesores en el marco de un espacio educativo, por lo que se considera producto de la relación sujeto-institución.

México¹⁷. La enseñanza que se impartía en esta escuela era fundamentalmente técnica y se desarrollaba en cursos no mayores de un año académico.

La planta de profesores estuvo conformada por diez docentes todos ellos “bibliotecarios eruditos” (Fernández 1991: 43) y autodidactas como Nicolás León, Juan B. Iguíniz, entre otros (Morales 1988; Fernández, 1991), quienes impartieron cursos a 121 alumnos inscritos en la primera generación (Morales, 1988) de la cual egresaron Juana Manrique de Lara y Atenógenes Santamaría.

En el siguiente ciclo el programa de estudios se amplió a dos años por lo que su contenido paso de siete a nueve asignaturas. La inscripción fue de 114 estudiantes, sin embargo, el bajo nivel de eficiencia terminal –seis bibliotecarios graduados en la primera generación (Fernández, 1991) –. No se considero que hubiera una correlación entre los esfuerzos realizados para su funcionamiento y los resultados que esta presentaba, por lo que la escuela dejó de funcionar.

En 1925 se da un segundo intento por instaurar la educación bibliotecológica en el país, con la fundación de la Escuela Nacional de Bibliotecarios a cargo del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública. El programa de estudios tuvo una duración de once meses, constaba de seis asignaturas, impartidas por cinco profesores¹⁸, y solo tuvo un año de vida, durante el cual egresaron 81 alumnos.

La tercera iniciativa, que finalmente establece formalmente la educación bibliotecológica, se da en 1945 con Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archiveros (ENBA) dependiente de la

¹⁷ Lo que hoy es la Universidad Nacional Autónoma de México, la cual obtuvo su autonomía en 1929 durante el gobierno del presidente Emilio Portes Gil.

¹⁸ Emilio Baz y Malo, Juan B. Iguíniz, Mario Enriquez, Joaquín Díaz Mercado y Juana Manrique de Lara.

Secretaría de Educación Pública (sep)¹⁹. Dicha escuela contaba en su plantilla docente a 19 profesores²⁰ (Morales, 1988) que tenían como objetivo formar a bibliotecarios cualificados, que se hicieran cargo de las bibliotecas mexicanas de los nacientes sistemas bibliotecarios. En el plan de estudios a nivel profesional recibía la denominación de maestría en biblioteconomía –equivalente a los estudios profesionales actuales–. El nivel subprofesional se le denomina bibliotecario auxiliar, y además se contaban con cursos de capacitación en los cuales se podían tomar materias aisladas y los alumnos las denominaban “especiales” o “libres” (Morales 1988, Escalona 2005). La inscripción para el primer ciclo registró una matrícula de 3 alumnos para el nivel profesional, 42 para el subprofesional y 8 para el programa de capacitación (Morales, 1988).

Quienes integraban el cuerpo docente de esta institución eran bibliotecarios egresados de las escuelas anteriores y algunos profesionales con estudios en el extranjero²¹. Sin embargo, es importante destacar que los primeros profesores no estaban contratados a tiempo completo y sólo dedicaban algunas horas a la actividad docente, el resto de su jornada laboral se dedicaban al ejercicio profesional, principalmente dentro de bibliotecas.

Once años más tarde, en 1956, la UNAM aprueba la creación del Colegio de Biblioteconomía y Archivonomía, en el cual se impartía la maestría en biblioteconomía, que estaba constituida por 36 asignaturas distribuidas en tres años. Para 1960 la Facultad de Filosofía y Letras modifica los planes de estudios y en el caso de biblioteconomía se establece tanto la

¹⁹ Ahora Escuela Nacional de Biblioteconomía y Archivonomía y desde el 2018 depende del Instituto Politécnico Nacional.

²⁰ Arnáiz y Freg Arturo, Chávez Campomanes María Teresa, Chávez Lavista Tobías, Díaz Mercado Joaquín, González Durán Jorge, Grobet Carrere Alicia, Henestrosa Morales Andrés, Huacuja Stéfano Armando, Iguíniz Vizcaíno Juan Bautista, Millán Acevedo María del Carmen, Monroy Baigén Guadalupe, Méndez Plancarte Gabriel, Millares Carlo Agustín, Mediz Bolio María, Manrique de Lara Juana, Mantecón Navasal José Ignacio, Rico González Víctor, Townsend E. Francis y Williams Virginia.

²¹ Recordemos que en Europa y Estados Unidos se contaba ya con una fuerte tradición en la formación profesional de bibliotecarios.

licenciatura como la maestría. La primera queda conformada casi en su totalidad por el programa que ya se impartía, en el caso de la maestría, queda conformada por 10 créditos adicionales a cursarse en dos semestres. En el periodo de 1960 a 1966 la licenciatura tuvo 194 graduados, por su parte la maestría, en el periodo de 1956 a 1972 tuvo 21 graduados (Menéndez, 1996).

En este punto es importante señalar que los estudios de posgrado en México eran escasos, y en el momento en que inician los estudios de Bibliotecología, se encontraban inmersos en un proceso de conformación tanto académico como organizacional, razón por la cual algunos autores consideran el inicio de los estudios de posgrado (maestría) en Bibliotecología hasta el año de 1972, cuando se constituyen de la forma en la que se conocen hoy en día. Sin embargo, los títulos expedidos por la UNAM, previos a esa fecha, corresponden a títulos de maestría, aunque no cumplan con las características actuales.

En cuanto a los profesores del programa de la UNAM, se ubican a ocho profesores fundadores²² (Perales, 1961; Rodríguez, 2001). Por lo que podemos afirmar que, en ese momento la practica docente sigue siendo incipiente debido a que, quienes impartían clases no lo hacían como una forma de ganarse la vida, sino como una diversificación en sus actividades profesionales. Además, la incorporación de las mujeres en la actividad era reducida como sucedía en muchas otras profesiones (Aguilar, 2019a).

De manera paralela se asentó en el campo otra práctica de reproducción, la práctica asociativa, en ese sentido como lo menciona Tocqueville “después de la libertad de obrar solo, la más natural al hombre es la de combinar sus esfuerzos con los de sus semejantes y obrar en común. El derecho de asociación me parece casi tan inalienable por su naturaleza como la libertad individual” (2003: 209). El establecimiento de la práctica asociativa

²² Tobías Chávez, María Teresa Chávez Campomanes, Esteban Chávez y Chávez, Juan Bautista Iguíniz, José María Lujan, Alicia Perales Mercado, Rafael Vélez y Pedro Zamora.

representó, para la Bibliotecología, la posibilidad de constituir agregados interpersonales de intereses, que tuvieran una personalidad jurídica reconocida, es decir, por medio de las asociaciones las personas añaden un elemento importante a su convivencia y pueden expandir su horizonte vital, participando con otras personas en la obtención de ciertos fines. Por lo que la participación asociativa es una de las formas más importantes de creación del capital social.

Si bien desde mediados del siglo XIX son muchas las manifestaciones de agrupación de los bibliotecarios, lo cierto es que fue hasta 1924 que se organiza formal y jurídicamente la Asociación de Bibliotecarios Mexicanos (ABM)²³ que tenía como objetivos “laborar por el fomento y desarrollo de la Biblioteconomía y demás ciencias bibliográficas y procurar el mejoramiento intelectual, moral y materiales de los bibliotecarios” (Fernández, 1995: 102-103).

Una vez habituadas las prácticas de uso y de reproducción, surgieron nuevas prácticas en su interrelación, una de ellas: las publicaciones. Las publicaciones tienen como función principal la sedimentación²⁴ y difusión del capital del campo bibliotecológico entre los agentes. Es importante mencionar que el capital utilizado en este tipo de publicaciones es aquel que se ha acumulado en el campo, es decir, no el que se ha producido en el campo bibliotecológico mexicano. Así surgieron diferentes formatos de publicaciones siendo los primeros y más recurrentes las monografías y las revistas. En el caso de los primeros, en su trabajo bibliográfico Brito (1989) refiere la existencia de 38 libros entre 1900 y 1918, los cuales se reconocen de tres tipos de textos: experiencia propia, tradición bibliográfica mexicana y las vanguardias del momento (De Lira, 2005: 62).

²³ La ABM se mantuvo en funciones hasta 1927.

²⁴ En este caso objetiva a través de un sistema de signos lo que posibilita objetivaciones reiteradas de las experiencias compartidas (Berger y Luckman, 2015: 89)

Las primeras monografías, derivadas de la experiencia propia, tratan de los claros indicios de constitución de un campo o como bien lo indica Bourdieu (1990: 138) la parición en escena los conservadores de vidas o biógrafos que comienzan a archivar los esbozos y las pruebas de la conformación del Campo. Estos personajes se encuentran comprometidos con la conservación de lo que se produce en el campo, su interés es conservar y conservarse conservando.

En el caso de la tradición bibliográfica mexicana se ubica desde la época colonial con la finalidad de demostrar la cultura existente en el nuevo mundo, sin embargo, después de la Independencia se retoma el trabajo bibliográfico, pero ahora con un corte nacionalista. En este segundo periodo se pueden ubicar los trabajos de Joaquín García Icazbalceta, Vicente Andrade, entre otros. Pero también es importante mencionar la fundación del Instituto Bibliográfico Mexicano en 1899 que integraba a México al esfuerzo internacional para desarrollar bibliografías en diversas ramas del conocimiento.

Finalmente, muestra de los textos de vanguardia son los materiales que están íntimamente relacionados con la educación de los bibliotecarios, como el texto del doctor Nicolás León, quien fue uno de los profesores que participaron en la breve vida docente de la Escuela Nacional de Bibliotecarios de 1916 que, publica en 1918, como producto de esa experiencia sus *Notas de las lecciones orales del profesor Nicolás León en la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archiveros* en las que trata de transmitir a sus alumnos la vanguardia del pensamiento bibliotecológico occidental y anglosajón.

Por otra parte, las publicaciones periódicas surgen en los primeros años del siglo XX y se componían de breves artículos, poesías, noticias, anuncios y, ocasionalmente, pequeñas bibliografías (que podían insertarse por entregas o bien de manera integra) (Meneses, 1996). Como precursoras de esta práctica, también se encuentran los boletines, de entre los que se pueden mencionar: Boletín del Instituto Bibliográfico Mexicano 1902-1908; Boletín de la

Biblioteca Nacional de México 1904-1929²⁵; Biblios. Boletín Semanal de Información Bibliográfica 1919-1924²⁶; Boletín de la Biblioteca de la Universidad Nacional 1930-1933; Boletín de Bibliografía Yucateca 1938-1943. También, se encuentran los casos de las revistas: El libro y el pueblo 1922-1970 y Volantes del libro y el Pueblo 1932- (desconocido) ambas editadas por el Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública, por mencionar sólo algunas.

Posteriormente, a las prácticas de uso y de reproducción le siguieron las prácticas de producción que son las últimas en instituirse en el campo bibliotecológico en México, y en cualquier otro campo, pues cumplen la función de reducir la heteronomía. Así el primer intento por institucionalizar la práctica de investigación se remonta a 1973 cuando se crea el Centro de Investigaciones Bibliotecológicas y de Archivología (CIBA), en la División de Estudios Superiores de la Facultad de Filosofía y Letras en la UNAM –donde ya se encontraba la licenciatura y la maestría– (Escalona, 2005).

Pero fue hasta 1981 que se institucionaliza definitivamente la práctica de la investigación, con la creación del Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas (CUIB)²⁷ dentro de la UNAM. Este centro se ubicaba en el primer piso del patio central del Antiguo Colegio de San Idelfonso y se encontraba conformado por una plantilla de ocho investigadores²⁸ (Ríos, 2007). Para 1988 pasó a ocupar el piso 11 de la Torre II de Humanidades en Ciudad Universitaria y para 1999 se le acondicionan los pisos 12 y 13 en donde permanece hasta la

²⁵ 1ª época. Vigil dirigió el Boletín hasta el año de su muerte. Para la 2ª época se publicaron 16 números y a partir de 1969 cambio a Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas (Meneses, 1996: 7)

²⁶ Que a partir de 1925 pasaría de una publicación semanal a mensual, por que se considera su segunda época (1925-1926) (Meneses, 1996: 7).

²⁷ Actualmente Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información (IIBI).

²⁸ Almada de Ascencio Elisa Margarita, Añorve Guillen Martha Alicia, Magalonide Bustamante Ana María, Morales Campos Estela, Rodríguez Gallardo José Adolfo, Román Haza María Trinidad, Garza Ávalos María Luisa y Solís Valdespino Ofelia

actualidad. Si bien es cierto que antes del CUIB ya se realizaban trabajos de investigación en Bibliotecología como *pragma*, la importancia de este centro se debe a la consolidación de la *praxis* de producción dentro del campo.

Una práctica de intersección que surge de la práctica de producción y la práctica reproducción, son las publicaciones. Si bien las publicaciones ya tenía una larga trayectoria en su conjunción de práctica de uso-reproducción, ahora se conforma como práctica de producción-reproducción, ya que si bien la primera tiene como función llegar a un público tan vasto como sea posible, en contra parte, la segunda se enfoca en una audiencia restringida que paralelamente juegan el papel de consumidores de estos productos y a la vez competidores o productores, este es el caso de *Investigación Bibliotecológica* revista que inicia sus actividades en 1986 como el primer canal de comunicación científica del campo.

Una vez que se establecen las prácticas en el campo bibliotecológico en México comienzan un proceso de expansión no sólo geográfica como en el caso de la educación que a partir de la década de los ochenta comienza a integrarse en diferentes universidades a lo largo de país como son: la Universidad Autónoma de San Luis Potosí (1980), la Universidad Autónoma de Nuevo León (1985), la Universidad Autónoma del Estado de México (1992) y la Universidad Autónoma de Chiapas (1992). Sino que también se diversifica la oferta a todos los niveles de la educación superior ya que la UNAM comienza a impartir la maestría (1972), así como el doctorado (1998).

De igual manera las demás prácticas se han ido expandiendo y diversificando para constituir un campo bibliotecológico más robusto, en ese sentido es que se dice que los campos no son inmutables en el tiempo, pues tienen un sentido de historicidad, extendiendo así sus circunstancias y relaciones que le dan sentido, al propio campo y a todos los elementos que en él convergen.

EL BIBLIOTECÓLOGO

2.1 ENFOCANDO AL SUJETO

Una de las particularidades que ofrece el postulado teórico de Bourdieu es el de superar la oposición entre sociedad/individuo, determinismo/libertad, teoría/empirismo objetivismo/subjetivismo, estructura/agencia tan presente en la visión clásica del análisis de los fenómenos sociales. Estos dualismos se caracterizan por considerar que un elemento predomina por sobre el otro en cuanto a la concepción de lo social, por ejemplo, los objetivistas pretenden establecer regularidades (estructuras, leyes, sistemas de relaciones, etc.), independientes de las conciencias y de las voluntades individuales (Bourdieu, 2009b: 44). En contraparte, los subjetivistas, omiten la estructura o cualquier condicionamiento que pueda alterar o influir al sujeto, así estos tendrán la total libertad sobre sus acciones.

En este sentido la crítica consiste en que para los primeros –los objetivistas– la comprensión del mundo social es posible si y sólo si los agentes concuerdan objetivamente de manera tal que asocien el mismo sentido al mismo signo o, en otros términos, de manera que se refieran, en sus operaciones de cifrado y desciframiento, a un mismo y único sistema de relaciones constantes, independientes de las conciencias y de las voluntades individuales, e irreductible a su ejecución en prácticas u obras (Bourdieu, 2009b: 45). Por lo que Bourdieu insiste en la capacidad que tienen los sujetos de generar disposiciones al interior de la estructura, capacidad que había sido descartada de plano en las perspectivas estructuralistas, cercenando la posibilidad de autodeterminación de los sujetos y sometiéndolos a un determinismo

exterior y mecánico (Bourdieu, 2009b). Así su teoría busca comprender acciones cotidianas escapando del objetivismo de la acción mecanicista y del subjetivismo que describe la acción mediante el cálculo racional (Bourdieu y Wacquant, 1995: 83).

Una vez superada esa anomalía dicotómica –de ahí el enfoque constructivista²⁹ de este postulado– Bourdieu presenta un espacio social conformado, por un lado, por las estructuras sociales externas (lo social hecho cosa) y, por otro lado, las estructuras sociales internalizadas o incorporadas al agente en forma de esquemas de percepción (la historia hecha cuerpo) (2002: 7). Entonces, la piedra angular del postulado bourdiano es la relación de doble sentido o dialéctica entre las estructuras objetivas de los campos sociales y las estructuras incorporadas o subjetivas de los habitus que se sustentan, sobre todo, en las prácticas.

De esa manera el habitus se incorpora como el tercer concepto de la base piramidal de la teoría de los campos que, si bien Bourdieu logra asentar dentro de la teoría social contemporánea, no se trata de un referente nuevo, por el contrario, su larga tradición le permite mantener sus antecedentes clásicos, tanto de la filosofía como de la sociología. Así se puede relacionar genealógicamente con: *eidos* (sistema de esquemas lógicos o estructuras cognitivas que organizan las visiones del mundo), *ethos* (conjunto de disposiciones morales), *hexis* (registro de posturas, de gestos y de maneras de ser del cuerpo) y *aisthesis* (el gusto o la disposición estética) (Giménez, 1999; 2013). Por lo que se le considera un concepto pluridimensional que posee, en forma entrelazada, dimensiones cognitivas, morales, corporales y estéticas (Casillas y Ramírez, 2018: 321), y todas ellas indisolubles e indisociables.

²⁹ Que básicamente se distingue por tres aspectos: superar las dicotomías de la sociología clásica; por aprehender las realidades sociales como construcciones históricas y cotidianas de actores individuales y colectivos; y comprender que las realidades sociales son a la vez objetivadas e interiorizadas (Giménez, 1999: 2).

Así el habitus se retoma con toda su tradición para enunciar “algo que se ha adquirido, pero que se ha encarnado de manera durable en el cuerpo en forma de disposiciones permanentes” (Bourdieu, 2011: 133) distinguiéndose así de la noción de hábito en cuanto a su sentido mecánico y productivo, más que reproductivo. De esta forma la propuesta bourdiana se diferencia al otorgarle al habitus un sentido poderosamente generador a diferencia de las nociones similares presentadas por Durkheim, Mauss³⁰ o el propio Aristóteles³¹.

La complejidad al interior del habitus sirve a su vez para asegurar su rigor conceptual, gracias a su poder de deformación, es decir, retomar los conceptos primeros y estudiar sus condiciones de aplicación para incorporar las condiciones de aplicación de un concepto en el sentido mismo del concepto. Así la división clásica que separaba la teoría de sus aplicaciones ignoraba esta necesidad de incorporar las condiciones de aplicación a la esencia misma de la teoría (Bachelard, 2013: 73). Entonces el habitus no debe percibirse como un “cajón de sastre” en donde se ubican elementos heterogéneos sin un orden, sino como una “caja de herramientas” en el sentido expresado por Foucault (1985: 185), es decir, que no se trata de construir un sistema, sino un instrumento para la comprensión de los fenómenos analizados. Así su función directa es el uso que de ella se haga en estado práctico más que en estado teórico.

Como los aportes teóricos – que no teoricistas – y la propia metodología bourdiana lo expone, sus conceptos no pueden ser definidos ni construidos sino en función de una problemática que les permita someter a examen todos los aspectos de la realidad que le son puestos en

³⁰ Tanto Émilie Durkheim como Marcel Mauss (sobrino y discípulo del primero) trabajaron las normas creencias y valores que orientan el comportamiento de la vida de los individuos, en el caso Durkheim a través del uso de las representaciones sociales colectivas, y para Mauss, el adoctrinamiento religioso. En resumen, ambos buscaban, aunque con diferentes matices, cuales son las instituciones sociales que ordenan la vida social. Entendiendo instituciones como aquello que está instituido. Así en las *Les techniques du corp* (1934) Mauss analiza las formas, actitudes y posturas del cuerpo establecidas por la tradición, a lo que se considera los cimientos para la reelaboración del concepto del habitus de Bourdieu.

³¹ En el caso de Aristóteles, el concepto utilizado en su pensamiento es el de *hexis* el cual implica un trabajo directo sobre el cuerpo, basado en esquemas posturales que son solidarios de significaciones y valores sociales.

relación por los problemas que le son planteados (Bourdieu, Chamboderon y Passeron, 2008: 54) así tratamos con conceptos abiertos pero sobre todo relacionales que no se encuentran del todo definidos de manera meramente teórica pues son influenciados por el referente empírico que analizan, sin embargo, podemos partir del habitus como:

Sistema de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predisuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a un fin sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente «reguladas» y «regulares» sin ser el producto de obediencia a reglas, y, a la vez que todo esto, colectivamente orquestadas sin ser producto de la acción organizadora de un director de orquesta (Bourdieu, 1991: 92).

Así se presenta como un conjunto de formas de pensar, sentir y actuar que, aunque parezcan naturales, son sociales, es decir, están moldeados por la estructura: se aprehenden, se interiorizan, se incorporan, frecuentemente de un modo no consciente, por cada individuo a partir de sus condiciones objetivas de existencia (Casillas, 2003: 75). Por lo que hablar de habitus es referirse a lo individual incluso lo más personal, lo subjetivo, como algo social y colectivo (Bourdieu y Wacquant, 1995, 87).

En cuanto a sus propiedades, se considera que el habitus es duradero, puesto que es construido, deconstruido³² y reconstruido por lo que también se le considera un “producto de la historia, un sistema abierto [...] que se confronta permanentemente con experiencias nuevas, y por lo mismo, es afectado también permanentemente por ellas. Es duradero, pero no inmutable” (Bourdieu, 1992:109 citado por Rizo, 2006). Y transferible o transponible, en

³² Se retoma el sentido de deconstrucción basado en la propuesta de Jacques Derrida para hacer referencia a los intentos de reorganización del habitus ante las contradicciones hegemónicas constitutivas.

tanto que puede permutar de un ámbito de la práctica a otro, “así las experiencias adquiridas en el curso de ciertas experiencias (familiares, por ejemplo) tienen efecto sobre otro campo de experiencias (el profesional, por ejemplo)” (Casillas y Ramírez, 2018).

El habitus, es el fundamento objetivo de conductas regulares y, por lo mismo, de la regularidad de las conductas, pero no de reglas. Pues no se trata de fines encausados a la obediencia de un plan, sino a la regularidad de un comportamiento, es decir, que se pueden prever las acciones precisamente porque el habitus es aquello que hace que los agentes en la misma posición o de la misma clase se comporten de forma semejante o idéntica ante determinadas circunstancias, lo que permite a los individuos identificarse, distinguirse e interactuar en un campo, pero no los priva de su condición de libertad (Bourdieu, 2009b). En ese sentido se entiende que estas disposiciones no son repetitivas ni mecánicas, sino activas y creadoras.

De esa manera las acciones colectivas propiciadas por el habitus no dependen de la dirección de un director de orquesta, sin embargo, lo que confiere la regularidad, unidad y sistematicidad de las prácticas es un mecanismo de influencia mutua entre los agentes, es decir que las relaciones interpersonales sólo en apariencia son relaciones de persona a persona (Bourdieu, 1991: 102).

Son diversas las metáforas que se han usado para ilustrar el paradigma bourdiano, sin embargo, una de las más recurrentes para su comprensión, aunque también para su simplificación, ha sido la figura del juego. En este sentido se representa el campo como un tablero de juego, compuesto por: el espacio, las reglas, las posiciones, los jugadores, *inter alia*. Y cada agente o jugador dispondrá de sus intereses, pero también de sus apuestas (capitales). Así el habitus considera el conocimiento y reconocimiento de las leyes inmanentes del juego y de lo que está en juego, entonces el jugador diseñará sus propias

estrategias según el desarrollo del juego (o su posición ocupada en el juego), así las estrategias son producto del habitus, como sentido práctico del juego (Bourdieu, 1990: 136).

La estrategia es una acción que surge en respuesta a un determinado momento, es decir, a una situación específica según la posición que ocupa el agente o el jugador en el campo, pero también, es el reflejo de una trayectoria biográfica. Es en este sentido que se entiende que el habitus, en términos de acción, es razonable pero no racional ya que, si bien existen múltiples estrategias posibles, ese margen de maniobras se circunscribe al conocimiento que tiene el agente del campo, es decir, a la observación de los elementos en el tablero, pero únicamente desde su posición en un momento determinado.

Entonces, tener el sentido del juego es tener el juego metido en la piel; es dominar en estado práctico el futuro del juego; es tener el sentido de la historia del juego. Tan es así que un factor fundamental en la teorización del habitus es su relación con el cuerpo, es por ello por lo que, el habitus se aprende mediante el cuerpo, mediante un proceso de familiarización práctica, que no necesariamente pasa por la consciencia. Así la conformación del habitus de los agentes se asocia a dos procesos diferentes, a saber: la inculcación y la incorporación

Para el primero, la inculcación: supone una acción pedagógica efectuada dentro de un espacio institucional (familiar o escolar) por agentes especializados, dotados de autoridad, que imponen normas arbitrarias valiéndose de técnicas disciplinarias. Es el reflejo de la institución en los cuerpos. En cambio, la incorporación: remite a la idea de una interiorización, por parte de los agentes, de las regularidades inscritas en sus condiciones de existencia (Bourdieu y Wacquan, 1995), conviviendo ambas siempre en reciprocidad.

Entonces, lo que Bourdieu postula es que la articulación dialéctica entre ambos procesos, es decir, entre lo institucional y la experiencia del mundo social, se encuentran recíprocamente relacionados entre sí debido al hecho de que cada institución ejerce su poder a través de la

mediación de condiciones de existencias específicas. Tomadas en su conjunto, equivale a lo que la sociología tradicional llama proceso de socialización (Giménez, 2013: 11).

A través de estos procesos el habitus asegura su propia constancia en el tiempo, es decir, son sus mecanismos de defensa contra el cambio. Al incorporarse como esquema de percepción y de apreciación de prácticas, opera una selección sistemática de las informaciones nuevas rechazando aquellas que cuestionen -o reinterpretándolas a través de sus esquemas- y limitando la exposición del agente a aquellas experiencias o aquellos grupos sociales, en los cuales su habitus no sea adecuado.

Para enfocar la mirada desde el habitus en el sujeto es importante no hacerlo desde el sentido objetivista que suele presentar el mundo social como un espectáculo ofrecido a un espectador que adopta “un punto de vista” sobre la acción en el cual las prácticas no serían otra cosa que la representación de papeles teatrales o la ejecución de las partituras. Ni tampoco, desde el individualismo que es totalmente incapaz de dar cuenta de las necesidades del mundo social. Sino desde la práctica donde se recuerda que los objetos son construidos y no pasivamente registrados por lo que dicha construcción de forma práctica, es decir, en el ámbito de la dialéctica de los productos objetivados y de los productos incorporados en la práctica histórica, de las estructuras y de los habitus (Bourdieu, 2009b: 85-86).

Así la relación dialéctica entre campo y habitus aflora en las prácticas, pero también, en las representaciones, los gustos, las preferencias, los rituales, las rutinas, los símbolos, los esquemas³³, que se presentan bajo la forma de realidades percibidas y apreciadas. En ese sentido el leguaje y la hermenéutica se hacen cómplices, ya que esta relación lleva a pensar

³³ Los esquemas entendidos como principios de clasificación, principios de visión y de división, aficiones diferentes. Establecen diferencias entre lo que es bueno y lo que es malo, entre lo que está bien y lo que está mal, entre lo que es distinguido y lo que es vulgar, etcétera, pero no son las mismas diferencias para unos y otros (Bourdieu, 2002b: 20).

la acción como algo que hay que descifrar, diciendo, por ejemplo, que un acto ritual representa algo, en lugar de decir simplemente que es sensato (Bourdieu, 2009b).

Es así como el trabajo de interpretación, se propone restituirles sentido, recobrar su lógica, pero no los dota de sentido ni de función, excepto la función que implica su misma existencia y el sentido objetivamente inscrito en la lógica de los gestos o de las palabras que se hacen o dicen “por decir o hacer algo” o, más exactamente, en las estructuras generativas de las que estos gestos o estas palabras son producto – o, caso extremo, en el espacio orientado en que se llevan a cabo (Bourdieu, 1991: 40). Por ello, ni el habitus ni el campo tienen la capacidad de determinar unilateralmente la acción social³⁴, resultando crucial la relación entre ambos a la hora de explicar cualquier fenómeno de este tipo.

2.2 DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DEL BIBLIOTECÓLOGO

El bibliotecólogo es uno de los sujetos fundamentales en el campo bibliotecológico, sin embargo, poco se ha emprendido por su análisis y menos aún por su construcción teórica. Así el tiempo ha permitido no sólo su solidificación empirista, sino que, peor aún, lo ha diluido en las diversas estructuras del sistema social; de esa manera se hace referencia a su formación, su mercado de trabajo, sus estereotipos, su función social, su ética e incluso su identidad sin ni siquiera definirlo. Por ello, se hace impostergable un ejercicio de reflexividad que permita no solo evocar, sino liberar de esos sedimentos a este actor.

Es así que la constitución positivista sobre la que se erigieron los cimientos del campo bibliotecológico reflejan claramente la presencia del bibliotecólogo, aunque paradójicamente la eluden, dados los criterios objetivistas bajo los cuales se tenía que constituir el campo (si

³⁴ En el sentido de Weber (2002) una acción social es aquella que se efectúa y tiene sentido (mentado) para el sujeto que la realiza.

es que pretendía legitimarse como campo de conocimiento), reduciendo al mínimo el espacio para la subjetividad la cual se mira como una contingencia para la ciencia clásica, un ruido que es absolutamente necesario eliminar pues se trata de una fuente inagotable de errores. De ahí la exclusión del bibliotecario-bibliotecólogo³⁵ como sujeto reflexivo y de reflexión, y su inclusión cómo simple operario de las prácticas.

Desde esta mirada la estructura siempre está por encima de la acción de los individuos o bien la estructura coacciona la acción, imposibilitándolo para actuar por sí mismo. Muestra de ello es observable en las distintas definiciones que a este sujeto se refieren, las cuales varían según la temporalidad en la que se expongan o a la que hagan alusión, así para los primeros bibliotecarios novohispanos se encuentra:

Bibliotecario (DA³⁶). El que está destinado para tener cuidado de las Bibliotecas, manejarlas y franquear los libros a los curiosos que quieren, y se les permite divertirse en ellas. Es empleo de mucha estimación y confianza, y que requiere mucha erudición y doctrina para obtenerle. Sin embargo, también puede ser el autor de una biblioteca o de una colección de libros análogos (citado por Carreño, 2013: 307).

Es importante centrar la atención en los dos primeros enunciados de esta definición, pues el último hace referencia a la disciplina bibliográfica que como se mencionó en el capítulo anterior difiere de los intereses principales de esta investigación. Así la primera concepción muestra al bibliotecario como individuo que actúa bajo premisas y reglas externas que delimitan su acción, es decir, que escapan de su ámbito directo de decisión. Consecuentemente, el segundo enunciado reafirma su sentido singular pues para acceder a

³⁵ Se usará el término compuesto bibliotecario-bibliotecólogo cuando se invoque al sujeto en un momento diacrónico. En tanto que de otra forma el término bibliotecólogo puede tornarse anacrónico.

³⁶ Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, ed. facs., 3 vols., Madrid, Ed. Gredos, 1963

su destino el bibliotecario debe demostrar que sus cualidades individuales son dignas para ejercer el oficio.

El rasgo más distintivo de este personaje lo da el espacio tanto físico como simbólico de la biblioteca, es decir, “para ser tengo que estar o, mejor dicho, sé es bibliotecario, en tanto se está”. Esto hace evidente el anclaje no sólo del espacio sino también en el tiempo pues como destino, se entiende que será la función ineludible a lo largo de la vida.

En un siguiente momento (el siglo XX), Iguíniz advierte que una diferenciación se ha hecho presente en el campo, separando el bibliotecario del bibliotecario profesional:

Bibliotecario. (De biblioteca) El funcionario de orden público o privado que tiene a su cargo la dirección, conservación, organización y funcionamiento de una biblioteca, o que desempeña en ella funciones diversas, tanto técnicas como administrativas. El bibliotecario es el alma de la biblioteca, es decir, el organizador de los tesoros intelectuales que tiene a su cargo, para ser debidamente utilizados, el colaborador de los hombres de estudio en sus trabajos e investigaciones, el divulgador del saber, entre las clases sociales y el educador real y efectivo del pueblo. Su profesión, tan digna e importante como la del maestro, requiere ante todo vocación decidida, buena cultural y conocimientos técnicos, aparte de diversas cualidades morales, como educación, honorabilidad, trato social, método y actividad (Iguíniz, 1987: 46).

Bibliotecario profesional. El que ha cursado biblioteconomía en una escuela de bibliotecarios, la que le ha otorgado el título o certificado correspondiente a dicha profesión, considerándolo apto para organizar y manejar una biblioteca (Iguíniz, 1987: 47).

Esta pauta de diferenciación resulta fundamental para el campo ya que, es la base para la diversificación del trabajo, pero también de la jerarquización dentro de los establecimientos bibliotecarios. Lo que también viene a consolidar el campo, en cuanto a espacio social, pues

estos se estructuran en las diferencias que, como bien indica Bourdieu, sólo cabe comprender verdaderamente si se elabora el principio generador que fundamenta estas diferencias en la objetividad, en este caso, la credencialización de los estudios superiores. Este principio no es más que la estructura de la distribución de las formas de poder o de las especies de capital eficientes en el universo social considerado y que por lo tanto varían según los lugares y momentos (Bourdieu, 2002: 48-49).

Por lo tanto, esta situación de diferenciación es consecuencia de dos acontecimientos históricos en el campo; primero, el establecimiento definitivo de la Escuela Nacional de Bibliotecarios (ENBA) en 1945, y subsecuentemente, el reconocimiento de la profesión por parte del Estado mexicano en 1948.

En el caso del primero, las instituciones de educación superior reconocidas por el Estado, como la ENBA, se estructuran y organizan como instancias reguladoras de las prácticas de reproducción, ejerciendo permanentemente una acción formadora de disposiciones duraderas, a través de todas las coerciones y de las disciplinas corporales y mentales que impone uniformemente al conjunto de los agentes. Este es el fundamento de la eficacia simbólica de todos los ritos de institución, que se ejercen a través del funcionamiento del sistema educativo, lugar de consagración donde se instituyen, entre los elegidos y los eliminados, es decir entre el bibliotecario y el bibliotecario profesional, unas diferencias duraderas y a menudo definitivas.

En el caso del reconocimiento, el Estado tiene la facultad de regular los funcionamientos de los campos. Para los campos de conocimiento, esto se hace evidente a través de los ritos inaugurales que marcan el acceso a la existencia social (Bourdieu, 2002b: 98-99), movilizand así un capital simbólico acumulado, por parte del Estado, que permite mediante un acto solemne, no sólo el acceso a su estructura burocrática, sino también los dota de una identidad social socialmente garantizada.

Esos momentos fueron, sin duda, de los más relevantes para la constitución del campo bibliotecólogo pues el sentido de diferenciación únicamente pudo establecerse en un sentido dialógico entre la estructura y los sujetos. Es decir, estos acontecimientos son exclusivamente la objetivación de las acciones de los agentes para permear e instalarse en las estructuras sociales.

El elemento clave de esta diferenciación fue la autonomía que adquiere el sujeto, la cual paradójicamente se venía gestando desde el pragma de la práctica asociativa, en la segunda mitad del siglo decimonónico. Así esta autonomía no debe relacionarse con la noción de libertad, sino con la de auto-organización, la cual se comprende como un sistema que trabaja o se articula para construir y reconstruirse. Pero también es dependiente ya que como todo sistema requiere de una fuente externa de alimentación (el mundo exterior) a fin de organizar su propio comportamiento (Morin, 1994).

De esa manera puede pensarse que a simple vista la diferencia entre el bibliotecario y el bibliotecario profesional –en sentido sustancialista– se presenta por el atributo escolar, es decir, por el capital cultural institucionalizado del que se dota al individuo a través de la credencialización universitaria. Lo que hace parecer que la asignación de las instituciones es perfecta y el sujeto se convierte en bibliotecólogo por decreto. Sin embargo, esto representa simbólicamente un sesgo, una diferenciación en el sentido de posición entre estos agentes dentro del campo, es decir, el bibliotecario profesional se asume en su posición y se diferencia de quienes no poseen los mismos atributos que él –por ejemplo, el título universitario– relegándolos a los extremos del campo.

De esa manera, ya no se trata de un ser-estar, sino de un ser-poseer, es decir, “para ser es necesario poseer”. Así se diferencia un primer momento, en el que los atributos del individuo lo merecían para el puesto de bibliotecario, y en el siguiente, la estructura lo dota de los atributos necesarios para conformarse como bibliotecario profesional. En otras palabras, el

título universitario no es un mero atributo, sino el reflejo simbólico del resultado de un largo proceso de inculcación, en el que el individuo se construye como actor en y para el campo bibliotecológico.

Del mismo modo, la dimensión espacial sigue siendo clara en ambos, es decir, la biblioteca sigue enmarcando al sujeto, más en el caso del primero que del segundo. Pues al bibliotecario se le considera el “alma de la biblioteca”, y al segundo, sólo se le encomienda su organización y manejo, lo que también implica un proceso de despersonalización.

Es importante puntualizar que, en ese momento, los títulos otorgados por la educación superior³⁷ credencializaban a este sujeto como bibliotecónomo, debido a la directa influencia norteamericana en la cual se formaron los pioneros de los estudios universitarios del área en México, quienes dieron forma a los primeros planes y programas de estudios (Morales, 1989: 23), principalmente de la Library Economic fundada por Dewey y que en los países de habla hispana se tradujo como biblioteconomía (Rodríguez, 2001: xvi).

Situación por la cual al margen de la estructura gubernamental el término bibliotecónomo suele ser el más utilizado, por ejemplo, en la Clasificación Mexicana de Ocupaciones utilizada por el Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (INEGI) para el tratamiento de la información estadística (1996). Clasifica a estos profesionales dentro del subgrupo 117 perteneciente a las áreas económicas y administrativas; situación que se presenta pues la biblioteconomía se entiende como el conjunto de conocimientos teóricos y técnicos relativos a la organización y administración de una biblioteca, así la primera parte es científica-técnica; la segunda, en cambio, político-administrativa (Bounocore, 1976: 91).

³⁷ En la ENBA desde su establecimiento hasta nuestros días, el título otorgado a sus egresados es en Bibliotecónomo. Mientras en la UNAM el título de Bibliotecónomo sólo se otorgó, en sus diferentes modalidades, de 1956 hasta 1966.

Bibliotecónomo: es el profesional que se encarga de la planeación, concentración, organización, selección y difusión los textos escritos (libros, revistas, documentos, etc.), es decir, del arte de administrar y gobernar, para realizar con la mayor eficacia y el menor esfuerzo los fines específicos de la institución bibliotecaria (INEGI, 1996).

Sin embargo, a finales del siglo XX la evolución de este sujeto se ha presentado en el más puro sentido *comtiano* revistiéndolo con el logos a la par del mismo campo, así su denominación cambia a:

Bibliotecólogo: es el profesional que se dedica, a través de todas sus actividades, a conservar la información registrada en cualquier soporte, a organizarla por medio de los procesos de catalogación, clasificación e indización, a difundirla y hacerla accesible a los ciudadanos o usuarios por medio de los servicios bibliotecarios y de la información que proporciona la biblioteca (Calva, 2021: 117).

En este punto es posible identificar dos visiones: la primera, a la que se adhiere la definición anterior y que refleja la visión más conservadora del campo, cuyo deber ser del bibliotecólogo sigue correspondiendo con la labor de intermediario entre la información y los usuarios. Y en oposición, una segunda visión que proporciona un sentido más renovador, por ejemplo:

Bibliotecólogo: Es el profesional que conoce diferentes tipos de recursos de información, impresos y en otros formatos, el que los organiza y sistematiza, aquel que planea y administra servicios bibliotecarios y de información para satisfacer las necesidades informativas de distintos sectores de la población, apoyándose en las tecnologías de la información y que además lleva a cabo investigaciones para encontrar solución a los problemas derivados de su práctica profesional y de las características del entorno económico, social y cultural en que se desarrolla su actividad profesional (Pincay Cañarte, 2010).

Como es posible observar, una de las características más relevantes de esta transición es el desapego del *topos*, es decir, del espacio de la biblioteca como centro y eje de la actividad de este profesional. Situación que se presenta como consecuencia directa del establecimiento de lo que se ha venido a conocer como la Sociedad de la información, en la que aparece la visión de la información inespacial, como fluir puro, torrencial e incontenible de tiempo y energía (Alfaro, 2010: xviii).

Además, los términos derivados de la raíz *biblio* acotan el espacio de acción de los profesionales, por lo que les han venido a representar un estigma, en particular para las generaciones más recientes, pues los vincula y limita con la tradición impresa, librería, pero, sobre todo espacialmente con las bibliotecas. Dado lo anterior, en décadas recientes (siglo XXI) se ha engrosado el ramal, con la incorporación de algunos otros términos que han aparecido³⁸, como:

Profesional de la información: término genérico que se ha adoptado con el fin agrupar a aquellos profesionistas que tienen como centro de su actividad profesional el universo informacional como lo son: archivistas, bibliotecólogos, documentalistas, e incluso museólogos.

Este término ha permeado el discurso de gran parte del campo mexicano y tiene que ver, primero, con la diversidad de nomenclaturas con las que las instituciones de educación superior han denominado los grados académicos para los profesionales del área³⁹. Así este

³⁸Se mencionan únicamente los que con mayor intensidad han permeado en el Campo Bibliotecológico mexicano.

³⁹ Por ejemplo en el caso de las licenciaturas vinculadas al campo se encuentran: Bibliotecología, Bibliotecología y Ciencias de la Información (UNACH); Ciencias de la Información (UACH); Biblioteconomía (ENBA); Bibliotecología y Ciencias de la Información (UNAM); Bibliotecología, Bibliotecología y Gestión del Conocimiento (UdG); Ciencias de la Información Documental (UAEM); Bibliotecología y Estudios de la Información, Bibliotecología (udemex); Bibliotecología y Ciencias de la Información (UANL); Bibliotecología, Gestión de la Información Documental (UASLP); Bibliotecología y Gestión de la Información (UNO).

término se presenta como una solución pragmática al tratamiento de la heterogeneidad de los perfiles. Sin embargo, esto ha generado un nuevo debate entre las posturas integradoras, las apologistas y las separatistas.

Y segundo, que estas instituciones sociales –las bibliotecas, los museos e incluso los archivos– compartieron espacios, tradiciones e incluso trágicos destinos, sin embargo, es importante considerar que cada uno asume papeles sociales específicos y disociados (Morán, 2017: 2), así pensar en su aglutinación debe considerarse una tarea ociosa y sin fundamento.

En ese mismo tenor, aparecen otras acepciones tales como:

Científico de la información: que hace alusión al profesional de la ciencia de la información⁴⁰ disciplina que busca retomar los preceptos de la Bibliotecología, la documentación y la archivística, y abrir así el abanico de aplicación de la práctica informativa-documental.

Gestor de la información y/o el conocimiento: profesional capaz de sistematizar la información en las organizaciones para que, a través de las diferentes formatos y recursos que existen, apoyen a las organizaciones a gestionar esa información para tomar decisiones (UANL, 2019)

Como es posible observar estos términos nuevamente apuestan por la aleación de los profesionales de distintas disciplinas cuyo espacio de acción es justamente el flujo informacional que tiene lugar en diversas organizaciones. Así uno de los términos más contruidos, al menos epistemológicamente es:

⁴⁰ Disciplina que trata de la teoría y la práctica de la recolección, tratamiento y difusión de la Información (Colegio Nacional de Bibliotecarios, 2002)

Profesional de la información documental esta concepción ha sido propuesta desde una perspectiva epistemológica y forma parte de lo que Rendón (2004, 2005, 2013) denomina Sistema de Información Documental (SID)⁴¹. Desde esta perspectiva no se le trata, al profesional, como un eslabón, un servidor o un mero enlace, “sino agente activo y responsable dentro del sistema; que se encuentra unido al mundo de la información como científico, al mundo material de los símbolos (documentos-materia) como hacedor y al mundo social-cultural como sujeto que cumple un rol encomendado por la sociedad” (Rendón, 2013: 16). Así se reviste al profesional del campo, por primera vez, como un ser humano, un sujeto “subjetivo”: creativo, reflexivo, libre y responsable (Rendón, 2005: 144).

En ese sentido se le otorga al profesional de la información documental el atributo de creador del SID, por lo que también se le considera un colega dentro de la construcción del conocimiento científico, que sin ser un miembro de la comunidad epistémica de la ciencia particular en la que labora, es decir, se considera su participación en la vida de ella porque coadyuvan a su existencia, con su actividad permiten que los científicos puedan disponer de una de las herramientas indispensables para su trabajo: la información que los conduce al conocimiento de otros sujetos y a elaborar el suyo propio (Rendón, 2005: 145). Sin embargo, esta perspectiva sitúa a los agentes nuevamente en su postura tradicional, es decir, como encargados y gestores del acervo de materiales necesarios para el desarrollo de las funciones académicas.

Lo cierto es que, como lo menciona Morales (2006) en situaciones pragmáticas – o incluso para evitar la pedantería (Fernández, 1991) –, aún suele utilizarse el término bibliotecario de

⁴¹Es oportuno mencionar que el Profesional de la información documental fue el último elemento en integrarse al SID pues inicialmente se concebía como parte integrante implícita de la institución informativa documental. Sin embargo, su importancia lo refieren como un elemento autónomo del sistema (Rendón y Herrera, 2011). Así en la revisión más trabajada el SID (2005) está conformado por cinco elementos, a saber: información, documento, usuario, profesional de la información documental e institución informativa documental. La ventaja de esta propuesta es que ninguno de sus elementos se comprende dentro del mundo de la información de manera aislada, es decir, existe una interacción o mejor dicho una interdependencia de todos los elementos del sistema (Rendón, 2005).

manera indistinta para referirse a los agentes del campo bibliotecológico. Así es posible identificar un ánimo de preservación de ese término por parte de los autores que trazan el discurso hegemónico en México, con el afán de resguardar la herencia de los bibliotecarios, pero no sólo de aquellos novohispanos, sino incluso aquellos del mundo antiguo. Esta situación ha propiciado que la brecha en tanto los que poseen los atributos académicos y los que no se continúe ensanchando pues actualmente se trata de retirarles a los segundos la asignación de bibliotecarios y nombrarlo ahora como trabajadores de la biblioteca (Rodríguez, 2019; Verdugo, 2020) y así desproveerles de todo atributo histórico, del que irónicamente son los descendientes más directos.

En el sentido de esta investigación y en concordancia con expuesto previamente, argumentaremos que el término bibliotecólogo es el más adecuado pues define y defiende la autonomía del campo bibliotecológico como un campo de conocimiento científico. De esa manera se determina que el bibliotecólogo es en realidad algo más que un sujeto, es un agente. Es decir que tiene capacidad de acción en el campo bibliotecológico en México, en tanto que ya no se trata de aquel que ejecuta reglas, sino el que desarrolla estrategias que se ajustan objetivamente a las situaciones particulares. Sin embargo, es fundamental considerar que no es un agente libre de condicionamientos, autónomo y racional, como podría entenderse de forma simple.

Para ser más específicos es importante señalar que el bibliotecólogo está dotado de sentido práctico, es decir, de un “sistema adquirido de preferencias, de principios de visión y de división (lo que se suele llamar el gusto), de estructuras cognitivas duraderas (que esencialmente son fruto de la incorporación de estructuras objetivas) y de esquemas de acción que orientan la percepción de la situación y la respuesta adaptada” (Bourdieu, 2002b: 40), que ha adquirido por los mecanismos de inculcación e incorporación, es decir, no únicamente por el atributo escolar pero sí necesariamente por él.

Así que cuando se piensa en el bibliotecólogo, se debe entender que son los agentes que actúan dentro del campo bibliotecológico, sin embargo, sus acciones y prácticas no se pueden explicar desde los individuos biológicos con características individuales (como lo haría el subjetivismo), o meramente a través de las posiciones (como distribución desigual de recursos) sino por las relaciones entre las mismas. En síntesis, para explicar la organización del campo desde las acciones de los sujetos, no se hace entre el agente X y el agente Y, sino entre las posiciones objetivas que ocupa cada uno en el campo al momento de la interacción.

Muestra de la influencia del agente actuante en el campo, se puede observar en los nuevos espacios de la práctica de investigación en México (Aguilar, 2019a), es decir, existen espacios destinados a cada una de las prácticas, en el caso de las prácticas de producción y específicamente la de investigación dichos espacios se encuentran disponibles en los centros de investigación (como lo es el IIBI en el caso del campo bibliotecológico mexicano). Sin embargo, un fenómeno que se ha presentado en los últimos años es el incremento de agentes reconocidos en esta práctica por el Sistema Nacional de Investigadores del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología⁴², sin que de manera correlacional los espacios ex profeso para esta práctica hayan incrementado en las mismas proporciones.

En consecuencia, estos nuevos espacios se encuentran dentro de las universidades que imparten educación superior en el campo, las cuales también se han dado a la tarea de desarrollar investigación, entonces los agentes (académicos) realizan actividades de reproducción y producción de manera simultánea. Pero lo que resulta más interesante es que se observan IES y centros de investigación que en los cuales actualmente no se cuenta con

⁴² “El Sistema Nacional de Investigadores fue creado por el Acuerdo Presidencial publicado en el Diario Oficial de la Federación el 26 de julio de 1984, para reconocer la labor de las personas dedicadas a producir conocimiento científico y tecnología. El reconocimiento se otorga a través de la evaluación por pares y consiste en otorgar el nombramiento de investigador nacional. Esta distinción simboliza la calidad y prestigio de las contribuciones científicas. En paralelo al nombramiento se otorgan estímulos económicos cuyo monto varía con el nivel asignado” (CONACYT, 2019)

espacios de investigación, ni con educación superior específicamente en el campo⁴³ y, sin embargo, se ubican agentes reconocidos como investigadores adscritos al área.

En este sentido pueden presentarse dos situaciones: la primera, que los investigadores estén reconocidos en la organización como académicos, aunque no en la disciplina y que sus líneas de investigación estén vinculadas al campo bibliotecológico. Segunda, que realicen actividades profesionales (prácticas de uso) compatibles con la práctica de la investigación. Dado lo anterior es posible observar una gama amplia de la práctica de la investigación en el campo bibliotecológico en México, que dependen la organización a la que esté adscrita el investigador.

Si bien resulta preciso especificar que se trata de espacios que aún son intermitentes, lo cierto es que paralelamente se trata también de un proceso de descentralización geográfica e institucional de la práctica de investigación en este campo, lo que puede ser desencadenante para la conformación de nuevas propuestas epistémicas y a su vez desenraizar los hábitos endogámicos que tanto caracterizan a este campo (Aguilar, 2019a).

De esa manera resulta relevante mencionar que esta situación no significa que el agente esté actuando libremente, sino que aún con el reflejo de las estructuras objetivas procede como sujeto “creativo” e “innovador” generando nuevos espacios gracias a su habitus o mejor dicho a sus estrategias, interviniendo más en un sentido transformador que simplemente reproductor.

Así cuando hablamos del bibliotecólogo nos referimos al agente que actúa en el campo bibliotecológico en México, este agente es siempre relacional, por lo que sus acciones no

⁴³ Colegio de México (COLMEX), CINVESTAV, el Colegio de Tamaulipas (COLTAM), Instituto Nacional de Salud Pública (INSP) y la Universidad Veracruzana.

están únicamente determinadas por la estructura (como se le ha considerado) pero tampoco exclusivamente por su subjetividad, sino que actúa construyendo el sentido práctico de su vida de manera dinámica e histórica, es decir, en permanente construcción. Así la frase “yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo” (Ortega y Gasset, 2005: 10) –tan presente en la formación profesional de los bibliotecólogos mexicanos– obtiene el sentido debido.

2.3 EL BIBLIOTECÓLOGO Y SU HABITUS

Los planteamientos mostrados en el rubro anterior liberan al bibliotecólogo de ser un simple enlace u eslabón en el sistema informacional, y lo trata de creador de la estructura del campo. En consecuencia, es posible afirmar que los agentes (bibliotecólogos) intervienen en la producción y reproducción de la estructura (campo bibliotecológico), y por ello no pueden ser reducidos, como lo haría el positivismo, a la condición de meros soportes de la acción. Sin embargo, en este planteamiento aún se encuentra actuando el universalismo y la generalidad como condición de la ciencia positivista, por lo que, si bien es necesario tratar como idénticos a todos los individuos biológicos, también, es preciso diferenciarlos como sujetos sociales, dadas sus condiciones objetivas o materiales de existencia, y por lo tanto sus habitus.

Así lo primero a dejar claro es que los agentes no constituyen una masa homogénea de individuos que se mueven únicamente en concordancia a los intereses comunes del campo, sino que se trata de sujetos que poseen condiciones y condicionamientos sociales diferenciados, qué cuando se identifican con otros dotados de los mismos habitus, o similares, estarán más propensos; primero a coincidir en el espacio de las posiciones sociales y las

prácticas, y segundo, a compartir los intereses⁴⁴ (por ejemplo, políticos) asociados a estas posiciones, incluso dentro de un campo de producción cultural, como el campo bibliotecológico.

Si bien la constitución del campo parte de las relaciones entre los elementos que lo integran, para analizarlo se debe tener una dimensión histórica, la cual puede tener como indicadores: el capital acumulado, la actualización del habitus y origen de nuevas prácticas. En consecuencia, no sólo se trata de situar el campo en los acontecimientos de alguna época, sino también de identificar a los agentes y su diversidad de caminos para incorporarse al campo. De esta forma se vuelve indispensable trazar en el espacio las posiciones que son ocupadas por los agentes y que estructuran el campo, en este sentido es importante comprender que, dichas posiciones son el producto de luchas históricas y, por tanto, no se puede pensar en la historicidad de los agentes sin la historia social y viceversa, pero, deben ser analizadas independientemente de los individuos biológicos que las ocupan.

Entonces las posiciones en este campo, como en todos los demás, dependerá de cómo se combinen tres elementos: el capital, el interés y la estrategia. En el caso del capital, nos referimos, en primera instancia, al capital bibliotecológico que está distribuido de forma desigual—incluso entre los propios agentes del campo—, así la posición depende de la cantidad de este capital que cada agente posea. Pero también, de la presencia y distribución de sus otros capitales como social y económico, por ejemplo. De esta manera, los agentes tendrán determinados intereses y desarrollarán distintas estrategias, según la función de los capitales en la lógica del campo con el objetivo, siempre, de situarse en la mejor posición.

⁴⁴ Comprendido como la inversión específica en lo que está en juego, que es a la vez condición y producto de la pertenencia al campo (Bourdieu, 1990: 140-141)

La posición del sujeto también es determinada por su conocimiento del campo, pero no es posible considerar un actuar totalmente racional, entonces si bien hablamos de estrategia, nos referimos más al sentido del juego. Por ejemplo, para comprender quienes ingresan al campo es preciso analizar sus recorridos previos a su incorporación, pues existen decisiones como la selección de carrera que se consideran individuales y, sin embargo, son sociales. Por lo que es necesario comprender la bibliografía familiar y educativa, sus prácticas de socialización, así como las representaciones que tiene del campo.

En ese sentido es que cuando se trata de recorridos y posiciones no se delinearán el curso de la vida de cada individuo, sino que se trazará dentro del campo el espacio de los posibles, el cual se define en la relación entre el habitus como sistema de disposiciones ligado a una trayectoria social, o como bien los explica Bourdieu “no podemos saltar por encima de nuestro tiempo; estamos determinados por el espacio de los posibles ofrecido por el campo en un momento dado del tiempo y aprehendido a través de las lentes de un habitus” (2010: 40).

2.3.1 EL BIBLIOTECÓLOGO Y SU CAMINO HACIA EL CAMPO BIBLIOTECOLÓGICO EN MÉXICO

En un principio, cuando los elementos del campo existían de manera desarticulada, los bibliotecarios poseían un cúmulo de saberes empíricos propios, no compartidos y no socializados. Cada sujeto asumía su ingreso al campo por méritos particulares y ocupaba una posición casi inamovible.

Con el devenir del tiempo, el campo adquirió su autonomía progresivamente a medida que sus integrantes se fueron apartando, primero, de la tutela de la Iglesia y, posteriormente, de la intelectualidad mexicana. Esto se fue dando conforme a la constitución de instancias propias de reconocimiento y consagración, tales como, las asociaciones gremiales y

profesionales; así como las instituciones de educación superior y los centros de investigación, lo que separó y definió a los miembros legítimos de los advenedizos.

Así la constitución del campo bibliotecológico, como de producción cultural y, por tanto, científico, a partir del siglo XIX, fue regulando el ingreso al campo, primero, conforme a reglas impuestas por las posiciones dominantes que determinaron las formas de acceso y posesión del capital, y, del habitus que debía imperar. Entonces, la imposición de un sistema cultural arbitrario se convirtió en la forma legítima de ingreso al campo. Por lo que en la medida en que esta cultura es aceptada como indiscutible, e incluso natural, legitima las relaciones de poder y el grupo dominante se fortalece, contribuyendo así a su reproducción sistemática o lo que también se conoce como violencia simbólica⁴⁵.

En este sentido es que la homologación estructural de los campos coincide en los elementos a ubicar en cada espacio social, lo cierto que las especificaciones en las que estos puedan manifestarse difieren en cada campo, por ejemplo, Bourdieu considera que los recién llegados al campo son siempre los más jóvenes y se distinguen por su impulso a cuestionar la ortodoxia, situación que no siempre acontece en la particularidad del campo bibliotecológico.

Para el campo bibliotecológico se presentan dos panoramas en el ingreso al campo, que se ilustran en las siguientes palabras de Fernández:

La vocación por la Bibliotecología es una vocación tardía, se da cuando hemos trabajado en una biblioteca o bien cuando al ingresar a la universidad, no queda más que esa

⁴⁵ Si bien el término puede parecer un tanto agresivo, la violencia simbólica hace alusión a las relaciones asimétricas entre los dominantes y los dominados, es decir, no se trata de una violencia física, sino más bien de la reproducción de: roles, estatus, posiciones, representaciones que encubren un ejercicio de poder que resulta beneficioso para los primeros y casi imperceptibles para los segundos. En consecuencia, el grupo dominante no se trata de un agrupamiento de personas que se organizan para establecerse como élite, sino de todos aquellos que mantienen la *doxa* en el Campo.

opción porque las demás carreras tradicionales están saturadas. Esto último a veces lleva a estudiar con desgano y ejercer la profesión sin ninguna convicción, ni entusiasmo (1991: 43).

Así en principio “nuestra profesión no se encuentra entre aquellos con las que los niños sueñan ser cuando sean grandes (médicos, ingenieros, abogados, etc.) en general todos llegamos al oficio por accidente” (Fernández, 1991: 43). Entonces el origen de la tendencia al predominio de estos ingresos accidentales al campo se ha identificado poco reconocimiento campo bibliotecológico como campo científico, y consecuentemente, su desconocimiento.

Un reflejo de esta situación se puede observar en el capital económico que provee el campo para sus agentes, pues como ya lo manifestaba Iguíniz (1954) la profesión bibliotecaria ofrecía poca o ninguna perspectiva económica, situación que años más tarde ratificaría Morales (1988) y más recientemente los estudios de Escalona (2006) y Aguilar (2015) siguen corroborando este fenómeno como constante. Sin embargo, el mercado de trabajo suele tener cualidades sociales y simbólicas que aventajan a otros campos, por ejemplo, su grado de saturación es menor, tiene una movilidad externa reducida y una amplia movilidad interna, en otras palabras, poca flexibilidad (o lo que también se llama desregulación); situación que resulta atractiva no solo para los sujetos formados en y para el campo.

Entonces la disposición tardía que surge cuando se ingresa a una posición en el campo, generalmente vía directa del mercado de trabajo, se manifiesta en cuatro escenarios posibles, que se pueden graduar considerando la noción de *illusio* o bien el interés de formar parte del campo.

Por consiguiente, es posible referirse, en primera instancia, a los intelectuales, qué si bien el campo se ha independizado de ellos lo cierto es que su presencia no escapa de entre los agentes que lo integran, situación que se presenta dada su estrecha cercanía con el campo de

poder⁴⁶. Por lo que han llegado a colocarse de manera tradicionalmente predominante en posiciones transcendentales dentro del campo, como lo ha sido: la dirección de la Biblioteca Nacional de México o la Dirección General de Bibliotecas de la Secretaría de Cultura.

Dicha situación ha desencadenado una lucha que aumenta de intensidad a medida que en el campo incrementa el número de agentes con capitales más amplios y reconocidos, no sólo dentro del ámbito propio, sino dentro de los espacios sociales de convergencia de los campos de producción cultural, y específicamente científicos, como son: la Academia Mexicana de Ciencias⁴⁷ y el Sistema Nacional de Investigadores del CONACYT.

La particularidad de estos ingresos y posiciones es que son en su mayoría momentáneas, por que cambian de manera regular y constante. Por lo que quienes las ocupan, suelen establecer un vínculo con el campo no más allá que las tareas que les han sido asignadas y por el tiempo que les ha sido encomendado.

Otra situación que acontece es que, ante la falta de agentes formados profesionalmente en el campo, un sin fin de espacios son acaparados por personas cuya disposición las hace propicias a la ocupación de una posición dentro del campo, así la experiencia juega un papel central como capital cultural incorporado, no sólo para su inserción sino para su reconocimiento como miembros del campo. Situación que ha sido radicalmente cuestionada por los integrantes legítimos del campo, como lo comenta Fernández:

⁴⁶ El campo de poder se trata de un campo transversal que se encuentra conformado por los agentes que son dominantes en diversos campos autónomos, por lo que no se trata de una clase dominante (coherente y homogénea) pues existen reglas de sucesión y la conformación de un habitus propio. En ese sentido Bourdieu afirma que el campo de poder se puede dividir en dos grandes polos, a saber: la posesión predominante de capital económico y el poder derivado del capital cultural. Por lo que su lucha es por controlar el "tipo de cambio" de las formas de capital cultural, económico o social entre todos los otros campos, un ejemplo de este tipo de campo es el Estado (Chihu, 1998).

⁴⁷ "La Academia agrupa a miembros de destacadas trayectorias académicas y que laboran en diversas instituciones del país y del extranjero. Así, esta organización, enlaza a científicos de muy diversas áreas del conocimiento bajo el principio de que la ciencia, la tecnología y la educación son herramientas fundamentales para construir una cultura que permita el desarrollo de las naciones, pero también el pensamiento independiente y crítico a partir del cual se define y defiende la soberanía de México" (Academia Mexicana de Ciencias, 2017)

...aumentado considerablemente el número de bibliotecas, centros de información y documentación, no se incrementa el número de estudiantes en el país, por el contrario, algunas escuelas, como la de Guadalajara, han cerrado sus puertas temporalmente por la falta de alumnos, y por otra parte encontramos que profesionistas de otras especialidades (ingenieros, sociólogos, comunicólogos, contadores, químicos, etc.), sin ninguna preparación bibliotecaria, que se disfrazan de bibliotecarios (como diría Luis González) para ocupar puestos bibliotecarios, de importancia la mayoría de ellos (1991: 44).

La anterior situación suele presentarse no sólo en prácticas de uso o de reproducción dentro del campo, sino también en aquellas que son más celosamente custodiadas, como el caso de las prácticas de producción de capital bibliotecológico. Así a diferencia de los primeros, los agentes que se incorporan en estas posiciones se legitiman por la vía del capital simbólico o el “prestigio” que se adquiere dentro del conjunto de estas prácticas particulares que, pueden incluso generar un valor por encima del capital institucionalizado.

En último lugar, encontramos a los agentes que después de un ingreso sinuoso deciden legitimar su posición a través de un grado universitario (Aguilar, 2015a), es decir, aquellos agentes que pueden, o no, tener una formación profesional previa diferente y, por lo tanto, una pertenencia relativa a otro campo. Sin embargo, las circunstancias de vida han encaminado al sujeto al campo bibliotecológico. En este sentido es que optan por cursar algún nivel de estudios superiores dentro del campo (ya sea licenciatura, maestría o doctorado), legitimando así además de su posición, su permanencia.

Por otra parte, el segundo panorama se presenta en el ingreso directo vía la acreditación universitaria, estos trayectos también suelen ser incidentales y se vuelve más evidente, por ejemplo, si se analiza la edad de ingreso de los estudiantes a las carreras del campo. Si bien es importante destacar que, en México no existe una edad determinada o límite para ingresar a la universidad, en promedio se prevé que se debe estar comenzando a los 18 años (al

concluir el ciclo de educación obligatoria). Por lo que el retraso puede deberse a diversos factores, entre los que es posible resaltar: un mayor tiempo para concluir los estudios medio superiores (Escalona y Tejeda, 2016); la reconsideración de la carrera elegida después del rechazo en la primera opción (Fernández, 2010); o bien pertenecer ya al campo y buscar legitimar su posición, es decir, de quienes ya se trató su condición en la categoría anterior.

En este rubro también es importante mencionar la procedencia de los estudiantes, pues en general casi el total de ellos proviene Instituciones de Educación Media Superior públicas⁴⁸ (Escalona y Tejeda, 2016). Por ejemplo, en el caso del Colegio de Bibliotecología provienen de escuelas pertenecientes a la misma UNAM, es decir, de la Escuela Nacional Preparatoria o el Colegio Ciencias y Humanidades en sus diferentes planteles. Esto se debe al pase directo que otorgan estas instancias al concluir los estudios, por lo que no se requiere un examen de colocación para incorporarse a una carrera universitaria.

Sin embargo, este sistema de pase directo tiene como filtro el tiempo de conclusión de los estudios (3 años para alumnos regulares) y el promedio final obtenido. Así los alumnos que llegan al campo bibliotecológico por esta vía tienen, en su mayoría, una nota inferior a ocho con la que ingresan al nivel licenciatura (Fernández, 2010; Escalona y Tejeda, 2016) y no se trata predominantemente de alumnos regulares (Fernández, 2010). Entonces si bien los estudiantes pueden señalar que la bibliotecología fue su primera opción (Fernández, 2010; Escalona y Tejeda, 2016), también es importante considerar que ante estas circunstancias su abanico de posibilidades es más bien acotado.

En contraste con lo anterior, mientras más raras y escasas sean las normas de ingreso, darán más protección y valor a sus miembros; entonces si las reglas son poco rígidas tienden a reducir el nivel de prestigio y a estructurar medidas selectivas desde lugares menos explícitos.

⁴⁸ Entre las que conviene destacar el caso de los Colegios de Bachilleres que ofrece la salida ocupacional de Auxiliar de Biblioteca.

Por ejemplo, dentro de las entradas legítimas al campo la que predomina es la formación profesional universitaria, en la cual las reglas son puestas a través de exigencias explícitas de admisión, que demandan cierto tipo y volumen de capital cultural, tanto incorporado (perfiles de ingreso), como institucionalizado (requisitos de ingreso), que en el caso del bibliotecólogo las primeras son meramente enunciativas y las segundas, como ya se explicó, institucionalmente laxas.

Por otro lado, también se están presentando algunos fenómenos educativos más recientes como: el cursar en paralelo dos licenciaturas, entre las que suelen presentarse con mayor regularidad aquellas vinculadas a los campos de las humanidades y las ciencias sociales, sin que eso excluya a los demás campos del conocimiento. De esta manera el acceso a los campos se da a través de la imbricación más que de la subordinación –como sucede en los casos de los sujetos que llegan al campo después de haber cursado estudios superiores en otras disciplinas–.

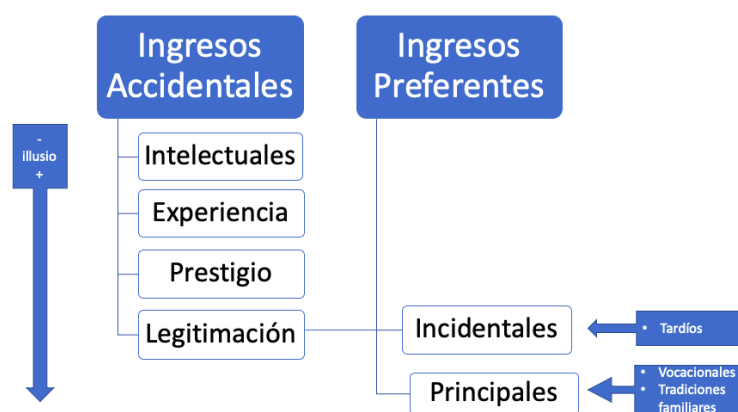
Consecuentemente, las vicisitudes de los ingresos al campo también representan adversidades en la permanencia. Por ejemplo, en la IES⁴⁹ que forman a los profesionales del campo existe una fuerte tendencia en la reducción de la población estudiantil que llega al último semestre la cual disminuye a casi la mitad de la matrícula reportada en los primeros semestres (Castillo, 2016).

Por último, y no los menos importantes, encontramos ingresos preferentes, es decir, aquellos acompañados por una vocación temprana y genuina. En este sentido se encuentran, en primera instancia, a quienes han sido allegados al campo vía las tradiciones familiares que si bien distan mucho de la solidez de otros campos como el derecho o la medicina, esto se debe a que sólo una tercera parte de los estudiantes de Bibliotecología provienen de familias de

⁴⁹ UNACH, UASLP, UAEM y ENBA

progenitores con estudios universitarios (Aguilar, 2012, 2015a; Escalona y Tejeda, 2016) por lo que son preponderantes los casos en los que se trata de la primera generación que accedió a los estudios superiores. Entonces, los ingresos primarios al campo por la influencia de la tradición familiar son reducidos, sin embargo, es importante reconocer que estos representan una ventaja con respecto a otros tipos de ingreso ya que significan posibilidad de heredar ciertos capitales, principalmente, cultural y social.

En estos ingresos preferentes también encontramos a quienes despertaron su vocación al identificar el campo con el placer por la lectura y la actitud de servicio, es decir, los imaginarios de la biblioteca y el bibliotecario como marcajes de la elección de su profesión y por tanto su ingreso al campo.



Cuadro 1. Tipos de ingreso al Campo Bibliotecológico

De todo lo anterior (Ver cuadro 1) se desprende que el habitus no es un producto de la causalidad, es decir, si bien hay una fuerte tendencia a ajustar las disposiciones de los agentes a la posición objetivamente ocupada, las disposiciones finales dependen mucho del modo de arribo a la posición. En ese sentido y como se analizará en el siguiente apartado la trayectoria socialmente transitada contribuye a generar los diversos tipos de disposiciones acerca de una misma posición. Así la construcción de la diferencia individual, (del habitus que se hace

cuerpo) depende de la trayectoria, como serie de experiencias anteriores, determinadas cronológicamente dentro del marco de las estructuras (Bourdieu, 2009b: 98).

2.3.2 EL BIBLIOTECÓLOGO Y SU CLASIFICACIÓN EN EL CAMPO BIBLIOTECOLÓGICO EN MÉXICO

Pensar en el campo como un lugar pacífico e inmóvil es despojarlo de todas sus cualidades como estructura social, así una metáfora más lograda es la de un tablero de juego, pero, también, una arena de lucha en donde después de ingresar devienen las disputas por las clasificaciones o las desclasificaciones. En ese sentido, lo que se le llama el principio de clasificación dentro de la teoría bourdiana se refiere a las propiedades determinantes que permiten predecir las demás propiedades que distinguen y agrupan a unos agentes lo más semejantes posible entre ellos y los más diferentes posibles de los miembros de otras clases, próximas o lejanas (Bourdieu, 2002a: 22-25).

Desde esta perspectiva se entiende la clase como:

El conjunto de agentes que se encuentran situados en unas condiciones de existencia homogéneas que imponen unos condicionamientos homogéneos y producen unos sistemas de disposiciones homogéneas, apropiadas para engendrar unas prácticas semejantes, y que poseen un conjunto de propiedades comunes, propiedades objetivadas, a veces garantizadas jurídicamente (como la posesión de bienes o de poderes) o incorporadas, como habitus de clase (y, en particular, los sistemas de esquemas clasificadores) (Bourdieu, 1988: 100).

Entonces, lo primero que es imprescindible aclarar es que la clase, al igual que el campo, el habitus, las prácticas, son conceptos construidos, es decir, productos de un proceso racional que busca explicación para el espacio social. Por lo que no se trata de una clase actual (en el sentido de acción) o de un grupo movilizad para la lucha, de ahí su diferenciación con el

concepto de clase en términos de Marx⁵⁰. Sin embargo, la importancia en la utilización de este concepto radica en que negar la existencia de clases, es negar la existencia de diferencias y de los principios de diferenciación (Bourdieu, 2002b). En ese sentido conviene recordar que el campo, como estructura social, no se trata de una serie de posiciones yuxtapuesta, sino que surge y se mantiene por la relación estratificada que existe entre esas posiciones.

Dicho lo anterior, para pensar el campo bibliotecológico en términos de clase, es necesario primero referirse a las condiciones –propiedades ligadas a las condiciones materiales de existencia; y posteriormente, a las posiciones –lugar de clase ocupado en el campo con relación a las otras clases que en él habitan (Bourdieu, 2018: 11) –. Entendiendo que ambas categorías están estrechamente relacionadas y no pueden dissociarse sino por una operación mental, por lo que es necesario siempre considerar estos cortes en un sentido relativo o bien de probabilidad, ya que de ser considerados en forma absoluta restringirían los espacios subjetivistas de la acción.

Para comprender mejor lo antes mencionado, resulta preciso aclarar que las condiciones materiales de existencia se refieren en primera instancia, y la más reduccionista, a los también llamados medios de producción (Marx, 2008), pero también hacen alusión, a la existencia de las fuerzas productivas de la sociedad y las relaciones sociales que les corresponden (Marx y Engels, 1981), pero sobre todo y más allá de la producción, también hacen referencia a la reproducción. Por lo que se entienden como las estrategias productivas y reproductivas de las bases materiales necesarias para la existencia (Chumpitazi, 2007: 60), es decir, todas las estrategias con las que se produce y reproduce la realidad objetiva de los seres humanos.

⁵⁰ Para enmarcar mejor esta diferenciación de los conceptos Bourdieu también suele denominarla clase probable, clase teórica o clase de papel con lo cual hace referencia a que no se trata de un grupo con iniciativas de acción, por lo tanto no se trata de una clase real, sin embargo, está teóricamente bien fundamentada en la realidad, pues se basa en los principios de diferenciación que realmente son los más efectivos en la realidad (Bourdieu, 2018).

En ese orden de ideas, las condiciones de clase en el campo bibliotecológico se definen a partir de categorías de posesión y desposesión de las condiciones materiales de existencia y de su manejo en ciertas situaciones; en cuanto a la posición se refiere más bien a la posesión relativa de estas condiciones, pero, ligada a una relación de dominación-dependencia; en ese sentido se puede decir que, las relaciones simbólicas son maneras de usar y de consumir estos recursos, asociadas a los estilos de vida, estructuradas en términos de inclusión/exclusión, divulgación/distinción, y utilizadas –sin que los agentes sociales sean necesariamente conscientes de ello– para fortalecer, e incluso reproducir, la posición de clase (Bourdieu, 2018: 13).

Entonces es posible partir del capital del campo bibliotecológico como eje central para el análisis de la condición de clase, pero primero es necesario hacer un corte previo en los mecanismos de legitimidad para la apropiación de dicho capital, necesario para el posicionamiento de los agentes en las prácticas, y del cual se reconoce a la credencialización (o bien el capital bibliotecológico institucionalizado) como el más predominante. Tan es así que, por ejemplo, este atributo suele ser más laxo en las prácticas de uso que en las prácticas de producción en donde se exigen niveles educativos más altos –los cuales incluso se han ido incrementando con el paso del tiempo–. Así los agentes del campo reconocen un gran valor a la educación como medio para proporcionar el entrenamiento para ejercicio de las prácticas y la adquisición de capital propio del campo, pero también de otros capitales, que posibilitan la construcción de trayectorias de clase ascendentes, lo que convierte a las estrategias educativas en estrategias de ascenso de clase por excelencia del campo bibliotecológico.

En este punto es preciso hacer una aclaración respecto a las trayectorias educativas y su diferenciación con las llamadas trayectorias de movilidad –que también se relacionan con la educación–, sin embargo, estas últimas son propuestas por teorías de bases funcionalistas,

por ejemplo, la teoría del capital humano⁵¹ –que aunque se han hecho muy popular dentro del campo bibliotecológico– lo cierto es que asume la correlación entre educación y posición (o mejor dicho movilidad de la posición) de manera causal, es decir, no se considera la influencia de otras variables como: el capital cultural invertido por la familia o el capital social heredado. Por lo que coloca a la meritocracia en el eje de la trayectoria, y consecuentemente, como mecanismo legitimador del poder.

Por lo que una de las consecuencias más delicadas de los análisis causales es que producen desfases entre las aspiraciones que el sistema educativo proporciona y las posibilidades que realmente se ofrecen en campo. Situación que se potencializa en los niveles más altos de estudios, pues los recién egresados son proclives a esperar que, por el solo hecho de obtener el título o grado ocupen las posiciones más privilegiadas del campo, situación que a medida que se satura el campo difícilmente ocurre.

Asimismo, esta desilusión colectiva resultante del desfase estructural entre aspiraciones y posibilidades afecta, sin duda, la percepción del sujeto para con el campo. En ese sentido, esta desilusión puede radicalizar a los sujetos y que se tornen proclives de extender el resentimiento. De esta manera se asume que la indignación moral está asociada a la convicción meritocrática, es decir, que, si un agente que proviene de una posición poco privilegiada y cambia su posición en el campo de una manera ascendente, este atribuirá al esfuerzo en su trayectoria educativa todo el mérito logrado, sin embargo, si la situación es opuesta, la falta provendrá del mal funcionamiento del campo.

En ese sentido es posible observar en el resentimiento una de las dimensiones fundamentales del ethos y de la ética ascética de las clases en fase ascendente, pues son conscientes de que

⁵¹ Que en términos básicos sustenta que, las personas con mayores niveles educativos tienen mejores posiciones en el mercado de trabajo.

sólo a través de las privaciones y los sacrificios llegaran a donde desean – por lo menos, esa es la creencia más arraigada socialmente– sin embargo, se pierde de vista la suma de propiedades (sexo, edad, origen social o étnico, etcétera) y sus relaciones que intervienen en la construcción de una clase.

Muestra de lo anterior se puede observar en el mercado de trabajo del bibliotecólogo⁵² el cual se centra en las IES, principalmente aquellas que imparten la licenciatura pues contribuyen a la histéresis del habitus⁵³ – y del propio campo–, pues como lo menciona Aguilar (2015b) las condiciones de este segmento del mercado de trabajo se encuentran acordes con las predominantes de una sociedad industrial⁵⁴ mayoritariamente, eludiendo así (de manera parcial y temporal) la devaluación de los títulos, pues como lo expone Bourdieu (2018: 153) el valor objetivo y subjetivo asociado a un título escolar no se define más que en la totalidad de sus usos sociales y en el caso del campo bibliotecológico estos siguen siendo reducidos.

A causa de lo anterior y a fin de evitar el desclasamiento o bien defender el valor de su título los agentes podrían negarse a vender su fuerza de trabajo al precio que se les ofrece; o, por otro lado, se puede buscar la incorporación de nuevos nichos en el mercado de trabajo, en cualquiera de las prácticas del campo, principalmente las de uso. Pero también, puede ser el origen de la fuga de agentes, es decir, la migración hacia otros campos que por compatibilidad

⁵² En este punto se hace referencia en particular a aquel que está asociado principalmente a las prácticas de uso dentro del campo.

⁵³ O también llamado “efecto Don Quijote”, es decir, cuando las disposiciones aparecen mal ajustadas, inadecuadas a las condiciones presentes porque están objetivamente ajustadas a las condiciones pasadas (Román, 2009).

⁵⁴ Un empleo de duración indeterminada con una base regular de tiempo completo, enmarcado por un contrato laboral, inscrito en sí mismo en un marco legislativo y reglamentario; un empleo de duración indeterminada, con frecuencia para toda la vida; un empleo vinculado a un puesto de trabajo en un lugar organizado. Un empleo que ofrece también posibilidades de carrera, ya sea debido a la antigüedad o por la adquisición de calificaciones, lo que permite al empleado tener movilidad ascendente [...] Un empleo que otorga igualmente el acceso a los derechos colectivos y a las medidas de protección social, tanto empresarial como [...] en los principales regímenes públicos de protección social, como son los regímenes de salud o de retiro (Lesemann, 2013, p. 102).

serán aquellos más íntimamente ligados a las ciencias sociales y las humanidades, pero sin excluir a los demás.

En ese caso pueden presentarse dos escenarios: que el agente conserve su vínculo con el campo o que lo pierda, en el caso del primero puede ser que incluso conserve su posición y que sea paralela a la que ha asumido en el nuevo campo, o bien que sea desclasado y enviado a alguna inferior por su quebrantamiento de lealtad al campo, situación que suele presentarse como la más frecuente. En el caso opuesto, el agente puede voluntariamente yermar los vínculos con el campo, pero, conservar vestigios del habitus adquirido en sus procesos de inculcación e incorporación, sin ser incluso consciente de ello.

Así la primera y más importante clasificación en el campo, se establece entre quienes detentan el capital del campo (principalmente el institucionalizado) y quienes no. En ese sentido es posible hacer referencia a una tercera clase intermedia que son los sujetos que cumplieron con los créditos (o un parte considerable de estos) en alguna de las IES del campo y no obtuvieron la credencialización correspondiente. Lo que se convierte en una amenaza constante de desclasamiento, al no lograr poseer los títulos formalmente exigidos a los miembros en pleno derecho. Lo cierto es que el título da, dentro del campo, el derecho legítimo a ocupar una posición y, presumiblemente, la capacidad para ejercerla. Lo cual se ve mermado entre quienes no poseen este atributo y por lo tanto son más propensos a ubicarse en la periferia del campo. De esa manera el capital, desigualmente distribuido, determina las oportunidades de los individuos a ocupar la mejor posición, dentro de su horizonte de posibilidades en el campo.

Ahora estar dentro del campo y poseer un título, no significa estar en una mejor posición – tampoco lo significa la alta credencialización, como los estudios de posgrado–. La posición que se ocupa o, mejor dicho, las coordenadas de la posición se trazan, además, de con el

capital del propio campo, con la posesión del capital económico⁵⁵ que traer consigo el agente previo su ingreso al campo, o bien, conforme lo vaya adquiriendo en su trayectoria. Es por ello por lo que Bourdieu considera que el capital cultural y el económico son los principios de diferenciación más eficientes como es posible observar en el Cuadro 2.

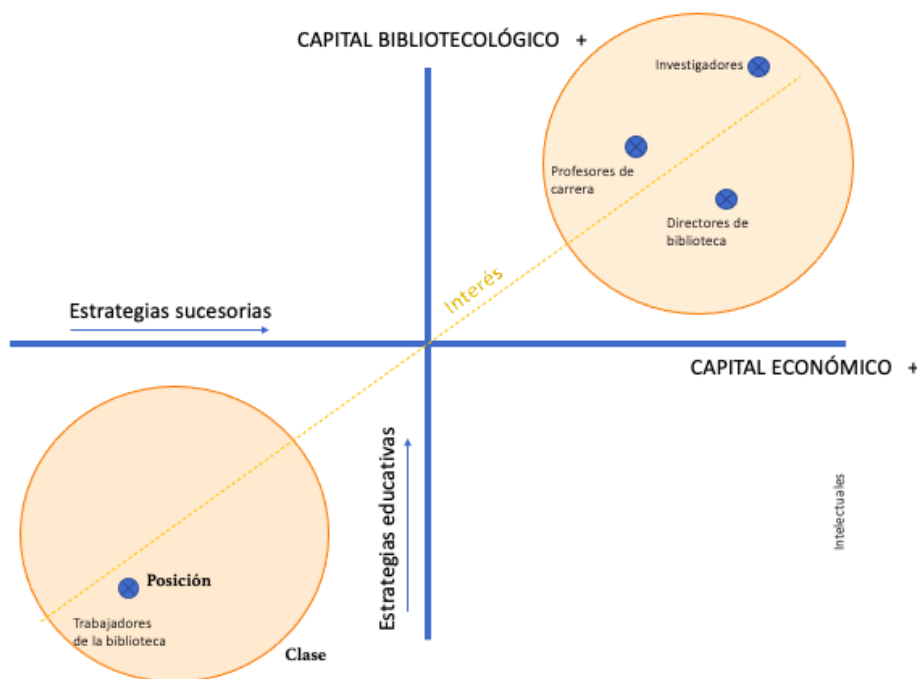
En este momento resulta oportuno recordar que el capital (en cualquiera de sus manifestaciones), y como cualquier conjunto de bienes acumulados son propensos incluso a la devaluación o su pérdida. Así una condición de la topografía del campo es que las posiciones que ocupan los agentes no son inamovibles, pero, en consecuencia, esto significa que pueden cambiar hacia cualquier dirección incluso hacia aquellas menos beneficiosas para los sujetos.

En ese sentido el capital social juega también un poder determinante en las posiciones en el campo, por ejemplo, los recién llegados y comúnmente los que menos capital social poseen (a no ser que lo hereden a través de las tradiciones familiares), se definen como los sentidos contrapuestos a las posiciones conservadoras heredadas de los siglos anteriores, sin embargo, si los recién llegados se convierten en herederos⁵⁶, entonces buscarán luchar por la ortodoxia en lugar de convertirse en herejes, es decir, se hará uso de las estrategias sucesorias para garantizar la transmisión del patrimonio (económico, social, político y hasta simbólico) a las nuevas generaciones con el mínimo de desperdicio dentro de las posibilidades ofrecidas por las costumbres y el derecho, esta situación es posible observarla de una forma integral, principalmente, en la configuración de cuadros académicos –e incluso administrativos–, y en una forma más tenue, en la conformación de escuelas epistémicas dentro del campo

⁵⁵ Que no se trata únicamente de dinero, sino de cualquier recurso material que el agente pueda poseer, por ejemplo, infraestructura para el desarrollo de sus prácticas. O incluso tratarse de algún tipo de conversión, por ejemplo, capital cultural incorporado (idiomas, cultura general) que bajo ciertas circunstancias se pueden convertir en capital económico.

⁵⁶ De una forma bastante concreta consiste en la transmisión de privilegios por medio de la familiarización (Bourdieu y Passeron, 2008).

bibliotecológico. En ese sentido una particularidad del campo bibliotecológico es que las carreras administrativas también se han convertido en un medio por excelencia de ascenso en las trayectorias de clase.



Cuadro 2. Condiciones de clase en el Campo Bibliotecológico

Entonces cada agente dentro del campo bibliotecológico ocupará una posición, dicha posición estará determinada por el volumen global del capital que se posee y la composición de este capital (es decir, el peso relativo de los diferentes tipos de capital dentro del campo, a saber: bibliotecológico, económico y social) todo lo anterior enmarcado por una trayectoria, es decir, por la evolución de la posición en el tiempo y en el espacio social. Así la aglutinación de estos agentes en posiciones cercanas, constituirán las clases. Entonces a cada posición distinta le corresponden distintos universos de experiencia, ámbitos de prácticas, categorías de percepción y de apreciación. Cada posición social tiene su propio habitus, creándose así

un marco para cada posición social (Bourdieu, 1988: 169-170) y consecuentemente para cada clase.

De esa manera, por ejemplo, cuando la práctica asociativa busca integrar a los agentes del campo sin considerar ni sus posiciones ni sus clases, suele ocurrir que se adoptan los habitus propios de la clase preponderante o mejor dicho dominante en esa práctica, por lo que aquellos menos compatibles con ese habitus de clase⁵⁷, como resultado, se sentirán poco representados, y consecuentemente, la posición ocupada en esta práctica será marginal o desinteresada. Lo que demuestra la reproducción de las mismas distinciones que se presentan en el campo, también en cada una de sus prácticas.

De acuerdo con lo anterior el distanciamiento de las clases no se trata de un alejamiento real o una imposibilidad de coincidir en el espacio social, sino de distancias predictivas con base en sus afinidades, simpatías, gustos, esquemas y aficiones. Es decir, serán más propensos a establecerse en una determinada posición y clase quienes comprenden y evalúan el mundo de manera semejante producto de su habitus, de ahí que esa proximidad no se engendra automáticamente y sirve para defender la potencialidad objetiva de unidad de los individuos y por tanto de las clases (Inda y Duek, 2005: 6). En ese mismo sentido habría que mostrar asimismo que las características de las diferentes clases no dependen solamente de su posición diferencial en la estructura del campo, sino además de su peso funcional en esa estructura, peso proporcionado a la contribución que aportan a la constitución de tal estructura y que no está ligado solamente a su importancia numérica (Bourdieu, 2002a: 129).

⁵⁷ El habitus de clase no excluye que haya, también, diferencias entre los habitus de los diferentes individuos con posición similar en el espacio social, ya que el espacio de trayectorias no es uniforme; pero sí supone una relación de "homología" entre los diversos habitus de los individuos que comparten una misma posición y trayectoria social (Bourdieu, 1980: 101).

Para demostrar la situación anterior es posible decir que, si bien las prácticas de producción tienen cuantitativamente el nivel más reducido de agentes en el campo, lo cierto es que de ellas depende en gran medida la cohesión y el mantenimiento del campo, como lo refiere Alfaro (2010) al decir que si cada sujeto en su práctica asumiera el desarrollo de esta desde la subjetividad de su conocimiento ya sea por transmisión o apropiación, puede generar que cada unidad de información se convierta en una pieza separada y autónoma que se aleja de su realidad epistemológica del campo. Sin embargo, si el agente en las prácticas de producción no tiene una consciencia lo suficientemente clara de su relación con el objeto (sobre su ubicación y comprensión de la lógica de su práctica) no podrá asumir el desarrollo de su investigación en cuanto producción de conocimiento conceptual y teórico fundamentado bibliotecológicamente, acontecería como si no tuviera que ver con ella, lo que originaría investigaciones reiterativas, despersonalizadas y no comprometidas (Alfaro, 2018), en consecuencia, poco crecimiento o bien la implosión del campo como campo de producción cultural.

En este punto resulta conveniente resaltar que la posición de un agente o de un grupo en la estructura social no puede definirse nunca por completo desde un punto de vista estrictamente estático, es decir, como posición absoluta (“superior”, “media” “o “inferior”) dentro de una determinada estructura en un momento dado del tiempo (Bourdieu, 1969: 78-79). La manera de observar las posiciones es de manera dinámica pues un agente puede ocupar diferentes posiciones a lo largo de su trayectoria, pero también diferentes posiciones en un mismo periodo de tiempo lo que tendrá como consecuencia incluso también la posesión de diferentes habitus, según la posición que asuma en cada momento. Es decir, puede asumir su posición en una práctica de uso en la que se encuentra en congruencia el capital del campo y el capital económico, y formar parte también de una práctica de reproducción como la docencia (por

asignatura) en donde existe generalmente el desfase de estos capitales, pero genera una estrategia de inversión social⁵⁸ que permita compensar de alguna forma esta discrepancia.

El habitus se convierte así en una dimensión fundamental para la clasificación de los agentes, pues a cada posición le corresponden distintos universos de experiencias, lo que resulta fundamental en la reproducción social. De igual forma el habitus es construido en determinadas condiciones sociales y reproduce de manera corporal e inconsciente los esquemas y las divisiones de las que es producto. Es decir, funciona bajo las condiciones que lo crearon y se reproduce ajustándose mediante actualizaciones a las nuevas condiciones. Sin embargo, existe una dimensión fundamental del habitus que es: el sentido de los límites, o mejor dicho el sentido de las posibilidades e imposibilidades. Por ello se dice que “el habitus nos excluye de lo que nos está excluido” (Reyes, 2009).

En relación con lo anterior es posible observar una correlación directa entre las probabilidades objetivas (por ejemplo, las oportunidades de acceso a tal o cual bien) y las esperanzas subjetivas (las “motivaciones” y las “necesidades”). Entonces, no es que los agentes ajusten conscientemente sus aspiraciones a una evaluación exacta de sus oportunidades de éxito, a la manera de un jugador que regularía su juego en función de una información perfecta sobre sus oportunidades de ganancia. En realidad, el hecho de que las disposiciones duraderamente inculcadas por las posibilidades e imposibilidades, las libertades y las necesidades, las facilidades y las prohibiciones que están inscritas en las condiciones objetivas, engendran disposiciones objetivamente compatibles con estas condiciones y en cierta manera pre-adaptadas a sus exigencias (Bourdieu, 1980: 91).

⁵⁸ Estas estrategias están orientadas a la instauración o el sostenimiento de relaciones sociales directamente utilizables o movibles, a corto o largo plazo, es decir, hacia su transformación en capital social o simbólico, producido por la alquimia del intercambio (Bourdieu, 2018: 37).

De esa manera, lo más relevante de este tipo de análisis no son las clases sino los agentes de cuya clasificación resultan las primeras, es decir, que las clases son resultado de las propiedades sociales características de cada individuo (Inda y Duek, 2005). Por lo cual una clase social nunca se define únicamente por su situación y por la posición en una estructura social, es decir, por las relaciones que objetivamente mantiene con las demás clases sociales; también debe muchas de sus propiedades al hecho de que los individuos que la componen entran deliberada u objetivamente en relaciones simbólicas que, al expresar las diferencias de situación y de posición según una lógica sistemática, tienden a transmutarlas en distinciones significantes (Bourdieu, 1969: 86).

LA CONFORMACIÓN DE LA IDENTIDAD DEL BIBLIOTECÓLOGO EN EL CAMPO BIBLIOTECOLÓGICO EN MÉXICO

3.1 LA IDENTIDAD

“La identidad es la historia de sí mismo que cada uno se cuenta”

Kaufmann, Jean-Claude, 2001.

La identidad tiene su origen dentro de la filosofía, que le refiere a su significado la raíz etimológica del latín *identitas* y este a su vez del pronombre demostrativo *idem* (idéntico) que denota “lo mismo” o bien “el mismo” así la identidad se entiende como “igual a uno mismo” incluso “ser uno mismo” y suele representarse bajo el principio de identidad: $A=A$.

Sin embargo, Heidegger (1950; 1977 citado por Lopez y Moreira, 2014) menciona que el pensamiento romano recibió los términos griegos sin la experiencia original correspondiente, por lo que en el caso del *idem* y del $\tau\acute{o}\ \alpha\upsilon\tau\acute{o}$ (lo mismo) en griego existen particularidades que los diferencian, por ejemplo, cuando alguien dice “la planta es la planta” se expresa de una manera tautológica innecesaria. Entones el principio de igualdad al que se hace referencia requiere de al menos dos términos, por lo que no se debería entender como A es igual a A, sino como cada A es él mismo lo mismo consigo mismo.

Siguiendo la precisión de Heidegger (2016) sugiere para su ejemplificación las palabras de Platón en el diálogo al *Sofista*: οὐκοῦν αὐτῶν ἕκαστον τῶν μὲν δυοῖν ἕσέρόν ἐστιν, αὐτὸ δ’ἑαυτῷ ταῦτόν –“Ahora que cada uno de los dos es diferente, pero es él mismo lo mismo

consigo mismo”-. Hace referencia a que cada uno es “él mismo lo mismo para sí mismo”, de esa manera sus palabras toman fuerza para repensar el carácter de unidad de la identidad, no en un sentido vacío sino de relación a través del uso de la mediación “con”, como ya afirmaban los griegos que debía entenderse (Heidegger, 1990). Del mismo modo existe un sentido de conciliación de la unidad, sin embargo, este se expresa a través de la diferencia, pues como ya se mencionó si la identidad fuese absoluta no habría realmente dos, sino uno.

Entonces la identidad bajo este necesario binomio de términos hay que entenderla desde el *ser* y el *ente*⁵⁹, en ese sentido Parménides⁶⁰ ya muy tempranamente referiría al principio de la inmovilidad y de universalización de la identidad que dice: *lo que es es; lo que no es no es*. Sin embargo, Heidegger considera que, si bien el principio de identidad supone dos elementos A y A, la diferencia sigue perviviendo y entonces lo mismo no quiere decir lo igual. Pues igual, señala lo inmutable, lo permanente, la fijeza; por su parte lo mismo, dice algo que permanece (identidad) en aquello que se diferencia (Lopez y Moreira, 2014: 538), en ese sentido la sentencia de Parménides es entendida como *igualdad* y no como *mismidad* (ser uno mismo).

Por otro lado, la sentencia de Heráclito⁶¹ defiende la movilidad universal o el flujo constante con su ya conocida frase “Un hombre no puede bañarse dos veces en la misma agua del río” este enunciado puede caer fácilmente en las interpretaciones relativistas de flujo y de la impermanencia, sin embargo, este filósofo debe interpretarse sobre el flujo del movimiento en su sentido de no permanencia, pero, en un sentido de continuidad pues se refiere al mismo

⁵⁹ Un ente es algo que es, pero no es el ser (Leyte, 1990: 14).

⁶⁰ Parménides de Elea fue un pensador presocrático que discutió el tema del movimiento, argumentando que la esencia de las cosas, la *physis*, es lo constante e inmutable (Lopez y Moreira, 2014 :538).

⁶¹ Heráclito de Éfeso fue un presocrático que se caracteriza por su pensamiento de transformación y la no permanencia.

río. Entonces, el agua que fluye tiene movimiento, pero, el río permanece, así, no se pierde la identidad (Lopez y Moreira, 2014: 538).

Así se llega a la conclusión de que identidad y diferencia no son entes dicotómicos, sobre todo si se analizan bajo el principio de no contradicción de Aristóteles, el cual establece que algo solo puede ser lo mismo, bajo la misma perspectiva, al mismo tiempo. Entonces si pensamos en la distinción entre igual y lo mismo de los términos latinos y griegos de forma correspondiente. El mismo indica algo que, *mismo* en movimiento, permanece en la unidad, mientras que *igual* habla de dos en una relación de igualdad que es inmutable. Entonces al mantener el sentido griego del τὸ αὐτό, el mismo puede diferenciarse de sí mismo (Lopez y Moreira, 2014 :539).

Sin embargo, devienen otras precisiones con base en el uso de la traducción de los términos, así en un sentido más específico la palabra *ovσία* significa *identidad* en griego, que al sufrir la transformación grecorromana se llegó a entender como *subjectum*, es decir, sustancia. Sin embargo, en griego *ovσία* es el verbo “ser” en pasado –sido–, entonces la identidad se refiere a una cosa que sólo puede ser lo que era. De esa manera, cada vez que algo es, es de acuerdo con lo que ha sido (Lopez y Moreira, 2014: 539).

Como se puede observar la identidad es un concepto difícil, delicado, extraño, inconcluso y peligroso, pues tiende a concebirse como un atributo sustancialista, es decir, como si fuera “algo” que se tiene o se “posee”, así erróneamente se suele atribuir identidad a todo. Pero también es un término, atractivo, desafiante e ineludible, tan es así que Navarrete (2015) incluso lo considera un término aporético, es decir, que tiene la condición de necesario y a la vez la imposibilidad de una definición precisa y definitiva. Pues como afirma Kaufmann (2015) mientras más se desea definirlo con precisión, menos se consigue. No por eso se debe dudar de su utilidad ni de su trascendencia en cuanto a su multiplicidad de aplicaciones, sino más bien tratar de desenmarañarlo para comprenderlo o, al menos, intentarlo.

Recientemente la identidad, como fenómeno, ha recorrido vastos terrenos disciplinares entre los que podemos incluir algunas ciencias sociales. De esa manera el concepto de identidad se ha abordado (aunque desigualmente) por: la antropología, la psicología social y la sociología, dado el reciente apogeo producto de la revalorización del sujeto (o su retorno⁶² como lo llaman algunos) o bien la *agency*⁶³ y consecuentemente la emergencia de los nuevos movimientos sociales⁶⁴.

Así para la antropología, en un principio, el enfoque de la identidad se encaminó a describir y analizar los rasgos culturales a través de polaridades absolutas, es decir, que la identidad de un grupo se definía en oposición y contraste a otros grupos (Portal, 1991). De esa manera es posible enunciar la primera característica de la identidad, su sentido relacional. Es decir, que la identidad resulta de un proceso social en la interacción cotidiana con los otros, entonces, el individuo se reconoce a sí mismo sólo reconociéndose o distinguiéndose de los otros.

⁶² El fin del siglo pasado trajo consigo el cuestionamiento de los paradigmas hasta entonces dominantes (positivismo, estructuralismo, por ejemplo) que desplazaban toda investigación a lugares exteriores al sujeto en el análisis y en la interpretación de los hechos sociales, estableciéndose corrientes contestatarias que sitúan al sujeto en una perspectiva histórica y política, es decir, dándole un lugar de “sujeto activo y pensante” (Jodelet, 2008).

⁶³ Suele traducirse como agencia, acción o actuación, sin embargo, agencia suele referirse a algo distinto de acción o actuación. Así para mayor claridad “la agencia se refiere no a las intenciones que el agente tiene de hacer cosas, sí a su capacidad de hacer esas cosas en primer lugar. Agencia se refiere a los eventos de los cuales un individuo es un autor en el sentido de un individuo podría, en cualquier fase de una secuencia dada de conducta, haber actuado de manera diferente” (Giddens, 1986: 9).

⁶⁴ Surgen en las sociedades modernas o post-modernas y se trata de una forma colectiva de acción para contrarrestar a los abusos del poder económico y político el cual involucra procesos de autoconciencia para crear identidades humanas y sociales libres de la dominación del Estado y del Mercado (un ejemplo en el caso de México es el Ejército Zapatista de Liberación Nacional) y se diferencian de los Movimientos Sociales Tradicionales pues su lucha se centraba en los campos de producción y los problemas de acceso al control de los medios de producción (Ejemplo, las luchas de los trabajadores por mejores condiciones laborales). Entonces, los Nuevos Movimientos Sociales son producidos por nuevas contradicciones entre los individuos y la sociedad o entre los individuos y el Estado. Por lo que son activos y constructivos al ser parte de las sociedades civiles modernas en tanto que empujan hacia nuevos valores, identidades y paradigmas culturales (Cohen y Arato, 1992 citado por Vargas, 2008).

Por otro lado, en la psicología social el relieve se presenta en el análisis de los componentes psicológicos que influyen en la formación de la imagen que sobre sí mismo desarrolla cada individuo, o bien, lo que viene a ser el componente intersubjetivo de la identidad. Así en términos de Habermas (1987), las personas y los grupos se auto-identifican o auto-refieren en y por su participación en acciones comunicativas, en la medida en que esa auto-identificación o auto-referencia es conocida y reconocida es decir, intersubjetivamente, es posible reconocer un yo. Entonces, la identidad emerge y se afirma sólo en la medida en que se confronta con otras identidades en el proceso de interacción social.

Así para la sociología además de los elementos relacionales e intersubjetivos, la identidad se define en la situación del sujeto, esto es, en la posición que ocupa en un contexto específico. De esta forma las interpretaciones más recientes de la identidad se conforman de elementos multidisciplinarios con el fin de analizar dentro de las prácticas simbólicas que se ubican dentro de una red de relaciones sociales en constante movimiento, con lo cual se abre la posibilidad de proponer una interpretación más certera tanto de los mecanismos sociales a través de los cuales se recrea el orden cultural como de las contradicciones de dicho proceso (Portal, 1991: 4).

Bajo esta perspectiva es posible mencionar la siguiente definición de la identidad:

Es el conjunto de repertorios culturales interiorizados a través de los cuales los actores sociales que pueden ser individuales o colectivos demarcan sus fronteras y se distinguen de los demás actores en una situación determinada y todo ello dentro de un espacio que es históricamente específico y socialmente estructurado (Giménez, 2002).

Así un siguiente atributo de la identidad, sino el más importante, es su interiorización, es decir, la selección y apropiación de atributos culturales presentes en los espacios sociales y en las interacciones. Pues de todos los rasgos culturales posibles, la identidad se conformará sólo aquellos que sean elegidos, jerarquizados y codificados para marcar simbólicamente las

fronteras en los procesos de interacción de un sujeto con otros actores sociales (Giménez, 2019: 187).

Consecuentemente al tratarse la identidad de la interiorización de repertorios culturales no es posible inferirla a través de las diferencias culturales observables –como lo pretendió en un primer momento la antropología–, sino que se debe inquirir en cómo los actores sociales seleccionan y organizan los rasgos que habrán de distinguirlos de los demás, pero no necesariamente en términos individuales o psicológico, sino en términos objetivables por decir sociales.

De esa manera, la identidad, se le suele considerar una extensión de la teoría de la acción⁶⁵ o bien de la interacción social⁶⁶, pues permite a los actores ordenar sus preferencias y escoger, en consecuencia, ciertas alternativas de acción, Sin embargo, el análisis de la identidad no sólo permite reconocer una acción, sino también comprenderla, explicarla e incluso predecirla. En ese sentido “la práctica del actuar en sociedad nos dice, más o menos claramente, a que identidades corresponde una acción que sigue ciertas reglas” (Pizzorno 1989: 177 citado por Giménez, 1997).

Atendiendo lo antes mencionando, pero sobre todo complementando lo mencionado por Giménez, es posible retomar la definición que hace Castells (2001) en la cual agrega una aclaración social pertinente, a saber, la coexistencia de múltiples identidades en un mismo agente, así la identidad se entiende como:

⁶⁵ En el sentido de Weber (2002), una acción social es aquella que se efectúa y tiene sentido (mentado) para el sujeto que la realiza. Así la teoría de la acción se basa en comprender la realidad social desde el sentido que los agentes dan a sus acciones.

⁶⁶ Según Goffman, la interacción social se debe entender como la “consecuencia de la interacción de dos o más individuos que se encuentran en presencia de sus respuestas físicas respectivas, en los cuales están involucrados el estado de ánimo, la emoción, la cognición, la orientación corporal y el esfuerzo muscular, los cuales suponen un elemento tanto biológico como psicológico” (Mercado y Zaragoza, 2011: 171).

El proceso de construcción del sentido atendiendo a un atributo cultural, o un conjunto relacionado de atributos culturales, al que se da prioridad sobre el resto de las fuentes de sentido. Para un individuo determinado o un actor colectivo puede haber una pluralidad de identidades (Castells, 2001: 28).

Esto quiere decir que, si un sujeto puede ocupar diversas posiciones en el espacio social es posible que pueda poseer distintas identidades, las cuales surgen a partir de su ubicación, por lo que podemos decir que la identidad es situacional, es decir, surge de la relación del sujeto con su contexto. Por lo que, al cambiar estas relaciones la identidad tiende a variar.

En relación con lo anterior, es importante precisar que las estructuras sociales históricas específicas engendran deferentes tipos de identidad, reconocibles en casos individuales, lo que significa que los tipos de identidad pueden observarse en la vida cotidiana por seres dotados de sentido común. De esa manera podría pensarse que los tipos de identidad son “observables” y “verificables” en la experiencia pre-teórica y por ende pre-científica. Sin embargo, la identidad permanece ininteligible a menos que se la ubique en el mundo, es decir, las teorías sobre la identidad siempre se hallan insertas en una interpretación más general de la realidad, por lo que debe entenderse en términos de la lógica que subyace en esta última (Berger y Luckman, 2015: 214-216).

Bajo esta visión la identidad se constituye en una relación dialéctica entre la realidad objetiva o social y la realidad subjetiva, por lo que se forma a través de procesos sociales, es decir, la identidad no es una esencia, una propiedad o un atributo del sujeto, sino que se crea, se mantiene, se modifica y se reforma por las relaciones sociales, así la identidad se concibe como intersubjetiva, relacional y situacional. De esa manera, los procesos sociales involucrados, tanto en la formación como en el mantenimiento de la identidad, se determinan por la estructura social, recíprocamente, la estructura social es mantenida, modificada o reformada en el interjuego con las identidades producidas (Berger y Luckman, 2015: 214).

De la misma forma, ambas definiciones consideran a los actores colectivos como analogía de las identidades individuales, éstas hacen referencia a grupos (organizados o no) y las colectividades en el sentido de Merton⁶⁷, sin embargo, es recomendable tener precaución con este concepto pues se corre el riesgo de hipostasiarlo o bien considerar estas entidades como independientes de los individuos que las constituyen (Giménez, 1997: 17-18).

En el caso de las identidades colectivas, Giménez (1997) considera de máxima importancia las siguientes características, a saber: primero, que la proximidad de los agentes individuales en el espacio social no necesariamente está asociada a la existencia de grupos organizados. También, que no todos los agentes individuales comparten en el mismo grado las representaciones sociales que definen subjetivamente la identidad colectiva. Por último, las identidades colectivas constituyen uno de los prerequisites para la acción, pero la acción no necesariamente es una condición de las identidades colectivas.

En ese sentido, la pertenencia social que significa “la inclusión de la personalidad individual en una colectividad hacia la cual se experimenta un sentimiento de lealtad” (Giménez, 1997: 13), se trata del rol que el agente asume dentro de una colectividad considerada, pero sobre todo mediante la apropiación e interiorización, al menos parcial, del complejo simbólico-cultural que se funge como emblema de la colectividad en cuestión. Desde la sociología se asumen que la identidad del individuo se define principalmente –aunque no exclusivamente– por la pluralidad de pertenencias, que lejos de eclipsar la identidad personal, es precisamente la que la define y constituye (Giménez, 1997:15). Aunado a lo anterior, la pertenencia se reviste en diferentes grados, que pueden ir de la membresía meramente nominal o periférica a la membresía militante.

⁶⁷ En sentido sociológico los grupo o colectividades se refieren a un número de personas que actúan entre sí de acuerdo con normas establecidas, así las personas que interactúan entre sí se definirán como miembros y serán definidas por los demás como pertenecientes al grupo (Merton, 1964: 366-367).

Otra característica fundamental de la identidad —sea ésta personal o colectiva— es su capacidad de perdurar —aunque sea imaginariamente— en el tiempo y en el espacio. Esto quiere decir que la identidad implica la percepción de ser idéntico a sí mismo a través del tiempo, del espacio y de la diversidad de las situaciones. Pero más que de permanencia, habría que hablar de continuidad en el cambio, en el sentido de que la identidad a la que se hace referencia es la que corresponde a un proceso evolutivo y no a una constancia sustancial (Giménez, 1997: 19). Así, por ejemplo, los fenómenos de "aculturación" o de "transculturación" no implican automáticamente una pérdida de identidad, sino sólo su recomposición adaptativa. Incluso, pueden provocar la reactivación de la identidad mediante procesos de exaltación regenerativa (Giménez, 1997: 20).

Por consiguiente, el primer paso para la constitución de una identidad es la reflexión de sí mismo a través de la historia; ya que la identidad es una construcción intersubjetiva, relacional, situacional, sociocultural, perdurable y dinámica. Pero también a estas cualidades debemos agregar inconclusa, es decir, cambia y se resignifica de forma constante, pero siempre mantiene cierto nivel de estabilidad y permanencia lo que le permite ser reconocida. Sin esa percepción de su continuidad en el tiempo, la identidad se fragmentaría, se diluiría y no se podrían interiorizar las acciones del pasado ni prever las del futuro.

En concordancia con lo anterior, desde la perspectiva bourdiana, se entiende que la identidad es la representación de los agentes de su posición distintiva en el espacio social y de su relación con otros agentes que ocupan la misma posición o posiciones diferenciadas en el mismo espacio (Giménez, 1997). Entonces, en la vida social, las posiciones y las diferencias de posiciones que conforman la identidad existen bajo dos formas: una objetiva, independiente de todo lo que los agentes puedan pensar de ellas, y una simbólica y subjetiva, bajo la forma de la representación que los agentes se forjan de ellas mismas. Por lo tanto, analizar la identidad o identidades de los individuos permite comprender mejor la acción y la interacción social, pues es en la interacción en donde se forma, se mantiene y modifica, y

esta, a su vez, es la que permite a los agentes ordenar sus preferencias y escoger en consecuencia ciertas alternativas de acción.

En este sentido todo ser humano y todo grupo social busca siempre construirse una visión, una representación de sí mismos y de su posición en el espacio, así como de su relación con los otros. Por lo que se puede afirmar que, no existe individuo o grupo social que carezca de identidad puesto que sin ella simplemente no sería posible la existencia de la vida en el espacio social.

3.2 LA IDENTIDAD COMO PROBLEMA

Según Berger y Luckman (2015: 221) el estudio de la identidad puede tornarse problemático en dos sentidos: primero, que en la estructura social ocurran cambios concomitantes que repercuten en la dialéctica entre estructura e individuo y consecuentemente las teorías que la analizaban ya no la puedan explicar. Y segundo, en el plano teórico mismo como resultado de desarrollos teóricos intrínsecos productos de diversos intereses sociales.

Si bien la identidad no es un fenómeno reciente, la intensa atención que ha recibido desde la segunda mitad del siglo pasado se presenta como una manifestación de las diversas transformaciones sociales, pues como bien lo menciona Bauman “uno se detiene a la contemplación y el examen de las cosas sólo cuándo se desvanecen o comienzan a comportarse de una manera extraña” (2005: 42).

Así la llamada modernidad (occidental), o específicamente la *Modernidad tardía*⁶⁸ (Giddens), la *Modernidad líquida* (Bauman), la *Sociedad red*⁶⁹ (Castells) e incluso la *Sociedad del riesgo*⁷⁰ (Beck), han servido de analogías o bien para resaltar alguna característica específica de lo que en consenso se trata de una nueva forma de organización social que, aunque con diferentes matices, se encuentra asociada profundamente a fenómenos como: la Globalización, la revolución de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), factores económicos como el Capitalismo o el Neoliberalismo, y el Individualismo; impactado de una forma u otra en todas las esferas de la vida social.

Entonces, los principales cambios de la identidad se dan en la fusión de esta sociedad (haciendo alusión a la división que propone Bauman de la modernidad en dos etapas: la primera sólida y la subsecuente líquida⁷¹) presentado una ruptura en todos los marcos que contenían las experiencias del mundo y consecuentemente la autocomprensión del sujeto. Así, en un primer momento, la identidad era pensada como una realidad tallada en la roca, es decir, estaba grabada desde el momento del nacimiento hasta la tumba, por lo que el lugar de cada persona era demasiado evidente para reflexionar sobre él (Bauman, 2005: 45). El esfuerzo de cada ciudadano consistía entonces en adscribirse a uno de estos proyectos de vida

⁶⁸ O también llamada reciente, se trata de la fase actual del desarrollo de las instituciones modernas que está enmarcada por la radicalización y universalización de las características fundamentales de la modernidad (Giddens, 1995: 294).

⁶⁹ Caracterizada por la globalización de las actividades económicas, por su forma de organización en redes, por la flexibilidad e inestabilidad del trabajo y su individualización, por una cultura de la virtualidad real construida mediante un sistema de medios de comunicación omnipresentes, interconectados y diversificados, y por la transformación de los cimientos materiales de la vida, el espacio y el tiempo, mediante la constitución de un espacio de flujos y del tiempo atemporal, como expresiones de las actividades dominantes y de las elites gobernantes (Castells, 2001: 23).

⁷⁰ Parte de la idea de que la sociedad ha sufrido una transformación estructural debido a la inclusión de la naturaleza en el sistema industrial, por lo que ha pasado a convertirse en un fenómeno interior ante el cual la sociedad se encuentra desprotegida. Por lo que afirma que actualmente los conflictos sociales ya no se relacionan con el tema de la distribución de la riqueza sino con la distribución de los riesgos (haciendo referencia particular a los riesgos de carácter ecológico) (Beck, 1998).

⁷¹ Hace esta analogía en alusión a los líquidos por su incapacidad de conservar su forma por mucho tiempo y, a menos de que se les vierta en algún contenedor ceñido, siguen cambiando bajo la influencia de incluso la menor de las fuerzas (Bauman, 2005: 112).

que lo antecedían y ejercerlo sin malestar alguno permitiéndose la experiencia de ser y el sentimiento de seguridad.

Entonces, en ese contexto sólido la identidad se comprendía como una adscripción, es decir, estaba delimitada y circunscrita a un campo de acción específico que en muchas ocasiones coincidía con el oficio o la profesión ejercida por el sujeto. Por lo que la identidad estaba determinada, principalmente, por el papel productivo del sujeto dentro de la división social del trabajo, por lo tanto, no se cuestionaba, sino que se asumía como parte del proceso de pertenecer, estaba implícita en la adscripción se trataba entonces de una experiencia organizada socialmente y que se caracterizaba por su solidez, durabilidad, permanencia y seguridad (Bauman, 2005: 57).

En contraparte, el estado líquido de la modernidad se caracteriza por la incertidumbre, la inseguridad, la vulnerabilidad por lo que cada individuo es responsable de construir su propia identidad prácticamente desde cero. Así tiene que decidir de entre una gran variedad de ofertas y luego luchar por ellas. De esa manera se hace evidente la paradoja entre las necesidades de seguridad y libertad del ser humano que como dice Bauman (2005) no se pueden satisfacer ambas al mismo tiempo.

Como resultado se ha afectado todo el sistema tradicional de las identidades ya que la identidad ha dejado de ser una adscripción y se ha convertido en algo que se adquiere a lo largo de la vida –una construcción– que si bien implica libertad de elección también, genera incertidumbre e inseguridad. De ahí que el hombre moderno pueda sentir su libertad como una pesada carga y se pueda ver expuesto fácilmente a los males del extrañamiento, la anomía y el desarraigo (Martínez, 2006: 813). Así también la discontinuidad en distintas etapas de la vida individual obliga al sujeto a transformar su definición de sí mismo y consecuentemente a reinterpretar constantemente su pasado en función de los cambios de rol, estatus, territoriales, familiares, *inter alia*. Manteniéndose la identidad en permanente cambio.

Pero ¿cómo fue que sucedió esa transformación? En esencia el espacio de acción de los sujetos se ha ampliado a dimensiones planetarias con la Globalización, y con ello, se borraron los puntos de referencia que definían la identidad de las personas. Dado lo anterior, la coexistencia del proceso de globalización y el problema de las identidades no es una coincidencia sino como lo dice Castells (2005: 11) se trata de una relación sistémica. Dentro de este tipo de relación, resuena en particular aquella que en sentido dialógico incluye dos polos, que en otro momento se pensaban incomunicables; lo local del yo y lo universal. Así es posible afirmar que los cambios en aspectos íntimos de la vida personal están directamente ligados al establecimiento de vínculos sociales de alcance muy amplio (Giddens, 1995: 48).

En este punto es importante aclarar que la globalización no se trata de una ideología, sino de un proceso objetivo de estructuración del conjunto de la economía, sociedades, instituciones, culturas y, concretamente, empezamos también por recordar que “globalización” no quiere decir que todo sea un conjunto indiferenciado de procesos (Castells, 2005: 12). Pero el centro de estos procesos si es global, por ejemplo, en la ciencia y la tecnología que se desarrolla de manera diferente en cada país, pero, se encuentran interconectadas a través de nodos (más o menos importantes) que construyen redes y esas redes sí son globales.

En ese sentido, muchas veces se comete el error de creer que el gran detonador de los procesos de globalización ha sido la infraestructura tecnológica, lo cierto es que no. Las causas de la globalización son las estrategias económicas capitalistas, los desarrollos culturales, la creación de mercados, éstas son las grandes causas, pero, sin infraestructura tecnológica no hubieran podido existir (Castells, 2005: 14) de ahí la importancia del desarrollo de las TIC en los fenómenos sociales como las variables transversales de su conformación.

Por consiguiente, en la relación entre globalización e identidad surgen dos dimensiones, la primera que se vincula con la idea de la unificación y la homogenización, dando como resultado la construcción de nuevas unidades supranacionales (ejemplo, la comunidad europea), donde los Estado-nación no ha desaparecido, sino que se han convertido en el nodo de una red. Una de las consecuencias más graves de este proceso ha sido el sentimiento de distancia entre las instituciones representadoras y las unidades representadas que han dado pauta al surgimiento de la segunda dimensión.

Consecuentemente, en el segundo escenario encontramos el surgimiento de las ideas de los particularismos y, por tanto, la proliferación de identidades grupales de pequeña escala y generalmente de orientación anti-institucional (ejemplo, el pueblo mapuche en Argentina y Chile). Debido a que el sentimiento de no ser representados por los Estados-nación o las instituciones del Estado, como elemento para la construcción de sus vidas, obliga a la búsqueda de la reconstrucción del sentido a partir de quienes son históricamente (Castells, 2005: 16).

Esto no significa que dichas dimensiones se opongan, sino que más bien se abigarran rompiendo con eso el modo de distinción excluyente que se consideraba como principio necesario de la delimitación de los grupos y por tanto de las identidades. Por lo que construir una falsa oposición entre lo global y lo local conduce a un interminable encadenamiento de mal entendidos (Beck, 2003). En ese sentido, las formas excluyentes de identidades pueden tornarse agresivas con nuevas formas más incluyentes, convirtiéndose en un riesgo latente para las nuevas experiencias de vivir el mundo. Un clásico reflejo de esta situación son los comportamientos fundamentalistas.

Entonces, una vez que la identidad pierde los anclajes sociales que la hacían parecer “natural”, predeterminada e innegociable, la “identificación” se hace más importante para los individuos que buscan desesperadamente un “nosotros” al que, tal vez, puedan tener acceso

(Bauman, 2005: 57). Sin embargo, no es posible pensar en construcciones aleatorias o arbitrarias como suelen enunciarlo diversas teorías posmodernas en las que todas las construcciones son posibles. Los insumos de las identidades son los materiales de la historia que tiene una densidad cultural y que como toda forma cultural se encuentra en constante transformación. Sólo en ese sentido la identidad se puede entender como “aquel proceso de construcción de sentido sobre la base de un atributo cultural que permite a las personas encontrar sentido a lo que hacen de su vida” (Castells, 2005: 16).

En consecuencia, la identidad se ha convertido en una tarea de manera refleja, es decir, en un proyecto del reflejo del yo que consiste en el mantenimiento de una crónica biográfica coherente, si bien continuamente revisada, que se lleva a cabo en el contexto de la elección múltiple filtrada por los sistemas abstractos (Giddens, 1995: 14). Esta es la razón por la que la identidad se considera un problema moderno pues la idea de que toda persona tiene un carácter único y posibilidades especiales, susceptibles o no de cumplirse, son rasgos implantados por el individualismo occidental, es decir, ajenos a la cultura pre-moderna.

Por consiguiente, hoy en día el individuo mismo es el que elige, en todos los dominios, entre mil productos, mil ideas, mil maneras de hacer, mil principios morales o mil personas. Cada elección que hace, hasta la más minúscula, debe inscribirla paralelamente en un universo de sentido evidente, de propensión totalizadora. Sin la producción de una creencia tal del instante, toda acción dirigida por la conciencia se vuelve imposible. Tal es el nuevo régimen del funcionamiento social, que coloca al sujeto en el centro de todo el proceso identitario (Kaufman, 2015: 29-30).

Entonces bajo este proyecto del individuo en la construcción del yo o bien de su identidad, dependen de los esfuerzos constructivos e incluso reconstructivos que acometa. Tales esfuerzos son algo más que un mero “llegar a conocerse” mejor: el conocimiento de uno

mismo está subordinado al propósito más incluyente y fundamental de construir/reconstruir un sentido de identidad coherente y provechoso (Giddens, 1995: 99).

Pero esa subjetividad, como es impuesta, puede también resultar agotadora para el individuo moderno, produciendo situaciones muy discriminatorias, de nuevas desigualdades. Las personas cuya posición social garantiza un cierto reconocimiento, y que están inscritas en redes múltiples y diversificadas, tienen la posibilidad de jugar con sus distintas facetas identitarias. A diferencia de aquellas que, por el contrario, se sienten más bien a la defensiva, amenazadas de estigmatización o más sencillamente de una pérdida de estima de sí mismas, las acecha el riesgo de un repliegue en los capullos protectores que las separan del resto del mundo otorgándoles una respuesta, evidente y única, a las preguntas de la vida, encerrándose en unas totalidades significativas que les fijan una identidad, tan indiscutible como una creencia religiosa (Kaufman: 2015 34).

La desviación hacia ese riesgo depende esencialmente del número y la diversidad de los “sí mismos posibles”, consecuencia de los capitales sociales y culturales. Cuando el juego de identidades disponibles es rico, en efecto, las totalizaciones son breves y se suceden. El individuo desarrolla entonces una distancia reflexiva con sus sí mismos cambiantes. Cuando el juego se limita, al contrario, la totalización se repite y se endurece, la pauta interpretativa se vuelve única y permanente y encierra el conjunto de la personalidad, mecanismo de aislamiento agravado en las situaciones de estigmatización social y de ataque a la estima de uno mismo. El mundo de los demás se percibe como extranjero, incomprensible y hostil (Kaufman: 2015: 36).

En definitiva, lo que se busca exponer es que si la sociedad moderna se ha vuelto progresivamente inestable e imprevisible por lo que resulta es bastante comprensible que la identidad de los sujetos sea cada vez más frágil e inestable. De la misma forma es posible enlistar que la identidad moderna es: especialmente individuada, estratificada (no todos los

componentes tienen la misma importancia), escindida (entre lo público y lo privado), abierta, flexible, discontinua, y reflexiva. Perdiendo uno de sus rasgos más característicos, la continuidad en el tiempo.

Todo lo anterior ha convertido a la identidad no solo en un problema, sino como lo refiere Bauman (2005: 46 y 108) en una tarea. Pero sobre todo en una cuestión acuciante dentro de una sociedad en la que resulta difícil construir una identidad sólida y estable en un marco social que ya no proporciona los fundamentos seguros para dicha construcción tornándose frágil y precaria. Por ejemplo, las profesiones u oficios ya no son más el pilar fundamental de las identidades sobre el que se articulaba el sentido de la vida para la gran mayoría de las personas.

3.3 LA IDENTIDAD DEL BIBLIOTECÓLOGO EN EL CAMPO BIBLIOTECOLÓGICO EN MÉXICO

*“Sólo cuando nos volvemos con el pensar hacia lo ya pensado,
estamos al servicio de lo por pensar”*

M. Heidegger, 1990

La preocupación por la identidad del bibliotecólogo ha sido inherente al surgimiento del mismo campo por lo que suele presentarse la misma situación que con el agente, es decir, ha sido invocada hasta la saciedad sin preocuparse en lo más mínimo por definirla o someterla a cierto rigor conceptual situación por la que tiende a banalizarse. De esa manera su presencia se observa desde dos perspectivas, la primera, de manera precaria, contingente, parcial y temporal. Por otro lado, y el más preocupante, desde una mirada lapidaria, inamovible, fija y atemporal.

Así esta última perspectiva ha sido la más popular, persiguiendo un sentido de firmeza (fijación) el cual ha sido erróneamente asociado a su condición de permanencia. En ese sentido se busca crear una totalidad significativa objetiva que hace posible la acción en el campo. Sin embargo, esta situación se alimenta las concepciones simplistas y debates infructuosos.

En consecuencia, los pocos estudios empíricos que se han evocado el tema lo han abordado desde una configuración positivista, situación que petrifica este fenómeno pues al analizarlo bajo el método tradicional científico se reportan resultados como si fueran instantáneas que al momento quedan obsoletas, pues estos procesos de referencia permiten únicamente observar un determinado momento en un determinado contexto, es decir, en un determinado instante en el que la conciencia de ser él mismo y la toma conciencia de sí, se expresan. Por lo que resulta infalible recordar que la identidad siempre está en proceso constructivo, no es estática, no es coherente, y sobre todo no se corresponde mecánicamente con los estereotipos ni con las representaciones que se tienen del sujeto de sí ni del observador del sujeto para este.

En este caso un error que se comete es el de asociar la identidad con la “identificación” que realizan las instituciones o bien las estructuras. En ese sentido la identificación que se lleva a cabo por las instituciones consiste en localizar, fichar, etiquetar y clasificar individuos, basándose en sus datos, principalmente biológicos –tal como lo hace el Estado– o en sus adscripciones o en datos objetivos de su historia. Sin embargo, no se considera la producción de sentido de selección, reconstrucción, contradicción y, por lo tanto, el sentido subjetivo. Para ilustrar lo antes expuesto se puede recurrir a la definición que hace Gutiérrez (2008):

Se puede decir que la identidad se compone de una serie o conjunto de características que constituyen un todo tangible o intangible, que identifica a este todo de otros todos en el tiempo y en el espacio, independientemente de la latitud en que se encuentre. Es decir, la identidad se presenta y permanece cuando el todo se puede multiplicar, sin perder sus rasgos y características que lo “identifican” precisamente con los otros entes

reproducidos, los cuales deben mantener las mismas propiedades y características del ente que los engendró. Si estas propiedades se pierden o no permanecen en las nuevas entidades reproducidas, también desaparece automáticamente la identidad (Gutiérrez, 2008: 79).

Sin embargo, el proceso identitario en sí mismo se caracteriza, por el contrario, por su apertura y sus variaciones permanentes, ancladas en el presente y erigiendo escenarios de porvenir. Entendida como proceso abierto a reformulaciones, la identidad no es nunca una esencia o una sustancia, es decir, una entidad cerrada, homogénea y estable (Kaufman, 2015 :27). Por lo que Gutiérrez precisa que se refiere a un tipo de identidad en particular, en ese caso la “identidad profesional” por lo que esta puede entenderse como:

Aplicarles estos principios a los individuos que practican una misma profesión reconocida oficialmente, implica que todos los individuos que se prepararon para ejercer esa profesión en particular conocen los rasgos distintivos de la profesión para la que se formaron. Los rasgos distintivos de una profesión particular son: su nombre, que debe ser igual en cualquier latitud; su perfil profesiográfico, que debe tener las mismas características, y el hecho de contar con las mismas dosis y niveles de conocimientos, habilidades y actitudes que les fueron enseñados mediante los programas de las materias de los núcleos básicos que integran su plan de estudios (Gutiérrez, 2008: 80).

En ese sentido, se trata de buscar la identidad en la forma, es decir, en las características institucionales, pero, deja fuera todos los elementos subjetivos. Por lo que es preciso que una definición de identidad profesional considere tanto lo estructural como lo intersubjetivo, por ejemplo: “es la forma en la que un sujeto se apropia de un proyecto profesional-institucional correspondiente a un campo disciplinar, y de los que ese proyecto y ese campo implican en tanto espacio y medio de constitución-formación” (Navarrete: 2008, 79). Entonces, pensar la identidad sólo desde las estructuras es un soliloquio pues como ya se ha mencionado la identidad es dialógica entre lo social y lo individual.

Por lo que se requiere pensar la identidad desde otra mirada una más interpretativa o bien hermenéutica, lo que significa un mayor reto, primero, porque supone comprender que la identidad es un proceso, es decir, se da en correlación con el tiempo y la acción por lo que es: cambio y permanencia, subjetividad y objetividad, individualidad y colectividad, personal y social, pero también es creativo y estimulante, y a su vez, pasivo y agotador. En fin, un complejo flujo de versiones identitarias que son cada una de ellas únicas e irrepetibles, pero que no caen estrictamente en el terreno de lo psicológico, sino en el plano de lo social y lo humanístico, como la Bibliotecología misma.

3.3.1 LA IDENTIDAD FRAGMENTADA DEL BIBLIOTECÓLOGO: OTROS REFERENTES EN LA BÚSQUEDA DE SENTIDO

Como se ha revisado en este capítulo, son diversos problemas conceptuales y metodológicos de la identidad, por lo que para su análisis es común optar por emplear otros términos que se puedan someter con mayor seriedad y rigor científico. Pues como lo menciona Kaufman (2015) citando a Goffman (1975) la identidad es como una sustancia pegajosa que consigue que todo se quede adherido y se enrolle a su alrededor, por lo que se le puede encontrar prácticamente en todas partes y al mismo tiempo en ninguna.

Para que un fenómeno sea considerado parte o fragmento de la identidad, es preciso compartir con ella al menos sus características más esenciales, a saber:

- Se trata de guías para la acción de los actores sociales
- Son fundamentales para la elaboración de las prácticas
- Son elaboradas en situaciones de interacción social
- Se corresponden con conjuntos sociocognitivos organizados o bien repertorios culturales o bien los *habitus*.

Así es posible mencionar: la imagen, las representaciones, los estereotipos, los roles, las pertenencias, entre otros. Por lo que su análisis resulta necesario para identificar, observar, certificar y autenticar algunos otros rasgos de la identidad del bibliotecólogo.

a) Estereotipos

Los estereotipos se refieren al imaginario⁷² cuya función principal es la de presentar un vistazo rápido para la construcción de la realidad social de primer orden, de ahí que se trata de una visión exagerada o bien distorsionada de los atributos más representativos de un grupo social. Así los estereotipos se constituyen como creencias populares arraigadas que tienen una parte de realidad y otra de ficción, por lo que suele estar asociados con los prejuicios⁷³ y la discriminación⁷⁴.

En el caso de los agentes del campo bibliotecológico se suele representar a las personas que se dedican al trabajo en bibliotecas, con el término de “bibliotecario” que se aplica indiscriminadamente a todo el personal que labora en una biblioteca, independientemente de su preparación o función que desempeña (Rendón y Herrera, 2011) de ahí la sobreestimación de la uniformidad y la creencia de la nula científicidad del campo y por tanto su menosprecio.

Entonces los estereotipos se tratan del cómo “los otros” perciben a los agentes del campo que, en el caso particular de la bibliotecología, se destacan de manera más frecuente los

⁷² Es creación incesante y esencialmente indeterminada (histórico-social y psíquico) de figuras/formas/imágenes, a partir de las cuales solamente puede tratarse de «alguna cosa». Lo que llamamos «realidad» y «racionalidad» *son obras de ello*. no son sólo un reflejo del mundo, sino creación, socialización donde se implica la capacidad de la psique de sublimar, es decir, de transformar el objeto y los fines de sus pulsiones (Castoriadis, 2013).

⁷³ Se define el prejuicio como el conjunto de juicios y creencias de «carácter negativo» con relación a un grupo social. Son considerados como fenómenos compuestos de conocimientos, juicios y creencias, y como tales constituidos por «estereotipos»; es decir, el estereotipo sería el componente cognitivo (juicio, creencia) de los prejuicios (que son siempre de carácter negativo) (González, 1999: 79).

⁷⁴ Por su parte la discriminación se trata de la conducta de falta de igualdad en el tratamiento otorgado a las personas en virtud de su pertenencia al grupo o categoría social en cuestión sobre el que existe un cierto prejuicio (León Rubio, 1996 citado por González, 1999: 80)

aspectos negativos (Iturbe y Ramírez, 2014). De esa manera los estereotipos de los agentes del campo suelen estar asociados principalmente al género en términos binarios, es decir, existen una distinción clara y marcada entre los estereotipos referentes a las mujeres y los referentes a los hombres.

Así las mujeres se reflejan ante la mirada de los otros como en el aspecto físico como: mujeres de edad madura o bien avanzada, robustas, con anteojos, peinado de “chongo”, con vestimenta conservadora (traje sastre, por ejemplo), carente de cualquier atractivo físico. En cuanto a su personalidad, se les considera: pasivas, introvertidas o extremadamente severas e incluso groseras, que claman por el orden, el silencio; en pocas palabras, unas guardianas celadoras de libros apilados, recluidas en el templo del saber, por lo se les asocia con la soledad, así su estado civil suele ser soltera o viuda (Iturbe y Ramírez, 2014; Rendón y Herrera, 2011).

En el caso de los agentes masculinos, físicamente se les asocia con hombres jóvenes o de edad madura. En cuanto a los rasgos de su personalidad: si bien son amplios de conocimientos o eruditos, se caracterizan por su torpeza e inseguridad en el trato con el sexo opuesto, entonces la biblioteca les sirve como disociación del vulgo y viven entre los rincones de este intrincado, inalcanzable e inexplorado recinto immaculado. Sin embargo, sus cualidades intelectuales resultan atractivas para las mujeres (Iturbe y Ramírez, 2014; Rendón y Herrera, 2011).

En suma, el estereotipo no se trata de un espejo, como la metáfora usada los suele identificar, sino más bien un lente de aumento, estilo lupa, con la que se suele observa a los agentes del campo, pero, en el que sólo se resaltan ciertas cualidades que permiten caracterizarlo socialmente de manera simplificada.

b) Imagen

Rendón y Herrera mencionan que, “cuando se quiere hablar de identidad por lo general se hace referencia a la imagen” (2011: 43), sin embargo, la imagen no se trata de uno mismo sino de una copia. Para comprender mejor a que se refieren hacen alusión al mito de la caverna de Platón, el cual usa como bases fundamentales los conceptos de *eidōs* que significa idea y *skia* que se refiere a la sombra o la proyección de la idea. Así en el sentido más simplificado y analógico en esta referencia la imagen se refiere a la sombra.

Situación que se reafirma si acudimos a la etimología latina de imagen: *imāgo*. Término que a su vez remite a la idealización que persiste a lo largo del tiempo, es decir, las impresiones que se conforman en la mente de un individuo con respecto a un objeto, generalmente materializada a través de una pintura, dibujo, fotografía, escultura (Raya, 2015: 1). Por lo que es posible apreciar su intencionalidad como representación objetiva de la realidad, pero, también se acompaña de una función simbólica, es decir, una carga significativa dirigida a su contexto sociocultural. Así estas dos situaciones, aunque parezcan contrarias son inalienables a la imagen.

Entonces encontramos la imagen como una realidad inmediata que se presenta ante el sujeto, pero que no es la realidad misma (Rendón y Herrera, 2011) sino que es ante todo la donación del ser a la realidad. En este punto conviene subrayar que, las imágenes corresponden entonces a un universo más pobre que el del mundo físico de las cosas, o bien el de las ideas -siguiendo con Platón-. Pero, esa pobreza así entendida se ve compensada por la seguridad que procura la inalterabilidad, la eternidad ajena al tiempo de las imágenes, es decir, las imágenes pueden ser tenidas en cuenta de un modo asegurado pues no van a cambiar a menos que cambien las ideas, pero, incluso después de la evolución de las ideas su transformación será paulatina.

Así, por ejemplo, en una crítica muy severa de sí mismo Bustos González (1994) citado por Rendón y Herrera (2011: 43) escribe que “el anquilosamiento de la imagen y proyección bibliotecológica obedece a la falta de actualización profesional y contenidos temáticos carentes de vigencia contemplados por los planes y programas de estudio de las escuelas. Si esto es así -dice el autor-, para qué preguntar por qué parecemos dinosaurios, seguramente porque lo somos; nos fabrican dinosaurios en las escuelas y jubilamos dinosaurios; no nos extinguimos, pero jamás evolucionamos”.

Entonces bajo este supuesto lo único que se considera como verdadero son las imágenes, pero, la verdad está más allá del mundo que se nos presenta inmediatamente, y que ahora, aparece como no verdadero en el sentido de que no es verdaderamente idea. En este sentido es importante aclarar que no se niega la verdad de las imágenes, sino que las afirmamos como lo no verdaderamente idea, en el sentido platónico.

Así podemos afirmar una diferencia entre las ideas y las imágenes al referirnos a las primeras como lo “verdaderamente” y las segundas como lo “no verdaderamente”. Esta última diferencia suele ser tan poco perceptible que ha dado lugar a un olvido ontológico (entre idea e imagen), por lo que la verdad siempre se inclina hacia uno de los dos lados en los que ahora está dividida la realidad, con lo cual se ha identificado la verdad con lo general y lo común, que la representa. Entonces, las imágenes consisten en esa suerte de eternidad construida a partir del tiempo, que constituyen el medio desde el cual todo puede ser comprendido, esto es, organizado y, a la postre, producido.

Así dentro del campo bibliotecológico se pueden apreciar dos tipos de estudios que a la imagen se refieren y que centran su atención en algún nivel del análisis de la imagen: los primeros tratan a la imagen como modo de experiencia sensible, y los segundos, como construcciones epistemológicas. Así entre los primeros encontramos aquellos estudios que buscan trazar el bosquejo de la imagen del bibliotecólogo entre las percepciones inmediatas

a través de los sentidos y de las cuales consecuentemente se obtienen descripciones un tanto superficiales.

En cuanto a la imagen como construcción epistemológica, comienza por afrontar la gran cantidad de información que la imagen suele contener y se enfoca en comprender los dos planos que la conforman, pero siempre trata de ir más allá de donde los sentidos no entrenados alcanzan a percibir, por eso este tipo de análisis son tan reducidos, pues se trata de desentrañar tanto lo explícito como lo implícito en las imágenes.

En pocas palabras, ahora es posible afirmar que la imagen y la identidad tienen una relación cercana, sin embargo, retomando el postulado de la caverna, la imagen está en un plano diferente al de la identidad.

c) Pertenencias

Tradicionalmente, las pertenencias son una realidad sencilla, pero no simple de describir: tal individuo forma parte de tal grupo (una familia, una corporación, una asociación, etcétera), que le asigna un lugar, un papel, un marco moral, un sistema de pensamiento y de acción (Kaufman: 2015: 38). Así el individuo experimenta cierto grado de lealtad hacia la colectividad a la que se adscribe (Giménez, 1997: 13).

Anteriormente la pertenencia se trataba de los marcos institucionales que definían al individuo. Actualmente, la pertenencia hace alusión a los recursos culturales y de relación, es decir, apropiaciones y reapropiaciones que ostenta el individuo. La herencia de ese tipo de adscripción sigue siendo muy fuerte en las mentalidades y, sin embargo, no se toma conciencia más que lentamente, con un cierto tiempo de retraso de la inversión que se está produciendo: cada vez más es el individuo mismo el que elige no ya pertenecer a tal o cual grupo, sino inscribirse en el durante el tiempo que considere necesario (Kaufman: 2015 38).

d) Representaciones

Se entiende por representación el acto de re-presentar, es decir, evocar de manera mental algún objeto, persona, acontecimiento, idea, en fin, algo. Lo que implica también la acción de sustituir, mediante un signo o un símbolo aquello que no está, pero, se añora. Como se hace evidente, implica la relación de un sujeto (individual o colectivo) con un objeto (que puede ser objetivado en cualquier cosa).

Sin embargo, en este apartado se busca hacer alusión al concepto específico de representación social ⁷⁵(Moscovici, 1979), que como particularidad tiene su intersección entre el plano psicológico y social. Así en el primero, el sujeto aprehende los acontecimientos de la vida cotidiana, las características del ambiente, la información que circula y las personas que le rodean. Para en el segundo, formar el conocimiento social que circula entre las interacciones cotidianas de los individuos y que orienta su comportamiento (Jodelet, 1988).

Dado lo anterior se afirma que las representaciones sociales se tratan de modalidades específicas del conocimiento de sentido común que se construyen en los intercambios de la vida cotidiana (Villaroel, 2007). O más específicamente se definen como “un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres [y mujeres] hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios” (Moscovici, 1979: 18). Así las representaciones sociales también serían “una forma de conocimiento socialmente elaborado y compartido, y orientado a la práctica, que contribuye a la construcción de una realidad común a un conjunto social” (Jodelet, 1988: 36).

⁷⁵ El antecedente se encuentra en las representaciones colectivas de Durkheim, sin embargo, se diferencian en que las propuestas por el sociólogo son formas de conocimiento colectivo que sobrepasan y se imponen al individuo.

En este punto conviene puntualizar que toda representación social es la re-presentación de algo o de alguien, pero no es el duplicado de lo real, ni el duplicado de lo ideal, ni la parte subjetiva del objeto, ni la parte objetiva del sujeto, sino que su complejidad se constituye en el proceso por el cual se establece la relación entre todos estos elementos. Por lo que según Jodelet (1988) en el fondo de toda representación se debe buscar la relación con el mundo y con las cosas, por lo que su importancia claramente descansa en que es ahí donde se encuentra el sistema de organización social.

En ese sentido es que las representaciones sociales adquieren relevancia en la construcción de la realidad, pues no se trata solo de productos de la mente sino de construcciones simbólicas que se crean y se recrean en el transcurso de las interacciones sociales (Moscovici, 1961). De esa manera las representaciones adquieren un carácter dinámico pues no se trata sólo de formas de adquisición y reproducción del conocimiento, sino que tienen la capacidad de otorgar un sentido a la realidad social y todo esto desde la posición de los agentes en el espacio social.

Para el campo bibliotecológico –pero sobre todos para sus agentes– entre las representaciones más solidificado son las bibliotecas y los libros, muestra de lo mencionado lo expone Aguilar (2019b) que en un ejercicio con las imágenes de los bibliotecólogos (profesionales y en formación) encontró estos objetos de manera hegemónica en gran cantidad de las imágenes estudiadas. Y aunque esta situación pareciera evidente, lo cierto es que implica para el campo que los cambios asistidos desde las sociedades de la información y del conocimiento no se han interiorizado, así el agente conserva el anclaje con las estructuras originarias del campo. Lo relevante de esta situación es que la apropiación histórica de estos elementos sirve para la comunicación con los demás. Así los libros y las bibliotecas se convierten en la fuente de representaciones, y por tanto, en las conexiones sociales, es decir, un el símbolo de la comunicación de los agentes al exterior del campo.

Así en el campo bibliotecológico este proceso se da de manera sistemática a través de lo que los agentes se cuentan a sí mismos o, mejor dicho, estatuyen es sus discursos sobre sus representaciones. Se ejemplifica esta situación en las siguientes palabras:

El verdadero bibliotecario es el que comprende que su labor consiste esencialmente en un activo servicio social, el que se siente como un soldado que lucha en pro del mejoramiento espiritual y cultural del pueblo y sabe que su profesión está emparentada estrechamente con el maestro, de quien es un auxiliar. Y para cumplir satisfactoriamente su cometido el bibliotecario moderno debe reunir una serie de cualidades: primeramente, deberá poseer una amplia cultura, una sólida instrucción, sus inclinaciones intelectuales deben ser amplias y debe haber leído y seguir leyendo mucho. Es sumamente importante que pueda traducir por lo menos una lengua extranjera, la sólida cultura y los conocimientos técnicos profesionales forman gran parte de la personalidad de un buen bibliotecario... pero debe poseer también una verdadera vocación por su trabajo, un espíritu de servicio y tener la convicción de que la biblioteca, como la escuela, cumplen con una de las más altas funciones sociales (Manrique de Lara, 1932).

Así entre todas las representaciones que se pueden ubicar en este párrafo, una de las que más llama la atención es la representación que se tiene del “bibliotecario-bibliotecólogo” como lector en el más extenso y profundo sentido de la palabra. De esta forma, como lo menciona Endean (2010) la lectura en abundancia es una de sus principales representaciones, de modo que el bibliotecario no parece dedicarse en la biblioteca a otra cosa que a leer. Esta percepción también alude a la facilidad para trabajar en una biblioteca siempre que se domine la práctica de la lectura.

Otra representación que resulta fundamental analizar del extracto del texto de Manrique de Lara es “la verdadera vocación”. En ese sentido, Verdugo (2006: 18) hace un llamado para que la decisión personal de elegir una profesión se haga con la voluntad de servir a otros.

Para los bibliotecólogos en la medida en que ese llamado sea verídico, será una persona, un profesionalista que habrá de aportar a la sociedad su amor por lo que hace. Este llamado a las verdaderas vocaciones aparece también en algunas otras profesiones, que se caracterizan por el sacrificio en su ejercicio, como el la medicina o la enseñanza.

En la situación particular del campo bibliotecológico en el contexto mexicano cuesta, en el imaginario social, encontrar a la bibliotecología entre las disciplinas capaces de ofrecer respuestas a problemáticas de índole social, cultural y/o educativa. Sin embargo, en este sentido no se debe asumir como natural este contexto, si bien lo “normal” es la invisibilidad e incluso cierto complejo de inferioridad, lo que lleva a renombrar conceptos para que tengan un mayor impacto (Enden, 2016). Pero esto ocurre porque no parece haber un modelo de bibliotecario que nos identifique, sino más bien habría un amplio espectro de conductas posibles ante los fenómenos del coleccionismo y el servicio de información en cada una de las formaciones sociales donde se puede llegar a instalar la biblioteca (Endean, 2016)

Los beneficios que representa el análisis de la realidad desde esta perspectiva se expresan en el hecho de que facilita la comprensión de la manera en que se forman las regularidades sociales; esto es, permite entender la manera en que la sociedad se configura a partir de la reconstrucción de los patrones económico, culturales y simbólicos, reconstrucción que tiene como resultado último el de contribuir a mantener el orden social, o bien a cambiarlo.

e) Roles

El rol coloquialmente suele asociarse con las interpretaciones de un actor o funciones de un sujeto ante determinadas situaciones. Es en ese sentido que se asume como una correspondencia del individuo para con el medio que le rodea, es decir, la posición que un sujeto ocupa –o mejor dicho que percibe que ocupa–, por lo que buscará satisfacer de modo ajustado las expectativas que a este papel o rol se le asocian socialmente (Merton, 1964). Entonces, es posible afirmar que estos se definen por la interacción entre las normas

estructuradas por las instituciones (familia, la religión, profesión, por ejemplo) y organizaciones de la sociedad y los sujetos.

Entonces el peso relativo de los roles para influir en la conducta del agente depende de las negociaciones y acuerdos entre los individuos y las organizaciones. Así, por ejemplo, se puede ser, madre, esposa, creyente, docente al mismo tiempo. Pero, algunos de estos roles tendrán un peso mayor que otros. Entonces no se trata de papeles representados por cada sujeto –como se suele confundir–, sino que cada sujeto puede ser entendido por la multiplicidad de roles que desempeña.

No obstante, las identidades son fuentes de sentido más fuertes que los roles debido al proceso de autodefinición e individualización que suponen. En términos sencillos, las identidades organizan el sentido, mientras que los roles organizan las funciones. Definiendo sentido como la identificación simbólica que realiza un actor social del objetivo de su acción (Castells, 2001: 29).

Así por ejemplo el bibliotecólogo puede asumir un rol como servidor público, pero la vocación de servicio es parte de su identidad como un aspecto intersubjetivo del agente.

Para cerrar este apartado es preciso mencionar la importancia de los diferentes enfoques referentes a la búsqueda de sentido en general, y del bibliotecólogo en particular con los cuales es posible analizar a este sujeto como objeto de estudio dentro del campo, pues refiere la intención de comprenderse a sí mismo, pero sobre todo de comprenderse dentro del espacio social del campo. Y así en ese proceso de observación, ser expuesto, pero no solo el Bibliotecólogo sino el campo al que pertenece.

3.3.2 EL VALOR DE LA IDENTIDAD DEL BIBLIOTECÓLOGO

La identidad se halla siempre dotada de cierto valor para el sujeto, generalmente distinto del que confiere a los demás sujetos que constituyen su contraparte en el proceso de interacción social. Y ello es así, en primer lugar, porque, aun inconscientemente, la identidad es el valor central en torno al cual cada individuo organiza su relación con el mundo y con los demás sujetos (en este sentido, el “sí mismo” es necesariamente “egocéntrico”). Y, en segundo lugar, porque las mismas nociones de diferenciación, de comparación y de distinción, inherentes [...] al concepto de identidad, implican lógicamente como corolario la búsqueda de una valorización de sí mismo con respecto a los demás. La valorización puede aparecer incluso como uno de los resortes fundamentales de la vida social (Lipiansky, 1992, p. 41).

La pertenencia de un grupo que constituye o refuerza la identidad se construye por comparación y en oposición a otros grupos. Ese nivel de la identidad no puede existir sino en el juego de las referencias sociales positivas y negativas en donde se elaboran las operaciones de categorización y de discriminación que organizan los procesos cognitivos, las representaciones de sí y de la sociedad (Dubet, 1989: 521).

Entonces, los actores sociales —sean individuales o colectivos— tienden, en primera instancia, a valorar positivamente su identidad, lo que tiene por consecuencia estimular la autoestima, la creatividad, el orgullo de pertenencia, la solidaridad grupal, la voluntad de autonomía y la capacidad de resistencia contra la penetración excesiva de elementos exteriores. Pero en muchos otros casos se puede tener también una representación negativa de la propia identidad, sea porque esta ha dejado de proporcionar el mínimo de ventajas y gratificaciones requerido para que pueda expresarse con éxito moderado en un determinado contexto social (Barth, 1976: 28), o porque el actor social ha introyectado los estigmas que le atribuyen —en el curso de las “luchas simbólicas” por las clasificaciones sociales— los actores (individuos o grupos) que ocupan la posición dominante en la correlación de fuerzas

materiales y simbólicas, y que, por lo mismo, se arrogan el derecho de imponer la definición “legítima” de la identidad y la “forma legítima” de las clasificaciones sociales (Bourdieu, 1982: 136). En estos casos, la percepción negativa de la propia identidad genera frustración, desmoralización, complejo de inferioridad, insatisfacción y crisis (Giménez, 1997: 21).

En ese sentido para el Bibliotecólogo el valor que toma su identidad es claramente expuesto en las palabras de Roberto Juarroz, que a letra dicen:

“hay que perder la vergüenza encubierta de ser bibliotecario, ocurre algo parecido a lo que pasa con el poeta. En estos tiempos violentos es inquietante responder que uno es poeta. También los bibliotecarios, entre tantas nominaciones y designaciones nuevas (documentalistas, científicos o administradores de la información, etc.) título y cargos que relumbran, solemos bajar la voz para decir que somos bibliotecarios. Es preciso afirmar con orgullo nuestra profesión, entender y hacer entender que nuestro trabajo es necesario y que no cabe la posibilidad de eliminarlo o sustituirlo, tanto dentro del cuadro total de la comunicación social y de la educación, como en el plano específico del estudio de la investigación donde somos y seguiremos siendo parte concreta del equipo y uno de los eslabones más seguros de la creciente perspectiva interdisciplinaria del conocimiento” (Juarroz, 1987).

En concordancia con el texto anterior, parece imposible afirmar que la valorización del Bibliotecólogo sea positiva para sí mismo, y consecuentemente para los demás. Lo más preocupante de esta situación resulta en que la valorización negativa de la identidad juega un papel trascendental para los agentes ya que transmiten rutinariamente información social que al emitirse por los canales institucionalizados se legitima y puede, incluso, inhabilitar al agente para la plena aceptación social, es decir, convertir la identidad en un estigma.

Así la principal y más ampliamente aceptada definición de estigma es la propuesta por Goffman, que a la letra dice “el estigma hace alusión a cualquier atributo o serie de atributos

profundamente desacreditadores” (2006: 13). Así los clasifica en tres tipos: abominaciones del cuerpo (deformidades físicas), defectos de carácter (falta de voluntad, pasiones antinaturales) y tribales (en donde se ubican los relacionados con las interacciones sociales y consecuentemente los campos sociales). Así en particular estos últimos tienen la característica de que pueden ser transmitidos de un agente a otro y por tanto a todos los miembros de un grupo.

En ese sentido es importante destacar que no es el atributo por sí mismo lo que desestima la identidad del agente sino las relaciones que se establecen en torno a este, por ejemplo, un atributo que estigmatiza a un sujeto puede confirmar la normalidad de otro (Goffman, 2006). De esa manera el estigma se convierte en una clase especial de relación entre atributo y estereotipo, es decir, que por atributos indeseables se entenderá a todos aquellos que no corresponden con el estereotipo de cómo debe ser determinada especie de individuos. En el caso particular del campo bibliotecológico que se ubica dentro del segmentos de campos científicos, el como deben ser los agentes de este tipo de campos.

De esa manera los estereotipos del bibliotecólogo suelen asociarse (como ya se mencionó) al género, pero también, a la poca o nula preparación teórica requerida para realizar funciones que se piensan tan mecánicas como el acomodo de libros en los estantes o bien el préstamo de materiales bibliográficos. Con la finalidad de subsanar el estigma de los agentes en el Campo, una de las estrategias empleadas es fomentar los contactos prolongados (Goffman, 2006), así estos atributos estigmatizadores pueden aclararse durante una interacción constante, evidenciando así el uso de categorizaciones inadecuadas impuestas a este agente.

Otra de las estrategias empleadas en el campo para revalorar la imagen de los bibliotecólogos son las biografías o bien incluso las autobiografías, en las cuales se suele resaltar las vicisitudes enfrentadas por los agentes, en tiempos pasados y presentes que, a través del esfuerzo, la perseverancia y de una moral ejemplar, lograron la reivindicación de su labor,

ilustrando así el código de conducta que se debe observar en los estigmatizado (Goffman, 2006: 38).

Lo contradictorio de estos tipos de proceder, es decir, los contactos prolongados y las biografías, es que no parece haber un modelo en el que los agentes se puedan identificar, sino más bien habría un amplio abanico de posibles conductas ante las diferentes prácticas presentes en el campo. En ese sentido el valor o reconocimiento positivo de la identidad que pueden tener este tipo de relatos se fortalece únicamente cuando el agente interviene en su comunidad de manera sobresaliente.

De esa forma, suelen existir diversas manifestaciones de reconocimiento de los agentes dentro del campo, por ejemplo: el capital social convertido a capital simbólico a través de méritos sobresalientes o; el capital cultural trasladado a lo simbólico a través del reconocimiento de atributos institucionales (la antigüedad o permanencia en un puesto de trabajo) (Endean, 2016). Sin embargo, estos suelen formar parte de actos reducidos a una institución o bien a una localidad, es decir, que no alcanzan a impactar a la sociedad más amplia, por lo que rara vez trascienden alguna práctica en el campo.

Así un fenómeno recurrente en el campo es la “invisibilidad” e incluso cierto complejo de inferioridad del bibliotecólogo, lo que lleva a renombrar conceptos para que tengan un mayor impacto, paradójicamente esta situación genera que el estigma se embebe en las entrañas del campo, pues se suele identificar lo más tradicional del campo con ineficacia u obsolescencia.

En contraparte a estas estrategias, para corregir directamente lo que se considera el fundamento objetivo de sus deficiencias, es preciso enmendar los atributos que se han consolidado como desacreditadores, en el caso del bibliotecólogo, por ejemplo, la prevalencia de la orientación técnica en las prácticas dentro del campo, o lo que también Alfaro llama el dominio de la fase de constitución, al no alcanzar su completa

fundamentación cognoscitiva (2008: 405). Ante este desafío en concreto se han presentado dos vías; la primera, que consiste en un cambio gradualista (Alfaro, 2010: 46), o mejor dicho, el engrosamiento de la fase de constitución que, al considerarse la más cómoda puede –como efecto no deseado– desembocar en una dinámica de inercia en espiral de la que se volverá difícil escapar. La segunda, el transitar a la fase de autonomía, es decir, desplazarse de lo empírico a lo abstracto, de lo pragmático a lo teórico, como forma de comprensión y explicación de los fenómenos asociados al campo (Alfaro, 2008: 414). La cual, al ser forzosamente más ardua, suele ser la más reticente, incluso la que más desconfianza genera, por lo tanto, la que menos se asume por lo agentes.

En este momento resulta preciso aclarar que, incluso cuando la reparación del estigma sea posible y aparezca, a menudo el resultado consiste, no en la adquisición de un estatus plenamente “normal”, sino en la transformación del agente. Es decir, que el cambio proviene o procederá del campo al agente, como suele creerse, sino de forma inversa.

3.3.3 CRISIS DE LA IDENTIDAD DEL BIBLIOTECÓLOGO

En la literatura del campo bibliotecológico es frecuentemente señalada la identidad del Bibliotecólogo generalmente asociada a una crisis (Rodríguez, 2005) por lo que se tiende a creer que el Bibliotecólogo vive subsumido en un estado catártico con respecto a esta, sin embargo, y pese a lo catastrófico de los vaticinios con respecto al campo y por añadidura a sus agentes, no es así.

No obstante, es posible observar dos formas manifiestas de crisis presentes en el campo: la primera, se revela en el peligro de que los principios y valores del campo no sean lo suficientemente sólidos para garantizar la continuidad de la identidad en el tiempo (Rodríguez, 2005) y termine por diluirse; la segunda, como un síntoma de madurez o bien de oportunidad para desarrollo (Rendón, 2005) e incluso de transición hacia la fase de

autonomía (Alfaro, 2008). Es así como la crisis en el campo bibliotecológico es designada como un vocablo con dos significados: el de peligro y el de oportunidad, como si se tratara de las dos caras de una misma moneda.

En ese sentido el tema se vuelve por demás complejo cuando se observa que, si bien transformaciones cualitativas de la identidad ocurren en procesos de crisis, lo cierto es que éstas se pueden presentar en distintos niveles que van del ambiente macro o bien del espacio social en su conjunto al espacio del propio campo e incluso se presentan en el agente mismo.

3.3.3.1 LA IDENTIDAD DEL BIBLIOTECÓLOGO COMO CRISIS EN EL ESPACIO SOCIAL

Sin duda alguna uno de los fenómenos del espacio social que más ha trastocado el campo Bibliotecológico, desde la segunda mitad del siglo pasado, ha sido la aparición de las TIC, y con ellas el advenimiento de lo que se conoce como las Sociedades de la Información o bien del Conocimiento. En ese sentido estos nuevos paradigmas de sociedad han significado para el campo un cambio radical al pasar su atención de las instituciones más tradicionales y conservadoras, es decir, las bibliotecas a la gran variedad de las nuevas instituciones, servicios y modos de producir, almacenar, difundir y recibir la información.

Si bien el ingreso masivo de la tecnología ha propiciado cambios en la estructura de dichos establecimientos, consecuentemente ahora se hace referencia a ellos como: bibliotecas virtuales, electrónicas, digitales, semánticas. En las cuales la imagen fija y espacial de biblioteca ha modificado el diseño y la oferta de los servicios, pero sobre todo la relación y comunicación que se establecía con los usuarios. De tal forma, como lo expresa Castell (2001) lo que ha cambiado no es el tipo de actividades en las que participa la humanidad, sino su capacidad tecnológica para procesar símbolos y consecuentemente para conocer e innovar. En ese sentido se puede decir que el papel tradicionalmente desarrollado por la biblioteca ha cambiado en apariencia, pero no ha afectado la esencia, pues estos cambios

como lo propone Rendón y Herrera se encuentran presentes solamente en el “cinturón protector”⁷⁶, mientras que el “núcleo duro” se mantiene sin modificaciones (2011: 45).

En consecuencia, por ejemplo, las prácticas de uso han buscado incorporar las TIC a la labor bibliotecaria, así la utilización de estas tecnologías se ha vuelto fundamental para el mejor cumplimiento de las actividades profesionales. De esa manera su incorporación a la práctica de servicios permite agilizar procesos de una forma más eficiente y eficaz, pero, como dice Rodríguez (2005) sin perder la identidad de bibliotecario pues se debe entender que la máquina es una herramienta y no un fetiche que resolverá todo.

Del mismo modo, las TIC también han impactado el aspecto cultural de la vida humana, pues gracias a ellas la información está ocupando el lugar en el que solo se habían asentado, primero la fuerza humana y posteriormente las máquinas. Convirtiendo esta en una nueva era, la era de la Revolución Tecnológica. Así la información y su efecto subsecuente –el conocimiento– considerados desde todos los tiempos una fuente de poder han sufrido transformaciones no solo tangibles (formatos) sino en su esencia (codificación), pues en primera instancia se puede hablar de un descentramiento de los modelos culturales predominantes como la linealidad y secuencialidad de izquierda a derecha y verticalidad de arriba hacia abajo (Martín, 2002), ejemplo de esta situación la podemos palpar en la prevalencia actual de la imagen sobre la textualidad. En ese sentido y expresado en palabras de Chartier (2010) “la revolución que introduce el texto electrónico [y todas sus manifestaciones] no es comparable con la de la imprenta sino solamente con la que produjo la aparición del alfabeto”.

⁷⁶ Haciendo alusión al esquema de los programas de investigación científica de Lakatos, el cinturón protector es el elemento que resguarda el núcleo duro en donde se concentran las leyes, los conceptos y los supuestos fundamentales, en este caso de la Bibliotecología.

En concordancia con lo anterior, los saberes también han escapado de los lugares consagrados (como las bibliotecas y las universidades), replanteando los modos de distribución y circulación social del saber. El saber circula hoy por fuera de los lugares legitimados cultural y políticamente para esa función (Martín, 2002: 179). Así esta deslocalización de los saberes también atenúa las fronteras que separaban el conocimiento de los saberes comunes, aquellas que se erigieron albergadas por el positivismo y que separaba no solo la ciencia de la información común, sino en diferentes disciplinas.

El inconveniente de la especialización disciplinar se profundiza, aún más, cuando cada área de estudio abre inusitados caminos o mejor dicho estrechas veredas por donde únicamente pueden transitar quienes conocen ese fragmento del mapa, es decir, que el conocimiento ya no es asequible ni siquiera para los iniciados sino para una reducida porción de hiperespecializados. Y como lo comenta Verdugo (2006: 15) la Bibliotecología no ha quedado al margen de este fenómeno contemporáneo.

En ese sentido, el problema de la especialización y, sobre todo, de la hiperespecialización no es únicamente la simplificación del pensamiento, lo es también la dispersión que genera, debido a la falta de comunicación y solidaridad entre los agentes de un mismo campo. Así los planteamientos propuestos surgen desde problemas recortados con bordes redondeados, dejando de lado no sólo los grandes problemas sociales –que son la razón del ser de los campos científicos– sino también la multidimensionalidad de estos.

La situación descrita anteriormente genera, consecuentemente, una crisis dentro de los campos, pues tradicionalmente estos resguardan en su interior a todos aquellos que han sido dotados ya sea por procesos de inculcación o bien incorporación de los mínimos culturales exigidos, es decir, saberes compartidos que tienen el fin de facilitar la comunicación entre los agentes, pero además, dotarlos de su sentido de pertenencia y comunidad. Sin este núcleo

de convergencia común, surgen desgarres en el tejido social de los campos y con ello barreras infranqueables de la comunicación, indispensables para la conformación de la identidad.

Del mismo modo, gran parte de la responsabilidad del avance arrasador de las especializaciones y demás resquebrajamientos disciplinares, y consecuentemente sociales, son las dinámicas del mercado o bien económicas, en especial aquellas que se insertan bajo el discurso de la innovación, la creatividad, la calidad, la versatilidad y las competencias como las herramientas a las que se debe optar para conseguir una mejor posición en el campo, independientemente de cual se trate.

Bajo estas nuevas dinámicas, las personas han ganado “libertad” en el desarrollo de trayectoria su profesional, es decir, ya no se encuentran enmarcadas tareas fijas delimitadas de una vez y para toda la vida (Martín, 2002), sin embargo, el precio de esta independencia ha sido la competencia descarnada, en la que cada individuo compite con los otros, siendo literalmente una batalla ventajosa para los más fuertes. Es decir, que recae en el individuo toda la responsabilidad del diseño y organización de sus actividades, y es puesto a competir constantemente con sus propios colegas. Y así el sentimiento de pertenencia a un gremio y de solidaridad colectiva sufre una mengua inevitable. Traduciéndose esta situación en fragmentaciones tanto del campo, pero sobre todo de sus comunidades.

Entonces los conocimientos propios del campo se van desgajando en un número determinado de actividades particulares para por competencias individuales. Que incluso cuando su fin es conducir a los agentes a ocupar las posiciones más ventajosas, lo cierto es que estas son incompatibles con la permanencia y el sentido de pertenencia, es decir, el valor de trabajo se divorcia del largo plazo y tiempo de la solidaridad, para ligarse a una creatividad y una flexibilidad uncidas a la lógica de la competitividad (Martín, 2002: 181).

Y aunque estos fenómenos suelen afectar primordialmente a las generaciones más recientes, lo cierto es que incluso quienes establecieron su trayectoria en el campo bibliotecológico bajo paradigmas competitivos más amables no escapan a las dinámicas del mercado global, pues gran parte de los agentes del campo se soportan bajo el nicho del mercado de trabajo sustentado por el Estado que, frente a situaciones de crisis suele encontrar como mejor estrategia la reducción del gasto público que siempre ponen en riesgo las áreas de educación y cultura. Así cualquier efecto adverso en la economía internacional y en particular nacional coloca a los agentes bajo la constante amenaza de algún recorte, vulnerando así su estabilidad y con ello socavando al campo.

3.3.3.2 LA IDENTIDAD DEL BIBLIOTECÓLOGO COMO CRISIS EN EL CAMPO

El campo bibliotecológico se ha enmarcado siempre dentro entre los augurios más catastróficos y devastadores que vaticinan la desaparición de las bibliotecas, los libros y consecuentemente los bibliotecólogos. Esta situación se presenta dados los cambios tan vertiginosos que en el ambiente han acontecido y de los cuales se trató en el apartado anterior. Sin embargo, dicha situación se suele reflejar en la desmotivación el ingreso de nuevos agentes al campo.

Una de estas desmotivaciones es que se considera que el campo no ha variado en sus más de cien años en México, y sólo recientemente, esta anquilosada estructura ha comenzado a mover al menos las partes más distantes de sus extremidades, considerando que ya es muy tarde para ello, es decir, el tiempo moderno la ha sobrepasado. En ese sentido no son pocas las voces que consideran que las tareas habituales de los bibliotecólogos ya no son necesarias, obligando así a este agente a buscar nuevas ocupaciones e “inventar” nuevos sistemas de trabajo para seguir siendo útil (Varela y Beiget, 2012: 117), es decir, para que su quehacer siga siendo valorado. Esto desde el punto de vista profesional pone, sin duda alguna, a los

bibliotecólogos en una crisis de identidad pues su labor se vuelve difusa no sólo para ellos, sino también para toda la sociedad.

Asimismo, la falta de claridad en las asignaciones del quehacer en las prácticas de uso atiza el conflicto entre los agentes que cuentan con capital cultural institucionalizado a través de los procesos de credencialización universitaria y aquellos que integran el campo sin estas acreditaciones en su haber. Si bien esta disputa puede considerarse del todo legítima, la punta de lanza no debe ser la descalificación de quienes, sin ser bibliotecólogos, desempeñan funciones dentro de las bibliotecas y cualquier centro de información. Pues estas instituciones sociales funcionan gracias a la participación colaborativa de las distintas clases de agentes que conforman el campo.

Incluso el acercamiento al campo de una buena porción de los agentes inicia a través de las prácticas de uso en las bibliotecas (como se revisó en el capítulo anterior), así también para aquellos que están en formación es una excelente forma de adquirir experiencia, tan necesaria para posicionar laboralmente a los universitarios recién egresados. Pero, además, es preciso que los agentes del campo recurran a su conciencia histórica para no olvidar el imprescindible legado de las innumerables generaciones de bibliotecarios que hicieron funcionar y progresar este campo a lo largo del tiempo sin poseer una acreditación universitaria. Sin embargo, fuera de esta lucha histórica, lo que sí resulta esencial es el replanteamiento de las funciones de unos y de los otros, es decir, que cada agente asuma su posición dentro del campo.

Desafortunadamente esta situación en la indefinición de los quehaceres, no es privativa de las prácticas de uso, pues se anida desde las prácticas de reproducción en las que, por ejemplo, se establecen perfiles profesionales sin rumbo fijo dentro del campo, pues buscan potenciar las habilidades tecnológicas de los estudiantes, quitando del centro las habilidades y conocimientos fundamentales para una disciplina que converge entre lo humano y lo social, ya Rodríguez (2001) hace algunas décadas reflexionaba sobre esta situación específicamente

en el caso de la pérdida del sentido humanístico del bibliotecólogo. De ahí que suene cada vez más fuerte el discurso de “volver al origen” no en un sentido de eliminar lo que se ha aprendido en la historia del campo, sino de fortalecer las bases de su conformación.

Del mismo modo, el apearse como guía de las prácticas a las tendencias del mercado, llevará al campo a naufragar toda vez que dejara de lado los saberes indispensables que, aunque son poco rentables –en el sentido económico–, se trata de conocimientos sin los cuales el profesional no podrá sobrevivir como sujeto humano en una sociedad que lucha a muerte por encontrar un nicho en el mercado de trabajo (Martín, 2002:181). Así el mejor balance será que las prácticas de reproducción –y en general todas las prácticas– apuesten por mantener y no oponer los saberes rentables de los saberes indispensables. Pues los riesgos que conlleva desprenderse de estos conocimientos núcleo son por demás desbastadores.

Otra de las situaciones adversas con las que se enfrenta el campo bibliotecológico, es el predominio de intermediación, esta situación está completamente interiorizada por sus agentes por que naturalmente se asumen como eslabones, vínculos o enlaces que no realizan obras finales que tengan una identidad definida y visible, sometiéndose así a la “invisibilidad” pero sobre todo al anonimato de cualquier intermediario (Varela y Beiget, 2012:119). Consecuentemente la transformación cultural ha dado como resultados procesos de desintermediación, es decir, las personas tienen accesos más amplios a un sinnúmero de fuentes de información científicas o no. Esto hace dudar nuevamente la importancia de la labor del agente, sin embargo, el eje del campo bibliotecológico es el Sistema Informacional (Alfaro, 2008; 2010), o bien el Sistema de Información Documental (Rendón, 2005; 2013), o en términos más generales el Sistema de Información, dentro del cual la intermediación entre bibliotecólogos y usuarios es únicamente una porción de esta compleja estructura.

Por último, conviene mencionar las recientes tendencias que buscan la transformación de los espacios informativos y documentales en ambientes mucho más flexibles y dinámicos, que

estén en concordancia con las nuevas estructuras: económicas, sociales y culturales que imperan en el mundo moderno. Por ejemplo, el movimiento *maker* en específico el *makerspace*⁷⁷ en las bibliotecas. En ese sentido el riesgo no aparece en los cambios, sino en el trasfondo de estos, ya que si bien son múltiples los ejemplos de la biblioteca como institución social que ha permeado los espacios físicos, pues al contrario de lo que se piensa la esencia de la biblioteca no es el espacio físico, sino las relaciones y representaciones simbólicas las cuales se mantienen gracias a la conciencia de los bibliotecólogos sobre sus contextos.

Entonces el campo bibliotecológico no sólo tiene el deber sino la obligación de incidir en los procesos sociales, culturales, políticos e incluso económicos de su comunidad, pero la única vía de logra esto con éxito es disponer de las herramientas cognoscitivas para reconocer el entorno en el que se trabaja y los problemas a los que se enfrenta, dicho de otra forma, comprender el diálogo de la realidad con el campo. O como bien lo explica Alfaro (2021) mirar hacia los procesos sociales y emerger de los procesos internos que limitan al Bibliotecólogo en términos de administración de la información a la sociedad.

En caso de no disponer de las herramientas suficientes se corre el riesgo de actuar bajo la imposición de una moda, que no obedece ni a la realidad ni al contexto del campo, de la institución y del bibliotecólogo. Así que no se trata de buena voluntad o de sobreponer vocación y actitud de servicio por encima de todo, si no de contar con conocimientos sistemáticos que los bibliotecólogos deben adquirir en sus procesos formativos y ser capaces de usarlos sobre sus propias realidades para ampliar la misión de la biblioteca como proveedora de experiencias y no sólo de información (Alfaro, 2021). En ese sentido transitar por el campo sin este discernimiento, lleva a los bibliotecólogos ha realizar tareas que no le

⁷⁷ Se define como un espacio de trabajo operado por la comunidad en el que las personas con intereses comunes pueden reunirse, socializar y colaborar, en torno a la informática, la maquinaria, la tecnología, la ciencia o el arte. El primer caso de este tipo de espacios en las bibliotecas se ubica en 2001 en el norte de Nueva York (Fayetteville Free Library). Así se presentan como un nuevo tipo de servicios en las bibliotecas (Arévalo y López, 2021).

corresponden, pero además que no aportan a los procesos de transformación de su contexto social, función fundamental del campo bibliotecológico.

3.3.3.3 LA IDENTIDAD DEL BIBLIOTECÓLOGO COMO CRISIS EN EL AGENTE

Consecuentemente, no todas las crisis de la identidad se atribuyen al espacio social o al campo, ya que como se ha mencionado, la identidad se construye a través del diálogo entre lo social y lo individual. Así algunas crisis de la identidad obedecen también a los ciclos vitales de los individuos, por ejemplo, aquellos que corresponden al principio y un fin de una etapa personal del agente como concluir en nivel de estudios superiores o de posgrado, pero también un cambio de trabajo, un ascenso, entre otros.

Así estas rupturas, cambios o transiciones representan en los agentes una pérdida de sentido que, aunque momentánea, implica que todo lo que hasta ese momento era aceptado o valorado se pone en entredicho o bien se reconfigura. Si bien el periodo de estas crisis suele ser variable, lo cierto es que mientras se sobrepasan generan emociones en los agentes como la ansiedad, el estrés, la impotencia, la ira, *inter alía*. Que repercuten en la conformación de su identidad dentro del campo.

Si bien estas crisis no son particulares de los agentes del campo bibliotecológico, es decir, que se comparten en general con los individuos sociales. Por lo que estas crisis se pueden manifestarse a través de diversas emociones, como la angustia, como bien lo expresa Verdugo:

Resulta que la sociedad en la que se mueve y desarrolla su actividad profesional está en crisis, en una profunda crisis, entonces la bibliotecología y quienes estamos dentro de ella, también compartimos esta situación. Por lo que se tiene la sensación de que el tiempo se ha vuelto vertiginoso: vivimos de prisa, a la carrera, y ello tiene una explicación ontológica: la cultura occidental nos ha vendido la idea de que debemos

prepararnos para el futuro porque ahí está el progreso, el bienestar y, para unos cuantos, la felicidad. Todos corremos, cada día, para alcanzar ese dichoso mañana que, paradójicamente nunca llega, por la simple y sencilla razón de que no existe. Nuestra realidad nos enseña que si queremos reflexionar sobre la función bibliotecológica, no podemos dejar de lado el contexto y las circunstancias que nos rodean. (Verdugo, 2006).

De esa manera, los sujetos que viven en la modernidad conciben sus vidas en futuros reflexivamente organizados y tratan de diseñar una identidad propia tomando en cuenta los riesgos locales y globales que enfrentan cuando su narrativa se descontextualiza de lo colectivo, de la naturaleza y de la normativa tradicional del modernismo.

Aparece entonces la otra cara de la crisis de la identidad profesional: la crisis profunda del sujeto trabajador, del individuo abocado a una reconversión de sí mismo, que de sujeto ejecutor de tareas trazadas por otros es obligado a tener iniciativa, a innovar. Y ello además es un momento en el cual todo en la sociedad hace del individuo un sujeto inseguro, lleno de incertidumbre, con tendencias muy fuertes al estrés, incluso sintomatologías más graves.

Esta ambivalencia es posible observarla en la aparición del análisis como el estrés, el *burnout* o el agotamiento emocional de los profesionales, y particularmente de los bibliotecólogos. Así como la aparición de su contraparte que se manifiesta en la resiliencia⁷⁸, la inteligencia emocional, tanto en discusiones académicas como de divulgación.

Por supuesto que las crisis mencionadas en estos apartados no son exclusivas, sin embargo, este ejercicio permite vislumbrar la complejidad de la conformación de la identidad en tres escenarios superpuestos: macro, meso y micro.

⁷⁸ Entendida como la capacidad de los individuos para enfrentar situaciones adversas e inesperadas, respondiendo en periodos precisos, adaptándose, recuperándose y aprendiendo de tal manera que puedan adoptar conductas preventivas y creativas para trascender el momento de riesgo (Espino y Rivera, 2020: 300).

3.4 LA IDENTIDAD DEL BIBLIOTECÓLOGO

Para comprender el fenómeno de la identidad del bibliotecólogo es preciso entender que se conforma, como cualquier otra identidad, en el diálogo entre lo social y lo individual, lo objetivo y lo subjetivo. Que en el caso particular de esta investigación viene a ser la conversación entre el campo bibliotecológico y el bibliotecólogo. En ese sentido es importante mencionar que ningún discurso está por encima del otro, sino que ambos se retroalimentan mutuamente. Entonces, el campo conforma a los agentes, pero los agentes conforman el campo y es en ese proceso donde surge la identidad del bibliotecólogo.

Pero no se trata una identidad única e infalible, sino de una gama de posibilidades discursivas entre el campo y el bibliotecólogo. Y es en ese abanico de posibilidades que se entretajan todos los elementos que conforman al campo y a los agentes. De esa manera que se vuelve posible trazar, o al menos esbozar, coordenadas en el plano de la conformación de la identidad del bibliotecólogo o, mejor dicho, de todas las identidades posibles del bibliotecólogo. Cuyo alcance serán las fronteras del campo, es decir, el espacio social limítrofe entre las prácticas.

Primeramente, es pertinente recordar que el capital bibliotecológico es el corpus de conocimientos propios del campo y que se manifiesta en tres estados, a saber: incorporado, objetivado e institucionalizado. Ese capital se encuentra distribuido de manera desigual en el campo, y consecuentemente, en los agentes. Así cada agente posee, de manera diferenciada, una proporción de ese capital, distribuida en sus diferentes manifestaciones. Asimismo, cada práctica (uso, reproducción o producción) exige, de manera diversificada, una correspondencia de capital bibliotecológico. Por ejemplo, en las prácticas de uso el capital bibliotecológico institucionalizado suele ser menos exigido que en las prácticas de producción.

La primera característica de la identidad del bibliotecólogo es que se conforma en la cohesión del capital bibliotecológico, entonces, el poseer capital bibliotecológico es la primera condición para la conformación de una identidad en el campo. Y es esta característica la que dota a la identidad de su sentido de permanencia, al menos imaginariamente, en el tiempo y en el espacio. Es decir, de continuidad en el cambio entiendo que el capital bibliotecológico evoluciona incluso incrementa, pero no cambia. Pues si lo hiciera el campo correría el riesgo de perecer. De esa forma, se pertenece al campo incluso cuando este y el agente van reconfigurándose en cada momento.

Posteriormente, la identidad se estatuye, predominante, en alguna de las prácticas que integran el campo, y dado que el agente puede tener adscripción a distintas prácticas, significa que también puede poseer distintas identidades dentro del campo bibliotecológico. Sin embargo, la identidad se anclará al momento situacional en el que se le esté observando.

Sin embargo, pensar la identidad desde esta perspectiva permite solamente construir agregados de agentes que comparten, por un lado, una proporción de capital bibliotecológico, y por el otro, adscripción a alguna o varias prácticas. En ese sentido resulta importante agregar las coordenadas de posición y de clase, que agregan a la conformación de la identidad las cualidades de relación y dinamismo.

Los agentes que comparten capital e incluso práctica o prácticas no son una masa homogénea, sino que es posible percibir comportamientos diferenciados entre los agentes, pero también, integrar comportamientos semejantes en relación con los demás. Es decir, que existen aproximaciones de condiciones similares que imponen condiciones de comportamientos parecidos o lo que también se conoce como las clases.

Desde el primer contacto con el campo bibliotecológico el agente, sin ser consciente de ello, inicia una disputa por clasificarse dentro del campo, de acuerdo con su trayectoria de ingreso:

accidentales (intelectuales, experiencia, prestigio o legitimación) o preferentes (incidentales o principales); y la disposición del capital bibliotecológico; así como del social y el económico, con lo que llegue al campo.

Así es preciso mencionar que tanto la posición como la clase no son inamovibles, los agentes tienen la posibilidad de desplazarse de su posición y de su clase, en una misma práctica o en otras. La movilidad dentro del campo depende del capital bibliotecológico, pero también de la distribución y apropiación de otros capitales que puede poseer el agente desde su llegada al campo o bien adquirirlos en su trayectoria.

La aproximación o lejanía entre las clases y las posiciones hace que los agentes sean capaces de diseñar estrategias de movilidad dentro del campo como pueden ser: las estrategias educativas o sucesorias, entre otras. Sin embargo, es importante mencionar que esas estrategias estarán en el margen de lo razonable pero no de lo racional, pues es preciso mencionar que el panorama que los bibliotecólogos pueden tener del campo depende directamente de su ubicación, es decir, no podrán observar el campo más allá de su posición y su clasificación. Lo que hace que si bien existe la posibilidad de movilidad está sea, para varias clases y posiciones, dimensionalmente más reducida. Sin que esto signifique la posibilidad de mantenerse al margen de las disputas, pues el riesgo a una desclasificación es permanentemente, lo que resulta en una tarea agotadora para el agente.

Comprender la identidad de esta manera permite cambiar las perspectivas en cuanto a la atención de los problemas dentro del campo. Por ejemplo, uno de los problemas más evidentes que enfrenta la identidad del Bibliotecólogo no provienen del cambio de nomenclaturas de las ofertas académicas, sino de los cambios en el diálogo entre el campo y los agentes. Al existir nuevos profesionales, pero no su representación en el campo ni en el espacio social, lo que podría producir un proceso de asimilación temprana, es decir, que se busque que la nueva disciplina corresponda con los marcos de referentes anteriores. O bien

no se reconozca en ningún campo plenamente establecido con la esperanza de que con el tiempo se logren crear las representaciones o algún otro referente, necesario para iniciar un proceso de conformación.

Dicho de otra manera, los procesos sociales involucrados, tanto en la formación como en el mantenimiento de la identidad, se determinan por la estructura social, recíprocamente, la estructura social es mantenida, modificada o reformada en el interjuego con las identidades producidas. De esa manera se puede entender la identidad del bibliotecólogo, como: la afirmación y reafirmación que hace el agente, de manera temporal, al ejercer una práctica y como consecuencia asumir una clase y una posición. Modelando así sus comportamientos y acciones para la configuración de sí mismo y del campo.

Entonces, la identidad es una construcción social que proviene de los puntos de fijación temporales de las posiciones de los agentes, como punto de encuentro entre las clases, y de suturas con los discursos del Campo. Bajo esa urdimbre que se entreteje entre el campo y el agente, los bibliotecólogos pasan lo largo de su trayectoria en procesos de negociación de su identidad, lo que no significa una crisis si no la capacidad intersubjetiva de influir en su conformación y en la del mismo campo bibliotecológico. Lo que ofrece a la identidad la posibilidad de que los integrantes dirijan conscientemente la trayectoria del campo, a contramarcha de la inercia en que puede y ha llegado a estacionarse (Alfaro, 2018).

Es importante entender que la identidad del bibliotecólogo no se trata de construcciones aleatorias o arbitrarias, sino que parten de los insumos materiales de historia o bien la densidad histórica, pero que se encuentra en constante transformación. Por lo que resulta infalible recordar que la identidad siempre está en proceso constructivo, no es estática, no es coherente, y sobre todo no se corresponde mecánicamente con los estereotipos ni con las representaciones que se tienen del sujeto de sí ni del observador del sujeto para este.

Por lo que se requiere pensar la identidad desde otra mirada una más interpretativa o bien hermenéutica, lo que significa un mayor reto, primero, porque supone comprender que la identidad es un proceso, es decir, se da en correlación con el tiempo y la acción por lo que es: cambio y permanencia, subjetividad y objetividad, individualidad y colectividad, personal y social, pero también es creativo y estimulante, y a su vez, pasivo y agotador.

C ONCLUSIONES

Dentro del espacio social el campo bibliotecológico existe como un espacio de relaciones objetivas entre agentes que están cohesionados por un capital y en ejercicio de las diferentes prácticas que se han ido conformando en el campo a lo largo de su historia. Entender la realidad bibliotecológica bajo este panorama permite ampliar sus dimensiones sociales más allá de una disciplina universitaria o las actividades concernientes a la institución bibliotecaria.

Para tener una mejor comprensión de los fenómenos bibliotecológicos es imprescindible, no solo una nueva mirada, además, una que integre tanto lo social como lo particular, lo objetivo y lo subjetivo. Es decir, en la que se involucre la capacidad del sujeto para influir en los procesos de conformación y transformación del campo. En ese sentido son aún vastos los fenómenos pendientes por atender dentro del campo bibliotecológico mexicano y uno de ellos son los sujetos que lo conforman, entre los que no solo se encuentra el bibliotecólogo.

Si bien la incorporación de esta doble vertiente de análisis en los fenómenos del campo parece ampliar el panorama lo cierto que es únicamente la extiende a todos los escenarios posibles, pues tanto en el campo como en los agentes se tienden a encontrar regularidades que hacen que se comporten de forma semejantes bajo condiciones parecidas, sin que esto los prive de su condición de libertad, condición que prevalecía oculta en los análisis anteriores.

De esa manera se comprende que los sujetos no son agregados personales con características comunes sino agentes con intereses, estrategias, capitales propios que utilizan de manera razonable que no racional, para obtener una posición y clasificarse dentro del campo. Sin embargo, sus comportamientos no son aislados, sino que están dotados de un sentido práctico o bien un sistema incorporado de estructuras provistas por el campo a través de los

mecanismos de incorporación e inculcación, que les permiten actuar libremente bajo el reflejo de estructuras objetivas que permean su actuar, pero no lo limitan, pudiendo entonces crear o innovar en el espacio y en su acción.

La identidad del bibliotecólogo se ha conformado en una relación dialéctica entre la realidad objetiva y la realidad subjetiva de ahí la imprecisión en la necesidad positivista de querer definir una identidad. Más bien se trata de un plano de identidades posibles que atiende la particularidad de los agentes y todas las dimensiones posibles del campo.

Si bien el problema de la identidad es un fenómeno complejo lo cierto es puede ayudar a comprender algunas de las interrogantes que hoy preocupan al campo. Por ejemplo, que los problemas identitarios provienen de la falta de comunicación del campo con los agentes o bien de la interferencia que se da entre esta. En ese sentido tal vez la solución no provenga del exterior y de la incorporar nuevos referentes dentro del campo, si no más bien de regresar a los modelos básicos que ha conformado la identidad. De otra forma se corre el riesgo de que, en algún momento, el diálogo se pierda por completo.

BIBLIOGRAFÍA

- Abric, Jean-Claude (2001). *Prácticas sociales y representaciones*. México: Ediciones Coyoacán.
- Academia Mexicana de las Ciencias (2017). *Acerca de la Academia Mexicana de las Ciencias*. <https://www.amc.edu.mx/amc/index.php>
- Aguilar, Salette (2012). *Bibliotecólogas egresadas de la UNAM: su trayectoria en docencia e investigación*. (Tesis de licenciatura). México: UNAM, Facultad de Filosofía y Letras.
- Aguilar, Salette (2015a). Maestría en Bibliotecología y Estudios de la Información: las expectativas laborales de sus estudiantes. *Anuario de Bibliotecología*. México: UNAM, Facultad de Filosofía y Letras.
- Aguilar, Salette (2015b). *El mercado de trabajo del bibliotecólogo: su construcción a través de las trayectorias laborales de los egresados de posgrado*. (Tesis de Maestría). México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información; Facultad de Filosofía y Letras.
- Aguilar, Salette (2019a). Aproximación a la conformación de la profesión académica en Bibliotecología en México. En: Franciéle Carneiro y Nathália Lima (coordinadoras), *O protagonismo da mulher na arquivologia, biblioteconomia, museologia e ciência da informação* (pp. 207-224). Florianópolis, SC: Rocha Gráfica e Editora Ltda.
- Aguilar, Salette (2019b). Identidad e imagen, la representación del bibliotecólogo. En: Guillermo Alfaro y Leticia Raya (coordinadores). *El giro visual en Bibliotecología. Diálogos entre palabra e imagen* (pp. 33-43). México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información.
- Alfaro, Héctor Guillermo (2008). Esquema para una teoría e historia de la constitución del campo bibliotecológico mexicano. En: Martínez Filiberto y Calva Juan José (compiladores), *Tópicos de investigación bibliotecológica* (pp. 403-442). México: UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas.
- Alfaro, Héctor Guillermo (2010). *Estudios epistemológicos de bibliotecología*. México: UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas.

- Alfaro, Héctor Guillermo (2018). *Construcción epistemológica de la imagen y la lectura de imagen como objetos de conocimiento en el campo bibliotecológico*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información.
- Álvarez, Antonio (1996). El constructivismo estructuralista: la teoría de las clases sociales de Pierre Bourdieu. *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 75, 145-172. <https://www.jstor.org/stable/40184032?seq=1>
- Añorve, Martha Alicia (2004). La formación del bibliotecario en México: 1924, una propuesta de formación integral en el marco de la biblioteca moderna. *Investigación bibliotecológica: archivonomía, Bibliotecología e información*. 18(37). <http://dx.doi.org/10.22201/iibi.0187358xp.2004.37.4050>
- Arévalo, J. y López, I. (2021). El fenómeno del makerspace. *Mi biblioteca*, XVII(64), 52-58. <http://hdl.handle.net/10366/144497>
- Arruda, Angela (2020). Imaginario social, imagen y representación social. *Revista Cultura y Representaciones Sociales*, 15(29), 37-62. <http://www.culturayrs.unam.mx/index.php/CRS/article/view/817/pdf>
- Astrain, Mikel, Olagüe de Ros, Guillermo y Menéndez, Alfredo (2001). Ciencia y documentación científica en la periferia. La Royal Society y la creación de la oficina bibliográfica mexicana (1895-1929). *Asclepio. Revista de historia de la medicina y de la ciencia*, LIII (I), 295-312.
- Ávila, José Antonio y Cortés, Jorge (2009). El surgimiento de nuevas identidades profesionales. Notas para el análisis. Veracruz. Consejo Mexicano de Investigación Educativa A.C. <http://www.comie.org.mx/congreso/memoriaelectronica/v09/ponencias/at15/PRE1178306227.pdf>
- Bachelard, Gastón (2013 [1948]). *La formación del espíritu científico: contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. México: Siglo XXI.
- Basave, Agustín (2007). *Para entender el nacionalismo*. México: Nostra Ediciones.
- Bauman, Zygmunt (1996). *Teoría sociológica de la posmodernidad*. Espiral: Estudios sobre Estado y Sociedad, 2(5), 81-102.
- Bauman, Zygmunt (2001). *La sociedad individualizada*. Madrid. Cátedra.
- Bauman, Zygmunt (2002). *La cultura como praxis*. Barcelona, Paidós.

- Bauman, Zygmunt (2005). *Identidad*. Buenos Aires: Losada.
- Bauman, Zygmunt (2006). *La comunidad en busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid, Siglo XXI.
- Bauman, Zygmunt (2007). *Tiempos líquidos: vivir en una época de incertidumbre*. Barcelona: Tusquets.
- Becerra, Isaac (2016). *Historia documentada de la Biblioteca Turriana: orígenes y decadencia* (Tesis de maestría). México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información; Facultad de Filosofía y Letras.
- Beck, Ulrich (1998). *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Beck, Ulrich (2003). *La cuestión de la identidad*. El país. https://elpais.com/diario/2003/11/11/opinion/1068505206_850215.html
- Berger, Peter y Luckman, Thomas (2015 [1968]). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu
- Berger, Peter, Kellner, Hansfried, García, Jesús y Berger, Brigitte (1979). *Un mundo sin hogar: modernización y conciencia*. España: Sal Terrae.
- Bounocore, Domingo (1976). *Diccionario de Bibliotecología* (2ª edición). Buenos Aires: Marymar.
- Bourdieu, Pierre (1987). Los tres estados del capital cultural. *Sociológica: revista del departamento de sociología*, 2(5).
- Bourdieu, Pierre (1988). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid, Altea.
- Bourdieu, Pierre (1990 [1984]). *Sociología y cultura*. México: Grijalvo.
- Bourdieu, Pierre (1991). *El sentido práctico*. España: Taurus.
- Bourdieu, Pierre (1994). El campo científico. *Redes: revista de estudios sociales de la ciencia*, 1(2), 129-160. <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/317>
- Bourdieu, Pierre (1996). *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.

- Bourdieu, Pierre (2002a). Condición de clase y posición de clase. *Revista Colombiana de Sociología*, vii (1), 119-141.
- Bourdieu, Pierre (2002b). *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (2006 [1971]). Génesis y estructura del campo religioso. *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, XXVII (108), 29-83.
- Bourdieu, Pierre (2008) *Capital cultural, escuela y espacio social* (8ª edición). México: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre (2009a [1984]). *Homo academicus*. México: Siglo XIX.
- Bourdieu, Pierre (2009b). *El sentido práctico*. México: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre (2010). *El sentido social del gusto*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre (2011[1984]). *Cuestiones de sociología*. Madrid: Istmo.
- Bourdieu, Pierre (2018). *Las estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean-Claude (2008). *Los herederos: los estudiantes y la cultura*. México: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loic (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loic (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre, Chamboredon, Jean-Claude y Passeron, Jean-Claude (2008). *El oficio del sociólogo: presupuestos epistemológicos* (2ª edición). México: Siglo XXI.
- Brito, Sofía (2008). La Biblioteca Nacional y la Bibliotecología en México. *Boletín del IIB*, XIII(1-2), 321-350. <http://publicaciones.iib.unam.mx/index.php/boletin/article/view/85>
- Brunner, José Joaquín y Flisfisch, Ángel (1983). *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*. Chile: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

- Calva, Juan José (2003). La investigación y el posgrado en Bibliotecología y Estudios de la Información: formación de nuevos cuadros de investigación [conferencia]. *Seminarios de Diagnósticos Locales de la Comisión Especial para el Congreso Universitario de la UNAM*. México: UNAM.
- Calva, Juan José (2021). El archivista y el bibliotecario: intermediarios entre la información y el usuario. En: Calva, J. (coordinador) *Usuarios y archivos: hacia la investigación sobre usuarios y archivos* (pp. 111-125). México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información.
- Calvillo, Miriam y Favela, Alejandro (2020). Hacia la categoría de sujeto social en la teoría sociológica. *Polis: sociología teórica y rural, análisis político y psicosocial*, 96(2). <https://polismexico.izt.uam.mx/index.php/rp/article/view/198>
- Carreño, Elvia (coordinadora) (2013). *El mundo en una sola mano: bibliotecarios novohispanos*. México: Gobierno del Estado de México, Apoyo al Desarrollo de Archivos y Bibliotecas de México A.C. <http://ceape.edomex.gob.mx/sites/ceape.edomex.gob.mx/files/El%20mundo%20en%20una%20sola%20mano.pdf>
- Casillas, Miguel (2003). La sociología de Pierre Bourdieu. En: Adriana García (compiladora), *Teoría sociológica contemporánea: un debate inconcluso* (pp. 71-82). México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.
- Casillas, Miguel y Ramírez, Alberto (2018). El habitus digital: una propuesta para su observación. En: Roberto Castro y Hugo José Suárez (coordinadores), *Pierre Bourdieu en la sociología latinoamericana: el uso de campo y habitus en la investigación* (pp. 317-341). México: UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Castells, Manuel (2001). *La era de la información: economía sociedad y cultura. Volumen II: El poder de la identidad* (3ª edición). México: Siglo XXI.
- Castells, Manuel (2005). Globalización e identidad. *Cuadernos del mediterráneo*, 5, 11-20.
- Castillo, Selene (2016). *Las habilidades sociales que inciden en los hábitos de estudio del estudiante del área bibliotecológica en México*. (Tesis de doctorado). México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información; Facultad de Filosofía y Letras.
- Castoriadis, Cornelius (2013). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets.

- Cerón, Armando (2019). Habitus, campo y capital. Lecciones teóricas y metodológicas de un sociólogo bearnés. *Cinta de moebio*, 66. https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-554X2019000300310
- Chartier, Roger (2010). De códice a la pantalla: trayectorias de los escritos. En: Adriana de Teresa Ochoa (coordinadora.), *Circulaciones: trayectorias del texto literario* (17-30). México: UNAM; Bonilla Artigas Editores.
- Chihu, Aquiles (1998) La teoría de los campos en Pierre Bourdieu. *Polis*, 98. <https://polismexico.izt.uam.mx/index.php/rp/article/view/345>
- Chumpiyazi, Julio (2007). Las bases materiales de existencia. *Antropologika: revista de estudio e investigación en antropología*, 1(1).
- Clavijo, Jairo y Ospina, Juan (2018). Esquema de clasificación, habitus y etnografía en el campo académico de la antropología colombiana. En: Roberto Castro y Suárez Hugo José (coordinadores), *Pierre Bourdieu en la sociología latinoamericana: el uso de campo y habitus en la investigación* (245-260). México: UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Colegio Nacional de Bibliotecarios (2002). *VII Mesa redonda sobre formación de recursos humanos para bibliotecas: memoria*. México Colegio Nacional de Bibliotecarios.
- CONACYT (2019). *Sistema Nacional de investigadores*. México: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. <https://www.conacyt.gob.mx/Sistema-nacional-de-investigadores.html>
- De Lira, Daniel (2005). Nicolás León y los primeros libros mexicanos de biblioteconomía. En: Felipe Becerril, Graciela Tecuatl y Magdalena García (compiladores), *Jornadas Mexicanas de Biblioteconomía: memoria 11 al 14 de mayo de 2014*. Cancún: Asociación Mexicana de Bibliotecarios A.C.
- Decreto 2929, 30 de noviembre de 1846, *Sobre establecimiento de una Biblioteca Nacional*. México: 1º de diciembre de 1846,
- Decreto 4990, 14 de septiembre de 1857, *Suprime la Universidad de México*. México: 14 de septiembre de 1857,
- Dilthey, Wilhelm (1949). *Introducción a las ciencias del espíritu: en la que se trata de fundamentar el estudio de la sociedad y de la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Dubet, Francois (1989). De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto. *Estudios sociológicos*, 7(21). <https://doi.org/10.24201/es.1989v7n21.1088>
- Endean, Robert (2001). *Identidad bibliotecaria*. México: Congreso de Investigadores y Administradores de archivos, bibliotecas, museos y centros documentales.
- Endean, Robert (2010). Ser y parecer del bibliotecario [blog]. *Problemas del campo de la información*. <http://inforproblemas.blogspot.com/2010/08/22-ser-y-parecer-del-bibliotecario.html>
- Endean, Robert (2016). La identidad de los bibliotecarios latinoamericanos. *Fuentes* 10(43). http://www.revistasbolivianas.org.bo/pdf/fdc/v10n43/v10n43_a09.pdf
- Escalante, Pablo; García, Bernardo; Jáuregui, Luis; Vázquez, Josefina; Speckman, Elisa; Garcíadiego, Javier y Aboites, Luis (2013). *Nueva historia mínima de México*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Escalona, Lina (2006). *Formación profesional y mercado laboral: vía real hacia la certificación del bibliotecólogo*. México: UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas.
- Escalona, Lina (compiladora) (2005). *La educación bibliotecológica en México a través de sus instituciones educativas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, CUIB, CNB.
- Escalona, Lina y Tejada, Carlos (2016). Tan lejos, tan cerca: perfil y percepciones de los alumnos de primer curso de Bibliotecología de la UNAM y de la UCM hacia sus estudios. *Investigación bibliotecológica: archivonomía, Bibliotecología e información*, 30(70).
- Espino, María del Rocío y Rivera, Mary Carmen (2020). La resiliencia bibliotecaria como herramienta fundamental ante la crisis. *Biblioteca universitaria*, 23(2), 299-306. <https://bibliotecauniversitaria.dgb.unam.mx/rbu/article/view/1147/1138>
- Fernández, Elba (2010). *El perfil de ingreso de los alumnos a la licenciatura del área bibliotecológica en México*. (Tesis de maestría). México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información; Facultad de Filosofía y Letras.
- Fernández, Rosa María (1991). El oficio del bibliotecólogo. *Investigación bibliotecológica: archivonomía, Bibliotecología e información*, 5(10). <http://dx.doi.org/10.22201/iibi.0187358xp.1991.10.3796>

- Fernández, Rosa María (1994). La historia de las bibliotecas en México [conferencia]. *60th IFLA General Conference - Conference Proceedings - August 21-27*. <https://origin-archive.ifla.org/IV/ifla60/60-ferr.htm>
- Fernández, Rosa María (1995). *La Asociación Mexicana de Bibliotecarios, A.C.: notas para su historia*. México: AMBAC
- Fernández, Rosa María (2000). La Biblioteca Nacional de México hacia el nuevo siglo. *Métodos de información*, 7(40).
- Flachsland, Cecilia (2003). *Pierre Bourdieu y el capital simbólico*. Madrid: Campo de ideas.
- Foucault, Michel (1985). Poderes y Estrategias. En: Michel Foucault, *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones* (pp. 73-86). Madrid: Alianza
- Galak, Eduardo (2007) La identidad es relacional. Habitus y ethos en las prácticas corporales [ponencia] *Segundo Encuentro Nacional de Semilleros de Investigación en Educación Física, Deporte y Recreación y 1er Encuentro Internacional de Estudiantes Investigadores del área – Expomotricidad*. Medellín, Colombia: Universidad de Antioquia.
- Garrido, María Rosa (1996). *Teoría e historia de la catalogación documental*. Madrid: Síntesis.
- Geertz, Clifford (1991). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Germaná, César (1999). Pierre Bourdieu: la sociología del poder y la violencia simbólica. *Revista de sociología*, 11(12). https://sisbib.unmsm.edu.pe/Bibvirtual/publicaciones/sociologia/1999_n12/art011.htm
- Giddens, Anthony (1995). *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- Giddens, Anthony (1986). *The constitution of society*. Cambridge: Polity Press.
- Giménez, Gilberto (1997). Materiales para una teoría de las identidades sociales. *Frontera Norte*. 9(18), pp. 9-28.
- Giménez, Gilberto (1999). La sociología de Pierre Bourdieu. En: Alfredo Carreño (coordinador), *Perspectivas teóricas contemporáneas de las ciencias sociales* (pp. 151–171). México: UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

- Giménez, Gilberto (2002). Paradigmas de identidad. En Aquiles Chihu (coordinador), *Sociología de la identidad* (pp. 35-62) México: Universidad Autónoma Metropolitana; Miguel Ángel Porrúa.
- Giménez, Gilberto (2003). *La cultura como identidad y la identidad como cultura*. México: Instituto de Investigaciones Sociales.
- Giménez, Gilberto (2013). Representaciones sociales, habitus y esquemas cognitivos. Un ensayo de homologación [conferencia magistral] *Segundo Coloquio Nacional de Investigación en Representaciones Sociales. Aportes Epistemológicos y Metodológicos*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Giménez, Gilberto (2019). La identidad social o el retorno del sujeto a la sociología. *Versión: estudios de comunicación y política*, (2), 183-205.
- Goffman, Erving (2006). *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- González, Blanca (1999). Los estereotipos como factor de socialización en el género. *Comunicar*, (12), <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15801212>
- González, Diana (2004). Identidad y apropiación del profesional de la información: una visión primigenia a la construcción de escenarios futuros. En: Cobos, Antonio y Ruiz, Rosenda (compiladores), *Prospectiva de la profesión bibliotecaria: visiones y aproximaciones*, (182-193). México: ENBA.
- González, José Ángel y Martínez, Carlos (2008). Librarianship in Mexico: a discipline in crisis. *Crítica Bibliotecológica*, 1(1), 104-111.
- González, Luis (compilador) (1961). *Fuentes de la historia contemporánea de México: Libros y folletos (volumen I)*. México: El Colegio de México; Fondo de Cultura Económica
- Guillen, Juana (2000). *Estudio sobre la imagen del bibliotecólogo recibida por parte de los investigadores del subsistema de área científica de la UNAM* (Tesis de licenciatura). México: UNAM, Facultad de Filosofía y Letras.
- Gutiérrez, Agustín (2008). Identidad profesional de la Bibliotecología en México a través de su enseñanza. *Investigación bibliotecológica: archivonomía, Bibliotecología e información*, 22(44), 77-87.

- Gutiérrez, Agustín y Martínez, Rosa María (1989). La licenciatura en Biblioteconomía de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. *Investigación bibliotecológica: archivonomía, Bibliotecología e información*, 4(7), 31-34.
- Gutiérrez, Alicia (2003). Con Marx y contra Marx: el materialismo en Pierre Bourdieu. *Revista complutense de educación*, 14(2), 453-482.
- Gutiérrez, Daniel (2002). Figuras del sujeto. *Iconos: Revista de Flacso-Ecuador*, 13, 32-47. <https://revistas.flacsoandes.edu.ec/iconos/article/view/616/598>
- Habermas, Jürgen (1987). *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus.
- Heidegger, Martin (1990). *Identidad y diferencia*. Barcelona: Anthropos.
- Heidegger, Martin (2016). El principio de identidad. *Universitas Philosophica*, 1(1). <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/vnphilosophica/article/view/16823>
- Hobsbawm, Eric (2009). *La era de la revolución: 1789-1848* (6ª edición). Buenos Aires: Crítica.
- Ibáñez, Tomás (1994). Representaciones sociales. Teoría y método. En *Psicología social construccionista* (pp. 153-216). México: Universidad de Guadalajara.
- Iguíniz, Juan (1954). Apuntes para la historia de la enseñanza de la biblioteconomía en México. *Boletín de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas*, 2(3-4), 13-17.
- Iguíniz, Juan (1987). *Léxico bibliográfico* (2ª edición). México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas.
- Iguíniz, Juan (1998 [1946]). *El libro: epítome de bibliología*. México: Porrúa.
- Inda, Graciela y Duek, Celia (2005). El concepto de clases en Bouedieu: ¿nuevas palabras para viejas ideas?. *Aposta: revista de ciencias sociales*, 23, 1-20. <http://www.apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/indayduek.pdf>
- INEGI. (1996). *Clasificación Mexicana de Ocupaciones, Tomo II*. México: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- Iturbe, Luis y Ramírez, Elsa (2014). Estereotipos y roles sociales de los bibliotecarios en el discurso cinematográfico. *Revista General de Información y Documentación*. 24(1), 25-40. http://dx.doi.org/10.5209/rev_RGID.2014.v24.n1.45388

- Jodelet, Denise (2008). El movimiento de retorno al sujeto y el enfoque de las representaciones sociales. *Cultura y representaciones sociales*. 3(5), 32-65.
- Jodelet, Denise (1988). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En Serge Moscovici (editor), *Psicología social II, Pensamiento y vida social* (pp. 469- 494). Barcelona: Paidós.
- Juarroz, Roberto (1987). El bibliotecario hoy la crisis profesional. *Boletín informativo ABGRA*. III (10).11-21.
- Kaufmann, Jean-Claude (2015). *Identidades: una bomba de relojería*. Barcelona: Planeta.
- Lesemann, Frédéric (2013). Sociedad del conocimiento: los cambios en el mundo del trabajo y las nuevas competencias de los trabajadores. En Giovana Valenti y Mónica Casalet, *Instituciones, sociedad del conocimiento y mundo del trabajo* (pp. 97-142). México: FLACSO.
- Leyte, Arturo (1990). Introducción. En: Martin Heidegger, *Identidad y diferencia* (pp.7-54). Barcelona: Anthropos.
- Lipovetsky, Gilles (2000). *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo* (13ª ed.). Barcelona: Anagrama.
- Lopez, Ana y Moreira, Myriam (2014). Identidad y diferencia de la filosofía a la psicología. *Psicología desde el caribe*, 31(3), 531-555. <http://dx.doi.org/10.14482/psdc.31.3.6162>
- López, Carlos (2011). *Redacción en movimiento: herramientas para el cultivo de la palabra*. México: Praxis.
- López, Francisco (2003) La “crisis de identidad” de los profesionales de la información. *El profesional de la información*, 12(1), 45-52. <http://profesionaldelainformacion.com/contenidos/2003/enero/8.pdf>
- Manrique, Juana (1932). El bibliotecario moderno. *El libro y el pueblo*, 8-10.
- Marcos, Alfredo (2011). Semejanza. *Estudios Filosóficos*, LX (173), 119-136.
- Marquina, Julián (2 de julio de 2019). El futuro de los bibliotecarios no pinta demasiado bien: según Universia España. *Julián Marquina*. <https://www.julianmarquina.es>

- Marsiske, Renate (coordinadora) (2010). *La Universidad de México: un recorrido histórico de la época colonial al presente* (2ª edición) México: UNAM-IISUE; Plaza y Valdés Editores.
- Martín, Jesús (2002). La crisis de las profesiones en la “sociedad del conocimiento”. *Nómadas*, 16, 177-182.
- Martínez, Irene (2006). La identidad como problema social y sociológico. *Arbor ciencia, pensamiento y cultura*, 182 (722). <https://doi.org/10.3989/arbor.2006.i722.69>
- Marx, Karl (2008). *Contribución a la crítica de la economía política* (9ª edición). México: Siglo XXI.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich (1981). *Obras escogidas*. Moscú: Editorial Progreso.
- Menéndez, Libertad (1996). *Escuela Nacional de Altos Estudios y Facultad de Filosofía y Letras. Planes de estudio, título y grados, 1910-1994*. (Tesis de doctorado sin publicar). México: UNAM, Facultad de Filosofía y Letras.
- Meneses, Felipe (1996). Las publicaciones mexicanas en el campo de la Bibliotecología. *Bibliotecas y Archivos*, 1(3), 5-14.
- Merton, Robert (1964). *Teoría y estructura sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mireles, Celia (2018). Revista Bibliotecas y Archivos. Cincuenta años de historia profesional, académica y de investigación de la información en México. *Bibliotecas y archivos*, 3(1), 26-38. <https://biblat.unam.mx/hevila/BibliotecasyarchivosMexicoDF/2017-2018/vol3/no1/2.pdf>
- Morales, Estela (1988). *Educación bibliotecológica en México 1915-1954*. México: UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas.
- Morales, Estela (1989). Estatutos, imagen e identidad del bibliotecario. *Seminario Nacional de Bibliotecarios titulados en México* (1989: México D.F.) Bibliotecología, Información y sociedad en México: memorias. México: Conacyt.
- Morales, Estela (2006). *Forjadores e impulsores de la Bibliotecología latinoamericana*. México: UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas.
- Morales, Israel (2011). *La profesionalización de la biblioteconomía en México: su historia (1912-1948)*. Revista general de Información y documentación. Vol. 21, 277-289. https://doi.org/10.5209/rev_RGID.2011.v21.37435

- Morán, Ariel (2017). La ciencia de la información y el fenómeno de lo transdisciplinario. En: Miguel Ángel Rendón (coordinador), *La archivística y la Ciencia de la Información Documental: autonomía e interdependencia* (pp. 1-21). México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información.
- Morin, Edgar (1994). La noción del sujeto. En: Dora Fried Schnitman (compiladora), *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad* (67-90). Buenos Aires: Paidós. "
- Moscovici, Serge (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Huemul.
- Naumis, Catalina (2012). Acceso temático a los contenidos de las colecciones de bibliotecas de la UNAM: historia y perspectivas. *Investigación bibliotecológica: archivonomía, Bibliotecología e información*, 26(57). http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-358X2012000200006
- Navarrete, Zaira (2015). ¿Otra vez la identidad? un concepto necesario pero imposible. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*. 20(65), 461-479.
- Orozco, José (1983). La Bibliotecología como profesión. En: Álvaro Quijano, Guadalupe Carreón y Yañez, José (compiladores), *XIV Jornadas Mexicanas de Biblioteconomía: memorias* (pp. 87-95). Zacatecas, México: AMBAC.
- Ortega y Gasset, José (2005). *Misión del bibliotecario*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Bibliotecas.
- Osorio, Ignacio, Llanez, Lorena y Berenzon Boris (1995). Monografías de la Biblioteca Nacional de México. *Boletín del IIB*, segunda época (7), 17-43. <http://publicaciones.iib.unam.mx/index.php/boletin/article/view/538>
- Perales, Alicia (1961). Biblioteconomía y Archivonomía en la Universidad Nacional. *Anuario de biblioteconomía y archivonomía*, 1(1), 11-19.
- Pérez, Gerardo (2009). La biblioteca: ¿de mármol o de papel?. *Séptimo coloquio Administración y liderazgo en el Campo Informativo*. Universidad de Veracruz.
- Pérez, José (2004). Las representaciones sociales. En: Darío Paéz, Itziar Fernández, Silvia Ubillos y Elena Zubieta (coordinadores). *Psicología social, cultura y educación* (pp. 413-442). España: Pearson Educación.

- Portal, María, (1991). La identidad como objeto de estudio de la antropología. *Alteridades* 1(2), 3-5.
- Rendón, Miguel Ángel (1999). La naturaleza dialógica de la ciencia bibliotecológica en el contexto de las nuevas tecnologías de la información. *Revista general de información y documentación*, (9).
- Rendón, Miguel Ángel (2004). Axiología y ciencia bibliotecológica. Los valores en el mundo de la información documental. *Investigación bibliotecológica: archivonomía, Bibliotecología e información*, 18 (36), 170-184.
- Rendón, Miguel Ángel (2005). *Bases teóricas y filosóficas de la Bibliotecología* (2ª edición). México: UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas.
- Rendón, Miguel Ángel (2013). Conceptualización y fundamentación del Sistema de Información Documental (SID). *Códices*, 9(1), 11-20.
- Rendón, Miguel Ángel y Herrera, Lizbeth (2011). El profesional de la información documental; eidos-noumeno-identidad versus. *Revista mexicana de Ciencias de la Información: publicación de la Escuela de Ciencias de la Información UASLP*, 1(2), 40-52.
<https://biblat.unam.mx/hevila/Revistamexicanadecienciasdelainformacion/2010/vol1/no2/4.pdf>
- Ríos, Jaime (2007). *Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas: cronología 1981-2006*. México: UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas.
- Rizo, Martha (2006). Conceptos para pensar lo urbano: el abordaje de la ciudad desde la identidad, el habitus y las representaciones sociales. *Bifurcaciones: revista de estudios culturales y urbanos*, 6(otoño). www.bifurcaciones.cl/006/Rizo.htm
- Rodríguez, José Adolfo (2001). *Formación humanística del bibliotecólogo: hacia su recuperación*. México: UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas.
- Rodríguez, José Adolfo (2019). *Ética bibliotecaria. Entre la tradición, la tecnología y la educación*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información.
- Rodríguez, José Adolfo, (2005). Lectura e Internet: dos tecnologías. *Investigación bibliotecológica: archivonomía, Bibliotecología e información*. 19(38), pp. 11-32.

- Rodríguez, José Adolfo. (1994a). El profesional de la Bibliotecología a fines del siglo XX. En: *XXV Jornadas Mexicanas de Biblioteconomía: memorias* (pp.)
- Rodríguez, José Adolfo. (1994b). Palabras de aceptación como socio honorario de la AMBAC. *Memorias de las XXV Jornadas Mexicanas de Biblioteconomía. Puerto Vallarta, Jalisco del 2 al 4 de mayo de 1994*. <http://eprints.rclis.org/7561/1/25jornadas.pdf>
- Román, Reyes (director) (2009). *Diccionario Crítico de Ciencias Sociales. Terminología Científico-Social*. Madrid: Plaza y Valdés.
- Sáenz, Erasmo (2011). José Fernando Ramírez: su último exilio europeo y la suerte de su última biblioteca. *Signos históricos*, 13(25). http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-44202011000100004#nota
- Singer, E. (1997). *La identidad del bibliotecario. Jornadas poblanas de archivistas, bibliotecarios y documentalistas*. (1997: Puebla).
- Spell, Lota (1959). La fundación de la Biblioteca Nacional. *Historia Mexicana*, 8(4) p. 449-473, <https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/784/675>
- Staples, Anne (1997). La lectura y los lectores en los primeros años de vida independiente. En: *Seminario de Historia de la Educación en México. Historia de la lectura en México* (94-126). México: El Colegio de México.
- Tocqueville, Alexis de (2003). *Democracia en América*. Akal: México.
- Torre, Ernesto de la (2015 [1987]). *Breve historia del libro en México* (4ª edición). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Raya, Leticia (2015). *Un acercamiento bibliotecológico a la representación visual de las lectoras en el Siglo XX* (Tesis de maestría). México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información; Facultad de Filosofía y Letras.
- Valenzuela José Manuel (coordinador) (2000). *Decadencia y auge de las identidades: cultura nacional, identidad y modernización*. México: El Colegio de la Frontera Norte; Plaza y Valdés.
- Varela, Carmen y Baiget, Tomás (2012). El futuro de las bibliotecas eacadémicas: incertidumbres, oportunidades y retos. *Investigación bibliotecológica: archivonomía, Bibliotecología e información*, 26 (56), 115-135.

- Vargas, José (2008). Nuevos Movimientos Sociales. *V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata*. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.
- Vega y Ortega, Rodrigo (2014). La vida pública del Museo Nacional de México a través de la prensa capitalina, 1825-1851. *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, número 59 <http://www.scielo.org.mx/pdf/treh/n59/n59a4.pdf>
- Verdugo, José Alfredo (2006). La condición humanística del bibliotecario. *El bibliotecario*, 6(64), 15-19. <https://dgb.cultura.gob.mx/bibliotecario/pdf/ElBibliotecario64.pdf>
- Verdugo, José Alfredo (2020). *Prospectivas de la Bibliotecología: presente y futuro*. Mesa 3. [archivo de video] México: Colegio Nacional de Bibliotecarios. <https://www.youtube.com/watch?v=S3Oqsm8v5ts>
- Vigil, José María, Prieto, Guillermo, López, Rafael, Blengio, Joaquín y Campa, Gustavo (1884). *Inauguración de la biblioteca nacional de México: abril 2 de 1884*. México: Imprenta de Ireneo Paz.
- Vigil, José María, Prieto, Guillermo., Larrañaga, Manuel y Fernández, Enrique (1893). *Inauguración de la Biblioteca Nocturna anexa a la Nacional: mayo 22 de 1893*. México: Oficina Top. de la Secretaría de Fomento.
- Villaroel, Gladys (2007). Las representaciones sociales: una nueva relación entre el individuo y la sociedad. *Revista Venezolana de Sociología y Antropología*, 17(49), 434-454. <https://www.redalyc.org/pdf/705/70504911.pdf>
- Villoro, Luis (1998). Sobre la identidad de los pueblos. En: *Estado plural, pluralidad de culturas*, pp. 63-78. México: UNAM; Paidós.
- Weber, Max (1979). *El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial.
- Weber, Max (2002 [1922]) Conceptos sociológicos fundamentales. En: Max Weber, *Economía y Sociedad*. (pp. 127-187). Madrid: Fondo de Cultura Económica.